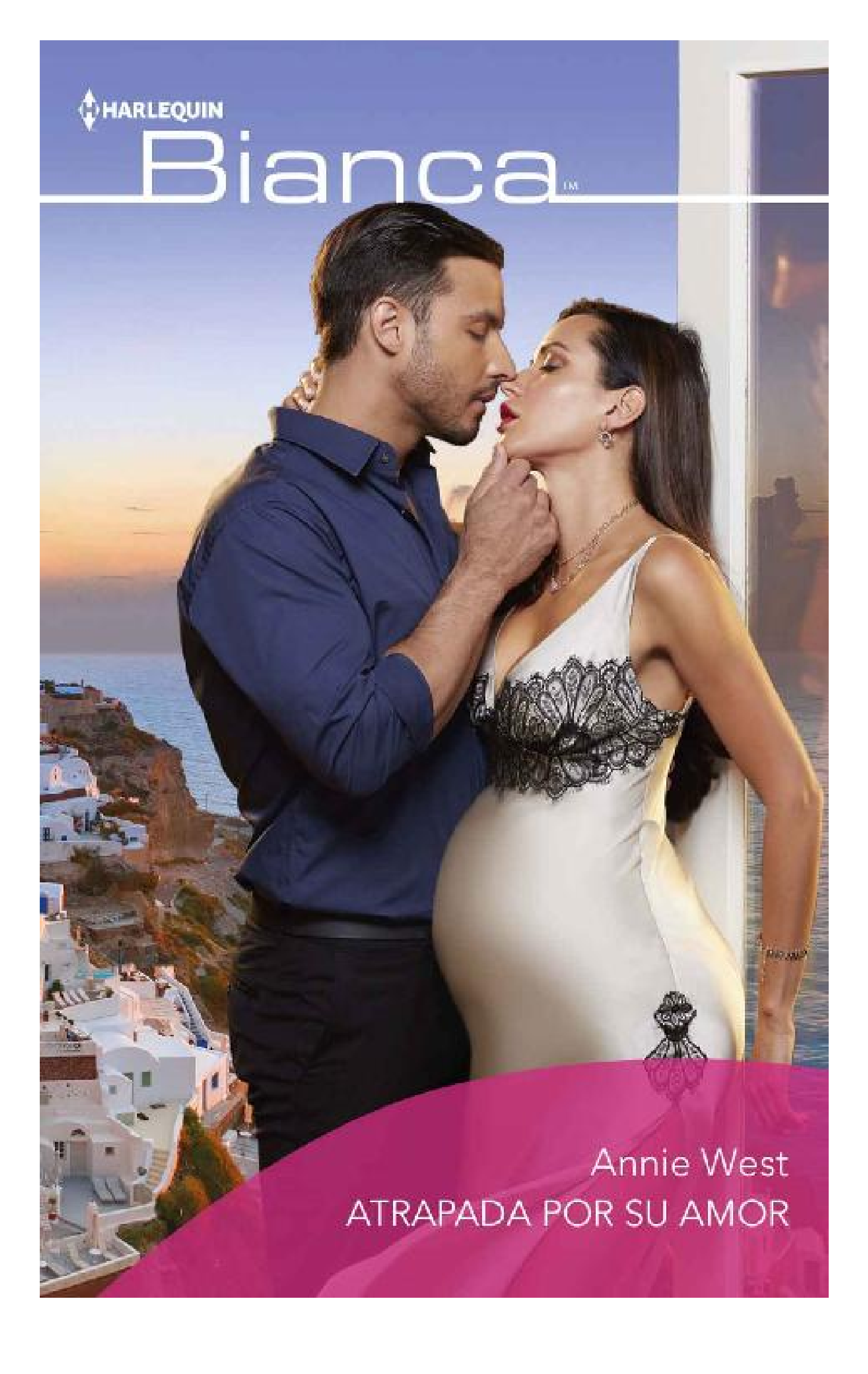

HARLEQUIN
Bianca
Annie West
ATRAPADA POR SU AMOR

Bianca®

ATRAPADA POR SU AMOR

Annie West



Capítulo 1

ADONI Petrakis escrutó la multitud que llenaba la sala de fiestas de su hotel en Londres. Al principio, los invitados se habían comportado con mesura durante la ceremonia de boda, sin embargo, en ese momento, los ánimos estaban desbocados. La nueva familia política inglesa de su amigo Leo se estaba soltando el pelo sin miramientos.

Contempló a Leo y a su esposa, que estaban rodeados por un grupo de amigos del novio brindando una y otra vez. Revoloteaban a su alrededor un ejército de damas de honor, embutidas en ostentosos vestidos en tonos limón y mostaza.

Ya se habían llevado a cabo todos los formalismos, se había cortado la tarta, habían tomado fotos y se habían dado los discursos oportunos. Nada lo retenía allí por más tiempo. Él había hecho su parte, le había ofrecido su hotel para la celebración a Leo, había acudido en persona, incluso, había bailado con la novia.

Levantó un hombro, tratando de aliviar la rigidez que sentía en las clavículas. Aunque no tenía ganas de irse a la cama, tampoco deseaba quedarse en esa fiesta cada vez más ruidosa.

Si hubiera encontrado atractiva a alguna de las invitadas, le habría ofrecido acompañarlo a su suite para una celebración privada. Pero no le gustaba ninguna. Las únicas mujeres hermosas tenían pareja o lo miraban con el signo del dólar en los ojos.

Había aprendido hacía mucho tiempo a distinguir a esa clase de depredadoras.

Así que Adoni se despidió de la feliz pareja y salió de la sala de fiestas.

Ya que no iba a tener compañía esa noche, repasaría el nuevo contrato. O, tal vez, iría a su gimnasio privado.

Estaba inquieto. No dejaba de pensar en la pareja que acababa de prometerse amor para toda la vida. Inevitablemente, le recordaba a su propio matrimonio fallido hacía unos años. Apretó los labios.

Por supuesto que había dejado atrás su historia con Chryssa, se dijo. Sin embargo, era raro como, durante toda la noche, su mente lo había llevado una y otra vez a ese pasado medio olvidado, cuando la vida le había parecido llena de esperanza y había creído en el amor.

Había pasado una eternidad desde entonces.

Marcó el código para entrar en el ascensor privado que lo llevaría a su suite. Las puertas se abrieron y entró. Segundos después, una figura envuelta en satén amarillo se catapultó dentro, estrellándose contra él.

Adoni estornudó, al verse envuelto por su laca del pelo.

–Lo siento. ¿Te he hecho daño? –susurró una voz junto a su barbilla–. Por favor, no me delates –suplicó y, en vez de apartarse, se pegó contra él, agarrándolo de una manga.

–¿Delatarte?

–Por favor. No quiero que él me descubra –dijo ella. Alargó una pálida mano y apretó un botón para que la puerta del ascensor se cerrara. En cuanto así fue, soltó a Adoni y se pegó contra la otra esquina del pequeño cubículo.

–¿Estás bien? –preguntó él, preocupado.

La mujer tenía la cabeza gacha, pero él intuyó su miedo, por la tensión de sus hombros y su pulso acelerado en la base del cuello.

–¿Te ha hecho daño alguien?

–¿Daño? –repitió ella. Meneó la cabeza y se enderezó–. Aunque estoy segura de que él me estrangularía, si pudiera. Me odia y es un sapo asqueroso.

Con un grito sofocado, la chica se tapó la boca y levantó la vista. Sus ojos azul cielo se clavaron en él. Hubieran sido bonitos, de no haber sido por el exceso de sombra de ojos demasiado brillante y unas enormes pestañas postizas que le pesaban sobre los párpados. Parecía una ramera asustada.

–No pretendía decir eso en voz alta –se disculpó ella, mirándolo con desconfianza.

–Parece un hombre de quien huir.

–Sí que lo es –afirmó la joven, asintiendo con fuerza.

No debía de tener más de dieciocho años, pensó él. Veinte, a lo máximo.

–Si hubiera sabido que él iba a estar aquí, nunca le habría dicho que sí a Emily. La discreción es una cualidad muy valiosa.

–¿Emily? –preguntó Adoni. Cruzándose de brazos, se apoyó en la pared, intrigado. Por alguna razón, esa chica despertaba su curiosidad. Después de todo, no tenía prisa. En su habitación, solo

lo esperaban el trabajo y una copa de coñac.

–La novia –contestó ella con una mueca–. ¿No estabas en la boda? Me pareció verte en la otra punta del salón, todo serio y aburrido –señaló, mirándolo con atención–. Estoy segura de que eras tú. Las hermanas tontas estaban como locas de excitación, incitándose entre ellas a sacarte a bailar.

–¿Hermanas tontas?

–Las otras damas de honor.

–Ah –dijo él. Entonces, lo comprendió. Esa mujer era la dama de honor que se había sentado en la otra punta de la larga mesa con aspecto de estar mareada.

–¿Estás enferma?

–Esa gente me da ganas de vomitar –contestó ella. De nuevo, abrió mucho los ojos y se tapó la boca.

Adoni la contempló fascinado, muy a su pesar. Ella parpadeó y enderezó la espalda. Le llegaba apenas por la barbilla.

–Debe de ser por el champán –murmuró la chica–. ¿Quién lo habría pensado? Solo me he tomado dos copas. ¿Será por eso? –le preguntó, levantando la vista hacia él.

–¿Será qué?

–Lo que me hace tener la lengua tan suelta –repuso ella, frunciendo el ceño–. Por lo general, suelo pensar las cosas antes de hablar.

–Depende de lo que estés acostumbrada a beber –opinó él.

–Nunca bebo. Esta noche he probado el champán por primera vez.

–Entonces, seguro que es por eso –confirmó él. Aunque se estaba divirtiendo con el encuentro imprevisto, pensó que los amigos de la chica la estarían buscando–. ¿No es hora de que vuelvas?

La joven se estremeció y volvió agarrarse a la manga de Adoni.

–¡No! No volveré hasta que él se haya ido –negó ella y miró a los botones del ascensor–. ¿Por qué no nos movemos? –preguntó y volvió a presionar el de subir–. Lo siento, espero que quieras subir. Yo quiero ir a cualquier sitio donde él no esté.

–¿El sapo?

–¡Sí! ¿Cómo lo sabes? –dijo ella con una sonrisa radiante–. ¡Serio, misterioso y listo! Me gustas, señor… ¿Cuál es tu nombre?

–Adoni Petrakis –replicó él, extrañamente embelesado por su sonrisa.

–¿Adoni? –repitió ella, abriendo mucho los ojos.

Él asintió, esperando provocar la misma excitación que provocaba siempre en las mujeres, cuando descubrían que era el

famoso millonario.

–¿Igual que Adonis?

–Es un nombre griego.

–Claro que sí, pero a ti no te queda bien –comentó ella, observándolo con concentración.

Sus labios apretados resultaban muy sexys, a pesar del exceso de pintalabios color coral que llevaba puesto, pensó él.

–No eres ningún adonis.

Adoni la miró fijamente. Estaba acostumbrado a recibir halagos de las féminas, no a decepcionarlas.

–¿Sabes quién era Adonis?

–En la mitología griega, era un joven muy guapo, amado por Afrodita y, luego, matado por un jabalí –explicó ella y se mordió al labio–. O, tal vez, no fue un jabalí, no me acuerdo. Pero tú no eres un adonis.

Adoni no pudo evitar sonreír. Nunca había conocido a ninguna mujer que lo hablara así.

–¿No soy lo bastante guapo?

Ella meneó una mano en el aire.

–No se puede decir que seas guapo. Atractivo, sí, pero de una forma ruda y feroz. Y esas cejas tuyas… –indicó, levantando una mano hacia la cara de él, aunque sin llegar a tocarlo–. Más bien, te pareces a Ares, dios de la guerra. Sexy, pero duro.

Cuando las puertas se abrieron, ella se giró de golpe, mientras Adoni trataba de decidir si había sido insultado o halagado.

–Oh, qué bonito –exclamó ella, saliendo del ascensor. Entró en el salón de la suite privada–. ¿Crees que puedo quedarme aquí hasta que él se haya ido?

La joven caminó sobre la alfombra tejida a mano. Dio vueltas sobre sí misma con los brazos abiertos y, justo cuando iba a perder el equilibrio, Adoni la recogió con un brazo. Su piel estaba fría y era suave como la seda.

–¿Estás segura de que solo has bebido dos copas de champán?

–Claro que sí. Pero creo que ya no voy a beber más. Me siento un poco… rara –admitió ella, parpadeó y levantó la vista hacia él, sujetándose a su brazo–. ¿Te parece que me estoy portando mal?

Lo que a Adoni le parecía era que, tras el espeso maquillaje y aquel vestido tan poco atractivo, era una mujer sorprendentemente atractiva. Y vulnerable.

–Tus amigos te estarán echando de menos.

Ella meneó la cabeza.

–No son mis amigos. Y no me echarán de menos. No conozco a

nadie aquí, aparte de a Emily, que es mi prima. Y a sus padres. Pero ellos no tienen tiempo para mí. Nunca lo han tenido. Solo me han traído porque la dama de honor número siete cayó enferma en el último momento. Ah, y el sapo, también lo conozco a él –afirmó ella con una mueca–. Pero no quiero verlo. ¿Me puedo quedar aquí tranquila un rato? Podría irme ya mismo y tomar el metro a casa, pero me siento un poco mareada.

Adoni la observó. Era obvio que, en su estado, no podía irse sola a casa. Además, era una persona demasiado confiada para andar por ahí sola, sin nadie para cuidarla.

–Muy bien. Quédate. Prepararé café.

–¡Genial! Nunca pensé que Ares fuera un hombre tan civilizado. Lo imaginaba todo fuego y pasión –comentó ella con una sonrisa.

Adoni sonrió también. Aunque la chica hablaba cosas sin sentido, su sentido del humor le resultaba contagioso. Además, le gustaba que dijera lo que pensaba, sin cortapisas.

–¿Puedo usar el baño?

–Claro. Está al final del pasillo, a la izquierda.

El salón estaba vacío cuando Adoni volvió con el café. Posó la bandeja sobre una mesa, diciéndose que había sido un tonto por haberla dejado entrar. No sabía nada de ella. Solo que no soportaba bien el champán y que entendía mucho de mitología griega. Ni siquiera sabía su nombre.

Se asomó al pasillo, lleno de dudas. Ante el silencio, llamó a la puerta del baño.

–¿Estás bien?

–Lo siento. Enseguida salgo.

–¿Te encuentras mal?

–No. Solo estaba pegajosa.

¿Pegajosa?, se preguntó Adoni, frunciendo el ceño. Eso no tenía sentido.

Al final, la puerta se abrió y salió. Parecía distinta. Más bajita, para empezar. Llevaba los zapatos de tacón en la mano.

–Me he duchado. Ahora me siento mucho mejor.

Cuando empezó a caminar por el pasillo, la joven se pisó el borde del vestido y tropezó. De nuevo, Adoni la recogió en sus brazos, no sin antes notar cómo sus suaves pechos se le estrellaban contra el torso.

–Ooops. Lo siento –se disculpó ella con una débil sonrisa–. Este vestido me queda largo. Fue hecho a medida para otra persona.

–Alguien con zapatos de tacón –murmuró él, tratando de no pensar en el delicioso cuerpo que tenía entre los brazos.

–Ah –dijo ella y asintió–. Eso lo explica. ¿Huele a café?

Antes de que él pudiera responder, la recién llegada se levantó la falda con una mano, dejando ver unas piernas pálidas y bien torneadas, y se dirigió de vuelta al salón, apoyándose con la otra mano en la pared.

Adoni se tomó su tiempo para seguirla. Estaba sorprendido por su propia reacción cuando la había visto salir del baño. Ya no llevaba maquillaje ni pestañas postizas. Su cutis era cremoso, a juego con sus preciosos ojos azules. Tenía el rostro en forma de corazón y la boca rosada y carnosa.

Ya no llevaba el elaborado peinado de rizos llenos de laca. Llevaba el pelo moreno liso sobre los hombros. Todavía estaba mojado, goteando en las puntas sobre el escote.

Adoni tragó saliva, viendo cómo ella se giraba y se dejaba caer en un sofá, mientras la luz acariciaba el borde de sus pechos. Inesperadamente, algo se incendió dentro de él. Frunció el ceño. No estaba acostumbrado a tener una respuesta tan inmediata ante una mujer. Sobre todo, cuando ella no estaba haciendo el más mínimo esfuerzo para atraerlo.

¿O sí?

Había conocido a toda clase de mujeres, algunas capaces de llegar muy lejos para engatusarlo. Pero su instinto le decía que esa no estaba fingiendo.

–¿Cómo te llamas? –preguntó él con voz ronca.

–Alice. Alice Trehearn –contestó ella, volviéndose para mirarlo.

La visión de su perfecto perfil y su jugosa sonrisa le provocó a Adoni una erección instantánea.

–No frunzas el ceño. Aunque tengo que reconocer que estás muy sexy cuando lo haces, muy varonil y… –dijo ella sin pararse a pensar. Interrumpiéndose, cerró los ojos–. Recuérdame que no vuelva a beber champán jamás.

Adoni no pudo evitar reírse. Había algo sumamente refrescante en una mujer que decía lo que pensaba.

–¿Cuántos años tienes, Alice? –quiso saber él. De pronto, le pareció una cuestión de prioridad absoluta.

–La semana que viene cumpliré veintitrés –repuso ella, se volvió y se sirvió leche en una taza de café–. ¿Y tú cuántos años tienes?

Él respiró aliviado. Había temido que pudiera ser más joven aún.

–Treinta y uno.

Estaba a miles de kilómetros de distancia de ella en cuanto a experiencia, se dijo Adoni. Pero, para su sorpresa, eso no disminuía su interés. Sintiendo la presión de su erección, se sentó frente a ella.

–Pareces mayor –comentó la joven, ladeando la cabeza–. Menos cuando sonríes. Me gusta tu sonrisa. Deberías hacerlo más a menudo.

Él apretó los labios. Nunca antes había disfrutado tanto de la candidez de una mujer.

–Creí que te gustaba… cuando frunzo el ceño.

–Oh, claro que sí –se apresuró a afirmar ella. Entonces, al darse cuenta de lo que acababa de decir, bajó la vista hacia su taza–. Pero tu sonrisa te hace parecer menos serio y dominante.

–¿Como Ares?

–Sí. O como el otro, el que lanzaba truenos.

–¿Zeus? –preguntó él. ¿Tanto miedo daba? Prefería verse a sí mismo como un hombre controlado e inteligente, que no se dejaba engañar ni en los negocios ni en el amor.

–Ese mismo –replicó ella y sonrió–. Aunque siempre lo representan con barba, y tú no tienes.

–Podría dejarme barba.

–No –negó ella, meneando la cabeza–. Sería una pena. Tienes una barbilla bonita. Quizá, denota mucha obstinación. Pero es bonita.

–Gracias. La tuya también lo es.

Adoni alargó la mano para tomar su taza de café. Cuando terminó de darle unos tragos, la sorprendió observándolo, con la boca entreabierta y la respiración acelerada.

–¿Va todo bien? –preguntó él, aunque sabía reconocer esas señales como un signo inequívoco de interés femenino.

–Sí, bien. Lo que pasa es que pareces tan…

Tal vez, se le estaba pasando la borrachera, pues se interrumpió a mitad de frase, observó él.

–¿Qué?

Bajando la vista, ella dio otro trago a su taza.

–Agradable. Pareces agradable.

–Y tú –replicó él, intuyendo que eso no había sido lo que ella había pensado decir.

–No tienes por qué mentir –protestó ella–. Estoy horrible. No entiendo por qué Emily eligió este color. Es del color de la caca de un bebé.

Adoni se rio. Ella tenía razón. Era un tono mostaza amarillento bastante desfavorecedor.

–Es verdad que no va a juego con tu piel.

–Eso pienso yo –dijo ella, frunciendo los labios en un puchero.

–Al menos, es solo por una noche.

–Eso me repito a mí misma. Esta noche he hecho muchas cosas por primera vez.

–¿Ah, sí?

–Claro que sí. Es la primera vez que visto de amarillo. Nunca más lo haré –señaló ella–. Es la primera vez que soy dama de honor. Pensé que sería más divertido, pero todas las demás se pasan el tiempo cuchicheando y metiéndose unas con otras. Y los amigos del novio…

–¿No son tu tipo?

Alice se encogió de hombros.

–No lo sé. Creo que no –respondió ella. Se inclinó, se levantó un poco el vestido y se sentó de nuevo con las piernas debajo de ella.

No había nada remotamente seductor en aquel gesto, aun así, Adoni se quedó hipnotizado con el pequeño movimiento de sus caderas y sus pechos.

–¿No lo sabes seguro?

Alice negó con la cabeza.

–Necesito investigar más. He hecho algunas cosas por primera vez –confesó ella, sonrió y bajó la vista–. Pero también hay cosas que no he hecho nunca.

–¿Ah, sí?

–Claro –afirmó ella y levantó un dedo–. Nunca he tenido suerte con el sexo opuesto –enumeró y levantó otro dedo–. Nunca me han hecho suspirar con un beso –añadió y, afilando la mirada, clavó los ojos en él–. Tú tienes aspecto de saber hacer suspirar a las chicas.

–¿Es una proposición? –dijo él, atragantándose con el café.

Sin una pizca de pintalabios, Alice Trehearn tenía la boca más atractiva que había visto jamás. Tragó saliva y se recordó a sí mismo que la chica había bebido demasiado.

–Los hombres como tú no quieren besar a las chicas como yo –comentó ella, se recostó en el sofá y cerró los ojos. Se quedó en silencio un momento–. Tampoco he conducido nunca un coche –añadió y suspiró–. Tú debes de tener un coche muy bonito.

–Sí –afirmó él–. Aunque no te dejo que lo conduzcas.

Alice se mostró decepcionada. Cuando su expresión se entristeció, él deseó hacer cualquier cosa para que retornara su radiante sonrisa.

–¿Hay algo más en tu lista de cosas que no has hecho nunca?

Ella abrió la boca y la cerró otra vez. Se sonrojó.

–¿Alice? –preguntó él, lleno de curiosidad.

–No es nada –dijo ella, se inclinó hacia delante y volvió a recostarse en el sofá.

–Puedes contármelo. Te prometo guardar el secreto.

–Solo hablo yo. ¿No deberías contarme algo tú también? –sugirió Alice, bajando la vista.

Como si no hubiera sido ella la que se había colado en su suite sin previo aviso, pensó Adoni. Sin embargo, no había disfrutado nunca tanto con la conversación de una mujer.

–¿Qué quieres que te cuente?

–Cualquier cosa. Cuéntame algo que no le hayas contado a nadie más. Te prometo no revelar el secreto.

Era una idea absurda. ¿Por qué compartir su vida con una completa desconocida? Aun así, sentados bajo la cálida luz de la lámpara de mesa, ante la expectante mirada y la sonrisa de Alice, se sintió tentado de complacerla.

Tal vez, fue porque se había pasado todo el día de un humor de perros. Se había sentido inquieto. Solo había empezado a relajarse cuando ella había aparecido.

–No me gustan las bodas –confesó él, sin pensarlo. De pronto, le llamó la atención lo aliviado que se sentía por admitirlo.

–¿De verdad? –quiso saber ella, arqueando una ceja–. ¿Por alguna razón en especial?

Adoni dio otro tragó de café.

–Estuve a punto de casarme una vez. Supongo que las bodas me traen recuerdos.

Recuerdos llenos de decepción, incredulidad y rechazo, caviló él. Sin embargo, entonces, había sido joven. Y había aprendido la lección. Esos días, aparte de sus encargados de hotel, que elegía con lupa, no depositaba la confianza en nadie más. Era mejor así. Cuando las personas cercanas se volvían sus peores amigos, la confianza era lo primero que se perdía, junto con el amor.

Con aire ausente, se masajeó el hombro, tratando de aflojar su rigidez.

–Lo siento mucho –susurró ella y se inclinó hacia él, alargando una mano como si fuera a acariciarle el ceño fruncido. Pero no lo hizo y se recostó de nuevo hacía atrás, mirándolo con seriedad.

Adoni se quedó esperando la pregunta inevitable: por qué su matrimonio no había salido adelante. Pero, una vez más, Alice Trehearn lo sorprendió. Incluso ebria, tuvo la delicadeza de no presionarlo.

–Esta noche ha debido de ser como una prueba para ti.

Él meneó la cabeza, rechazando cualquier amago de compasión.

–No ha sido nada. Estoy bien –dijo él. Hora de cambiar de tema–. ¿Y cuál es la otra cosa que nunca has hecho? Yo te he

contado mi secreto. Es tu turno.

Ella parpadeó, devolviéndole la mirada con gesto enigmático. Parecía… ¿molesta? ¿avergonzada? El color se le subió a las mejillas.

–¿Alice?

Ella apretó los labios, antes de vomitar las palabras.

–Nunca he tenido un orgasmo, para que lo sepas.

Durante un instante, permaneció quieta y muy erguida, como un cisne real, alargando el cuello y levantando la barbilla, intentando ocultar lo que Adoni supuso que sería vergüenza. Hasta que algo inesperado asomó a sus ojos.

–¿No querrás ayudarme con eso?

Capítulo 2

AYUDARLA a tener su primer orgasmo? Adoni se pasó la hora siguiente tratando de sacarse de la cabeza las palabras de Alice Trehearn.

Era una idea tan loca que daba risa.

Esa mujer, obviamente mala bebedora, se le había insinuado de la forma más directa.

Una mujer sin glamour y sin las dotes seductoras que él esperaba de una amante.

Aun así, Adoni no pudo evitar acariciar la idea de ofrecerle su primer orgasmo.

¿Era la idea de iniciarla en los placeres de la cama lo que lo excitaba? ¿O era la misma Alice?

Sin duda, el color rosado de sus mejillas se le extendería por los pechos. Esos ojos azules brillarían y sus delicados labios se abrirían en un gemido o, tal vez, en un grito, mientras él la llevaba en los brazos del placer.

Al imaginársela desnuda bajo su cuerpo, temblando de pasión, un erección lo poseyó al instante.

El sonido de su teléfono le avisó de una llamada a distancia del encargado de uno de sus hoteles. Eso le salvó de tener que responder. Después, cuando hubo terminado de hablar, se giró para decirle a Alice que debía irse, pues tenía que trabajar, pero la encontró dormida.

Al principio, había sospechado que era una trampa. Sobre todo, por lo sensual que estaba acurrucada en el sofá, con las manos bajo una mejilla y los pies desnudos sobre un cojín. Sin embargo, sus pequeños ronquidos ocasionales le sacaron de dudas. Nadie podía fingir esos ronquidos con la intención de seducirlo.

En ese momento, sentado ante su mesa en el otro lado de la habitación, intentando revisar el contrato que su encargado le había enviado, volvió a posar los ojos en ella.

¿Cómo se atrevía a hacerle una proposición así y, luego,

quedarse dormida? Alice se puso boca arriba, dejando entrever la curva de sus pechos por el escote del vestido que le quedaba grande.

A Adoni se le aceleró el pulso. Con la boca seca, vio cómo asomaba uno de sus pezones. Tenía la falda levantada sobre las rodillas. El resto del cuerpo estaba tapado.

No tenía por qué resultar atractiva y, menos aun, seductora. Sin embargo, él no pudo contener una poderosa erección.

Quizá fuera por su boca carnosa, apetitosa. Tal vez fuera por la novedad de no saber nunca qué iba a decir ella a continuación. Su alegre franqueza o su combinación inesperada de delicadeza y agudeza.

¿O era por sus insinuaciones de que él le resultaba atractivo? Tal vez, por su rubor, sus ojos brillantes cuando le había pedido que le hiciera llegar al orgasmo.

De todos los intentos de ligar, esa frase había sido la más ingeniosa que él había oído jamás.

Adoni se volvió hacia la pantalla del ordenador. Pero no lograba ver el documento que tenía delante, sino la piel sonrosada de Alice y su mirada retadora.

¿Hacerle llegar al orgasmo? El problema era que la idea le resultaba demasiado tentadora.

Era cierto que Adoni ya no entregaba su corazón cuando hacía el amor, pero se enorgullecía de ser un amante generoso. La satisfacción de su pareja le daba placer. No era la clase de hombre que se llevaba a una mujer a la cama y la dejaba descontenta.

Haciendo un esfuerzo, intentó concentrarse de nuevo en el contrato.

Terminaría de leerlo y, luego, despertaría a la señorita problemática y la enviaría en un taxi a su casa. Después, se acostaría unas horas para poder ir a trabajar al día siguiente, a pesar de que era domingo.

Una vocecita en su interior le susurró que su vida debía de ser muy triste, si lo mejor que tenía que hacer un sábado por la noche era revisar un contrato, enviar a su casa a la mujer que le gustaba e irse a la cama solo, con el único objetivo de trabajar a la mañana siguiente.

¿Era su obsesión por el trabajo fruto de su historia pasada? Se había levantado de sus cenizas cuando Vassili Petrakis, el hombre que había creído su padre, lo había desheredado. Se había recuperado del dolor del rechazo de su prometida y había volcado toda su rabia y determinación en construir un negocio de la nada.

Había dejado que su impulso para triunfar llenara el vacío que había quedado en su vida personal. No tenía familia. Durante un segundo, con el pecho encogido, pensó en sus hermanos pequeños. Pero ellos tenían otra vida, pertenecían a un mundo que le había sido vedado para siempre.

En el presente, era el dueño de una compañía que valía millones. Tenía casas en Grecia y en Reino Unido, además de un chalet en las montañas de Colorado y un yate que se pasaba la mitad del año en el Caribe y la otra en el Mediterráneo. Aunque no tenía demasiado tiempo libre para disfrutar de sus posesiones.

Adoni suspiró y se pasó la mano por el pelo, absorto en sus pensamientos. Quizá, ese era el problema. Necesitaba vacaciones.

O una aventura. Intensa, emocionante y corta… justo como a él le gustaban. No tenía interés en relaciones largas, pues se había prometido no volver a confiar en una mujer, ni en sus promesas de amor eterno.

Frotándose las sienes, trató de concentrarse en las cláusulas que había leído sin ver media docena de veces.

Justo cuando iba a enviarle una respuesta a uno de sus socios en Nueva York, percibió un sonido detrás de él. Al instante, adivinó que su invitada se había despertado. Sintió cómo lo miraba. Y, peor aun, sintió que su erección estaba de nuevo en pleno esplendor, recordándole que llevaba más tiempo del habitual sin acostarse con nadie.

Adoni intentó no girarse hacia ella. Eso sería una señal de debilidad, se dijo a sí mismo. En vez de eso, terminó su mensaje, lo envió y cerró el portátil. Solo entonces, se volvió en su asiento.

Ella estaba de pie, dándole la espalda. Se estaba recogiendo el pelo en un moño.

–No –dijo él, sorprendiéndose a sí mismo al escuchar el sonido de su propia voz–. Me gusta suelto.

Ella apretó la mandíbula, sin duda, preparándose para darle un corte. Sin embargo, su respuesta, una vez más, tomó a Adoni desprevenido.

–¿Ah, sí?

Cuando él asintió, ella bajó los brazos y dejó caer el pelo sobre los hombros. Estaba seco y tenía mechas color caoba. Él apretó los puños para resistirse al impulso de acariciarle el brillante cabello.

A ella se le levantaban y bajaban los pechos con la respiración acelerada. Se le cayó un tirante del vestido.

Él clavó los ojos en su escote, en su cuello, en sus labios.

¡Maldición! Esa sensual boca le hacía perder todo el sentido

común, se reprendió a sí mismo. ¿Por qué no había apreciado su atractivo hasta que ella se había quitado todo el carmín?

–Lo siento. No pretendía quedarme dormida en tu sofá –dijo ella–. Siento… siento haberme colado en tu casa –añadió con un hilo de voz, mirando a su alrededor como si viera la inmensa suite por primera vez.

Eso, más la forma en que hablaba, más la sombra de tensión donde antes solo había habido desinhibición, le dijo a Adoni que los efectos del alcohol se le habían pasado.

Él sintió una extraña mezcla de alivio porque ya se iba a su casa y de desilusión.

En parte, quería que no se fuera.

¿Sería por su excitante conversación? ¿O por otra cosa?

Alice se mordió el labio inferior.

–No hace falta que te disculpes –aseguró él–. Ha sido interesante.

Ella cerró los ojos un momento.

–Seguro que sí. Has sido muy amable. Gracias por… por el café y por dejarme dormir –musitó ella. De nuevo, se sonrojó.

Adoni se preguntó cuándo había sido la última vez que había visto a una mujer ruborizarse.

–Ha sido un placer.

Cuando él se puso en pie, ella lo miró con los ojos muy abiertos, como si no hubiera reparado antes en lo alto que era. O, tal vez, era porque parecía distinto sin la chaqueta, con un par de botones de la camisa desabrochados y las mangas enrolladas.

Ninguno de los dos se movió. La atmósfera estaba cargada de tensión.

Él la observó tragar saliva, su cuello pálido y atractivo, sobre todo, comparado con el horrible tejido del vestido. Era como si alguien hubiera querido esconder la pureza más exquisita bajo capas de camuflaje.

A Alice se le habían pasado los efectos del champán y estaba perpleja de encontrarse a solas con un hombre.

Encima, era un hombre rico y poderoso. Era indudable, a juzgar por su ropa y la forma en que se movía en aquella lujosa suite.

Alto, con un rostro que parecía tallado en piedra, arrogante y varonil. Su boca parecía reacia a sonreír, como si estuviera acostumbrada a tomárselo todo demasiado en serio. Sin embargo, cuando sonreía, sus ojos brillaban con un tono verde azulado. Su

sonrisa la desarmaba.

¿Qué diablos le había dicho ella? Recordaba retazos de la conversación. Y recordaba su cálida risa acariciándola.

No se había reído de ella, a pesar de su aspecto y de lo borracha que había estado. Se había reído con ella, con las bromas que le había hecho. De eso sí se acordaba también.

En los últimos tiempos, Alice había echado mucho de menos la risa.

Sentía un extraño vínculo con ese hombre, algo que no había experimentado nunca con nadie, a excepción de David, su padrino, que había sido su mejor amigo, a pesar de la diferencia de edad. Tragó saliva, sorprendida e intrigada al mismo tiempo por la reacción de su cuerpo bajo la mirada de su anfitrión. Pequeños escalofríos le recorrían la piel y se le endurecieron los pezones bajo la fina tela del vestido.

Cuando él clavó la vista en sus pechos y se dio cuenta, Alice contuvo la respiración. Nunca había sentido nada así. Aunque su experiencia con los hombres y con el sexo era casi nula.

Parpadeando, ella se frotó los brazos desnudos con las manos.

¿Por qué no podía moverse?, se dijo a sí misma. No era posible que un hombre como ese se interesara por una chica tan ordinaria y poco sofisticada.

–Bueno, gracias de nuevo por tu hospitalidad –dijo ella y se humedeció el labio inferior con la lengua. Para su sorpresa, él siguió el gesto con la mirada. Una llamarada de calor le recorrió el cuerpo, para anidar entre sus piernas–. Tengo que irme.

Alice le dio la espalda y buscó su bolso en el sofá. Cuando se volvió de nuevo, Adoni estaba más cerca, mucho más. Tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto ocular.

–¿Te está esperando alguien en tu casa?

Ella frunció el ceño. Había perdido su hogar cuando David había muerto.

–Vivo sola.

–Entonces, no hay prisa para que te vayas –señaló él con mirada seductora.

A Alice le dio un brinco el corazón. Contuvo la respiración.

–¿Estás diciendo…? –comenzó a decir ella, apenas en un susurro–. ¿Estás sugiriendo que me quede aquí?

–Antes no te mostrabas tan reticente –observó él con una pícara sonrisa.

–¿Ah, no? –preguntó ella, sintiendo que la sangre le subía de temperatura.

–¿No te acuerdas? –dijo él con el ceño fruncido.

–Yo… –balbuceó ella, tratando de recordar fragmentos de la conversación que habían tenido–. Te pregunté si besabas bien –admitió, avergonzada por su propia franqueza a causa del champán y loca de excitación, a apenas unos centímetros del cuerpo de él.

–¿Todavía te gustaría averiguarlo? –inquirió él con voz ronca.

Alice se estremeció. Un hondo calor anidó entre sus piernas. Era impresionante la forma en que la afectaba ese hombre, del que ni siquiera recordaba el apellido. No sabía nada de él.

–Sí –afirmó ella, antes de que pudiera pensarlo más. Porque, si lo pensaba, nunca lo diría.

–Bien –murmuró él–. Tu boca me ha vuelto loco desde el primer momento.

¿Su boca?, se preguntó Alice, llevándose una mano a los labios. Adoni la sujetó de la barbilla e inclinó la cabeza hacia ella. Sintió su aliento en los labios, tintado de café, coñac y algo indescriptible. Ella posó las puntas de los dedos, temblorosas, en su mandíbula y, luego, le acarició la piel cálida, áspera por una barba incipiente.

Con un estremecimiento, inspiró, llenándose los pulmones de su aroma varonil. Lo miró a los ojos, que brillaban como el mar azul bajo el sol. Leyó en ellos una pregunta. Él le estaba dando tiempo para que cambiara de opinión.

Como respuesta, Alice se puso de puntillas y acercó sus bocas.

Durante un instante, él no se movió. Ella se encogió. ¿Había metido la pata? ¿No pensaba besarla?

Entonces, Adoni comenzó a mover los labios. Con suavidad, deslizó la lengua dentro y la acarició. Alice sintió que se derretía ante tan tan dulce invasión. Le temblaban las rodillas y solo se sentía segura por la forma en que la sujetaba de la cintura.

Entonces, ella posó una mano en su pecho. Era delicioso palpar su torso fuerte y musculoso. Se apretó contra él, siguiéndolo en aquel beso que era cada vez más y más profundo, prendiéndola fuego.

Cuando él bajó el brazo, haciendo que sus caderas se apretaran, Alice contuvo la respiración al toparse con algo duro y grande sobre el vientre.

Al instante, Adoni separó sus bocas. Ella soltó un gemido involuntario de protesta, levantando el rostro hacia él.

–¿Adoni?

Él la besó en la frente, en silencio. Luego, la miró con ojos hambrientos, chispeantes de deseo.

–Es tu oportunidad de cambiar de idea –anunció él con tono

solemne.

–¿Sobre besarte?

–Y el resto de lo que querías.

¿El resto? Alice frunció el ceño, tratando de recordar su conversación anterior, pero su memoria nublada no podía competir con el mar de sensaciones que la invadía en ese momento. El aroma especiado de su piel, su delicioso sabor todavía en la boca. El calor de su cuerpo rodeándola y esa extraña mezcla de vulnerabilidad y poder que irradiaba.

–Querías un orgasmo.

–Por favor, dime que no he dicho eso –repuso ella, ruborizada.

Adoni sonrió. Ella sintió que una lava de deseo la recorría el vientre.

–Al parecer, los hombres con los que has estado no han sido muy considerados.

Ella cerró los ojos y bajó la cabeza. Quizá, si lo deseaba con fuerza, se despertaría en su propia cama y descubriría que lo que le estaba pasando no era más que un sueño.

Un sueño erótico y vívido. Él la sujetó de la cintura, para atraerla a su lado. De forma instintiva, ella acercó la pelvis a su poderosa erección.

¿Podía confesarle que no había tenido demasiado contacto con ningún hombre, al menos, no del tipo que él pensaba? ¿Podía admitir que su experiencia con los besos se limitaba a un par de chicos en su adolescencia, que no habían tenido nada de especial?

Ese hombre sobrepasaba sus expectativas en todos los sentidos…

–¿Alice?

–Me gustaría besarte otra vez –dijo ella con voz ronca. Se pasó la lengua por el labio inferior. Al ver cómo él siguió el movimiento con la mirada, se estremeció.

–¿Es lo único que quieres?

Alice abrió la boca, pero no sabía qué decir. Nunca había tenido esa clase de conversación. Había asumido que, cuando llegara el momento y, al fin, encontrara a un hombre con quien quisiera perder la virginidad, eso… pasaría sin más.

–¿No podemos besarnos nada más y ver lo que pasa?

De nuevo, él sonrió. Aunque su expresión mostraba un atisbo de tensión también.

–Yo ya sé lo que pasará. Tendremos sexo y no pararemos hasta que estemos los dos muy satisfechos.

A ella le dio un brinco el corazón. Sintió que tenía las braguitas empapadas y la entrepierna ardiendo.

–Tienes que decidirte.

Le estaba dando la oportunidad de echarse atrás y comportarse como una mujer prudente y sensata, pensó Alice.

Aun sí, ¿cómo podía hacerlo, cuando los dedos de él, eran la misma esencia de la tentación y la incendiaban de deseo, trazándole círculos de una cadera a otra?

–Yo... –balbuceó ella y cerró los ojos. Trató de pensar con claridad. Pero solo podía pensar que deseaba a aquel hombre como nunca le había pasado con nadie. No importaba que siempre hubiera imaginado el sexo como algo unido al amor o a una relación estable. La vida le había enseñado que nunca se sabía lo que podía haber a la vuelta de la esquina y que había que agarrar las oportunidades con ambas manos.

Tal vez, era a causa del champán, se dijo. Aunque, en realidad, ella sabía que era Adoni quien la tentaba a dar un paso que nunca había dado antes.

¿Acaso no parecía el hombre perfecto para iniciarse en los senderos del placer?

¿Qué tenía que perder, excepto su inocencia?

¿No sería una noche en su cama el antídoto perfecto contra la soledad? Porque la soledad había perseguido a Alice desde que se había visto obligada a dejar la casa de David y a despedirse de todos sus seres queridos.

Sujetándola con manos firmes de los hombros, Adoni dio un paso atrás.

–¡No! ¡No te apartes! –protestó ella, de inmediato. Perdiéndose en sus ojos azules, supo que solo podía darle una respuesta, si quería ser fiel a sí misma–. No puedo garantizarte que tendré orgasmos, pero me gustaría quedarme contigo –afirmó, atropellándose con las palabras.

Adoni le tocó la barbilla y le acarició los labios con la punta del dedo. Ella se estremeció de deseo, sumergiéndose en sus ojos llenos de promesas.

–Yo también quiero que te quedes, Alice.

La forma en que él pronunció su nombre, con un ligero acento griego, le provocó una oleada de placer.

–En cuanto a los orgasmos, deja que yo me preocupe de eso –añadió él con una sensual sonrisa.

Capítulo 3

ADONI se tumbó con la sangre todavía ardiendo. Se sentía diferente. No solo se sentía satisfecho. Era como si se hubiera topado con una fuente de energía que lo recargaba y lo drenaba al mismo tiempo.

–No lo han hecho bien –dijo él al fin, con voz ronca.

–¿Qué? –preguntó Alice, su voz un débil susurro.

El cuerpo se él se estremeció ante su dulce cadencia.

–Los chicos con los que te has acostado. Con los que no tuviste orgasmos. No tenían ni idea de lo que estaban haciendo.

Alice Trehearn era una de las mujeres más sensuales que él había conocido. Su pasión, su receptividad lo habían vuelto loco en la cama. Aunque había sido obvio que ella no había tenido mucha experiencia.

En un momento, cuando él por fin la había penetrado en profundidad, había llegado a tener la sensación de que había sido el primero. Había estado tan apretada a su alrededor que parecía virgen. Sin embargo, las vírgenes no se entregaban a desconocidos como si nada, ni hablaban de orgasmos con tanta facilidad.

Consciente de que ella nunca había llegado al clímax antes, Adoni se había tomado su tiempo para explorarla y volverla loca con sus caricias, hasta hacerla gemir y suplicar.

Cuando había deslizado un dedo en su húmedo interior, Alice apenas había necesitado un segundo para llegar al orgasmo, gritando de placer. Y, cuando él le había tocado de nuevo en su parte más sensible…

Adoni cerró los ojos ante el vívido recuerdo de su dulce feminidad, de sus muslos sedosos rodeándolo, de sus gritos atragantados de gozo.

Él había estado a punto de llegar al orgasmo también en ese mismo instante. Pero había merecido la pena esperar. Encontró el éxtasis dentro de ella, mientras Alice lo miraba con ojos muy abiertos y maravillados y llegaba al clímax una tercera vez. Le sería

difícil olvidar tanta intensidad. Nunca antes se había perdido a sí mismo de ese modo dentro de una mujer.

Sin embargo, estaría encantado de repetirlo una y otra vez con una amante como Alice.

Si tan bien sintonizaban cuando apenas acababan de conocerse, ¿cómo sería el sexo entre ellos cuando aprendieran a estar todavía mejor sintonizados?, se preguntó a sí mismo.

La adrenalina le recorría la sangre a toda velocidad, incendiándolo.

–Bueno, me alegro de que tú sepas lo que haces –comentó ella con voz cálida–. Ha sido increíble.

Algo en el tono tenso de su voz hizo que Adoni se volviera hacia ella.

También estaba tumbada boca arriba, mirando al techo, sus pechos subiendo y bajando con la respiración acelerada. Al verlos de nuevo y recordar su dulce sabor, Adoni empezó a notar otra erección.

¿Otra vez? ¿Tan pronto?

Él sonrió, inhalando el aroma a sexo que flotaba a su alrededor. Iba a murmurar algo sugestivo, cuando posó los ojos en el rostro de ella. Cerró la boca de golpe.

Alice tenía el ceño fruncido y los labios apretados, como si algo muy distinto a la satisfacción ocupara sus pensamientos.

–¿Alice?

Ella parpadeó rápido. Lágrimas brotaron de sus ojos.

Adoni no estaba acostumbrado a manejar emociones en público. Y, menos, con sus amantes. El sexo tenía que ver con el placer físico, no…

–Lo siento. Me siento un poco… abrumada. Se me pasará. Seguro –afirmó ella y soltó una carcajada llena de tensión–. Ha sido mucho más de lo que esperaba.

Entonces, se volvió hacia él y lo observó un momento en silencio. A él se le aceleró el corazón.

–Gracias –dijo ella con una sonrisa sensual.

–Ha sido un placer –contestó él, desarmado por su belleza. Qué conversación tan extraña. Estaban actuando de una manera tan… formal. Y hacía apenas unos minutos habían cabalgado juntos en los brazos del éxtasis.

Quiso besarla de nuevo, sumergirse en ella otra vez. Pero la expresión de Alice era demasiado solemne. Y, por si fuera poco, lágrimas le rodaban por las mejillas.

–Voy a quitarme el preservativo –dijo él. Siempre había rehuido

todo lo relacionado con los sentimientos femeninos… y con las lágrimas.

Se levantó de la cama y se dirigió al baño. Era raro pero, con cada paso, sentía el peso de la mirada de Alice. Era como si lo acariciara por los hombros, la espalda, los glúteos, los muslos. Un escalofrío de excitación lo recorrió.

De nuevo, tuvo la tentación de volverse hacia ella y volver a hacerle el amor. Sin embargo, siguió caminando. Solo cuando cerró la puerta del baño tras él sintió que la tensión cedía.

Decidió darse una ducha fría. El agua fresca en la cara metería en cintura su libido. Alice lo atraía de una forma que no había experimentado nunca. Era diferente a todas las mujeres que había conocido antes. Era única.

Pero debía tener cautela, pensar con la cabeza, se dijo a sí mismo.

Por esa razón, era mejor esperar antes de volver a tener sexo con ella.

Porque, por supuesto, iban a volver a tener sexo. De eso estaba seguro.

Durante un instante, dudó qué hacer. Eso le ponía furioso. Le enorgullecía ser rápido en sus decisiones, pero con esa mujer se sentía perdido. Frunciendo el ceño, tomó una toalla y se la puso en la cintura. Tenían que hablar. Luego, tendrían sexo de nuevo.

Adoni se contuvo para no sonreír, mientras salía del baño. Ya estaba fantaseando sobre dónde lo harían la próxima vez. Bajo la ducha, en el sofá, junto a la chimenea. O de pie junto a la enorme ventana con vistas impresionantes del centro de Londres.

Tragó saliva con la boca seca, pensando en aquellas piernas preciosa rodeándolo de la cintura, sus gemidos de placer…

Entonces, se detuvo. La cama estaba vacía.

Una puerta se cerró al final del pasillo.

–¿Alice? –llamó Adoni, esperando verla aparecer, pero no fue así.

Una molesta sensación lo invadió. Se dirigió al pasillo, mirando dentro de cada habitación.

–¿Alice? –volvió a llamar él, encogido por el eco de su voz en la casa vacía.

Se había ido. Se había escapado de él sin decir palabra.

¡Increíble! Ninguna mujer lo había tratado así jamás.

Adoni trató de pensar y comprender por qué se había ido.

¿Había estado avergonzada? No lo creía, por la manera en que había hablado de sexo con él.

Volvió al dormitorio y se quedó allí parado, recorriéndolo todo con la mirada, como si así pudiera encontrar una pista que explicara el extraño comportamiento de Alice. En su experiencia, las mujeres solían quedarse en su casa mucho más tiempo del que él esperaba.

Estaba muy incómodo. ¿Era Alice capaz de manejarse sola en Londres a esas horas de la noche? ¿Debería seguirla? Ya no estaba borracha, no se habría acostado con ella si así hubiera sido, pero…

De pronto, contuvo la respiración, al ver su cartera tirada en el suelo. Cuando se había quitado los pantalones, la había dejado dentro de uno de los bolsillos. En ese momento, estaba abierta, en el suelo, junto al lado de la cama donde Alice había yacido, exhausta y envuelta en lágrimas.

Al menos, eso había parecido, caviló él. Al acercarse, comprobó que una de sus tarjetas de crédito estaba sacada de su compartimento.

Con la cartera en el mano, se sentó en la cama. ¿Cuánto dinero había tenido dentro? Repasó los billetes. No faltaba nada, pensó. Aunque no estaba seguro.

Lo que no entendía era por qué ella le había revisado las tarjetas de crédito. Estaban todas allí, no le había robado ninguna.

¿Tal vez había anotado los números para usarlos después? Incluso podía haberles hecho una foto, se dijo. ¿Quién sabía qué uso pretendía darles?

Adoni se recostó en el cabecero, sin poder dar crédito a lo que había pasado y, al mismo tiempo, furioso consigo mismo por haberse dejado engañar con tanta facilidad. Las mujeres siempre habían intentado aprovecharse de él de muchas maneras, tantas que no podía acordarse de todas. Sin embargo, había permitido que Alice Trehearn lo tomara por sorpresa y con la guardia baja.

Se pasó una mano por el pelo. ¡Qué tonto había sido! Se había dejado llevar por su deseo, cuando ella solo había estado calculando cómo robarle.

A los treinta y un años, debería haber estado prevenido y haberse cuidado de esa clase de historias. Su madre les había mentido tanto a él, su hijo, como a su marido. Su prometida lo había engañado, haciéndole querer que lo amaba, para abandonarlo después de que hubiera sido desheredado.

Adoni había aprendido a golpes que no debía confiar en las personas.

Hasta esa noche, cuando una chica con dulce sonrisa e ingenua sensualidad lo había cegado.

De nuevo, volvió a sentir un embriagador impulso de posesión. Recordó la primera vez que había penetrado en su húmedo interior, cuando la había encontrado apretada y tersa como una virgen. Cuando ella lo había mirado con ojos maravillados, algo había explotado en su pecho. Una mezcla de placer y primitiva satisfacción que lo hacían sentir poco más que un hombre de las cavernas.

Apretó la mandíbula. Suponía que debía alegrarse de no haberse pasado más tiempo en el baño. Si lo hubiera hecho, seguramente, su cartera y las tarjetas de crédito habrían estado justo donde las había dejado y no se habría percatado de que Alice era una ladrona, hasta que largas sumas de dinero hubieran empezado a desaparecer de sus cuentas.

Alice Trehearn era otra cazafortunas más.

Con la respiración acelerada, Adoni hizo una mueca de asco, pensando que había caído en la trampa. Más le valía a ella tener cuidado, si sus caminos volvían a cruzarse. No caería en sus redes una segunda vez.

Tomó su teléfono. Era hora de cancelar las tarjetas de crédito.

–Pechos hipersensibles. Esa es la primera señal –dijo la mujer en un susurro en la cafetería abarrotada–. Yo lo notaba hasta cuando me ponía con los brazos cruzados.

Alice abrió mucho los ojos, mientras recogía los platos y las tazas vacías de la mesa de al lado. Ella llevaba un par de días notando los mismos síntomas.

De todas las conversaciones de los clientes, su cansado cerebro se fijó justo en esa. En cualquier momento, la mujer en cuestión confesaría que el médico le había diagnosticado cualquier terrible enfermedad. Pero ella no podía permitirse caer en cama. Tenía demasiado trabajo y ya le era bastante difícil lograr llegar a fin de mes.

Parpadeó, tratando de centrarse en lo que estaba haciendo. Arrugó la nariz con asco al agarrar de la mesa una taza a medias de café. Por alguna razón, el aroma del café, que siempre había adorado, le provocaba repugnancia.

–A mí no me pasó nada de eso –contestó la amiga de la mujer que había hablado–. Mi primer síntoma fue que no podía soportar el humo del tabaco. Cada vez que Jack encendía un cigarrillo, me ponía mala. Pero no solo era el tabaco. También me pasaba con el café. No podía soportar el olor.

Alice se quedó paralizada con la bandeja en la mano.

¿Era aquello una especie de broma? ¿Dónde estaba la cámara oculta?

Meneó la cabeza. Estaba demasiado cansada como para pensar con claridad. Ella no le había hablado a nadie de sus extraños síntomas. Era solo pura coincidencia.

Con decisión, siguió limpiando la mesa, intentando no escuchar la conversación.

–Por supuesto, enseguida llegaron las náuseas matutinas –dijo la mujer a su amiga–. No sabes la suerte que tienes de que a ti no te pasara eso.

A Alice se le pusieron los pelos de punta. Respiró hondo para calmarse. Cuando otra camarera pasó a su lado con una bandeja cargada de cafés, tuvo que tragar saliva para reprimir una arcada.

Empapada, de pronto, en sudor, dio un traspiés.

Con un movimiento maestro, recuperó el equilibrio y logró no tirar la bandeja. Mientras se dirigía a la cocina, lanzó otra mirada a la pareja de mujeres que habían estado hablando. Las dos parecían jóvenes y sanas. Ambas sonreían. Una tenía un bebé sobre el regazo y la otra estaba tan embarazada que parecía a punto de explotar.

Entonces, Alice tembló.

¡Embarazo!

¿Era eso de lo que habían estado hablando?

Pero ella no podía estar embarazada. No era posible.

Él había usado un preservativo.

Por supuesto que no estaba embarazada. Solo tenía veintitrés años. Acababa de independizarse. No tenía planes de tener un hijo.

Era pura causalidad.

Pero, mientras el día avanzaba, Alice era cada vez más consciente de lo hipersensibles que tenía los pechos. Y acabó evitando la máquina de café todo lo posible.

A la hora del descanso, se fue a la farmacia y se compró una prueba de embarazo.

No podía ser eso, trató de tranquilizarse a sí misma. Por supuesto que no podía ser.

Pero estaba equivocada.

Alice se quedó en el baño de empleados, mirando el indicador que delataba su estado.

No gritó de emoción. No lloró. No hizo nada más que quedarse paralizada, mientras su cerebro iba poco a poco analizando las consecuencias.

Había vivido algunos sucesos que le habían cambiado la vida. Y

había aprendido que protestar contra el destino o tratar de evitar la realidad no funcionaba.

Su madre había muerto en un accidente de coche cuando ella había tenido doce años. Las lesiones que había sufrido su padre en el mismo accidente lo habían dejado en una silla de ruedas. Había necesitado cuidados constantes, hasta que había muerto de las complicaciones, cuando ella había tenido diecisiete años. Al menos, su padrino, David, le había dado un techo donde refugiarse. Luego, David, que para ella había sido como de la familia, había sido diagnosticado de una enfermedad terminal. Ella había sido quien lo había cuidado durante su prolongada agonía hasta hacía un año, cuando…

Alice meneó la cabeza. Al menos, su última crisis no tenía que ver con la muerte, sino con la vida. Igual, cuando consiguiera hacerse a la idea, incluso, se alegraría.

Se miró al espejo. Estaba pálida como la leche y los ojos parecían no caberle en el rostro.

Estaba asustada.

Tenía miedo de lo desconocido. ¡No sabía nada de bebés!

Tenía miedo por cómo iba a mantener a un niño, cuando ni siquiera podía mantenerse a sí misma.

Y, sí, también sentía frustración y autocompasión. Porque, después de haber perdido a todos sus seres queridos, había contado con que, al fin, comenzaría a disfrutar de las diversiones que eran típicas de su edad. Fiestas, fines de semana sin preocupaciones, salir con chicos, estudiar una carrera. Su sueño era estudiar Bellas Artes, si algún día su bolsillo podía permitírselo.

Sin embargo, los estudios quedarían al final de la lista, otra vez. Tendría que buscar una forma de mantener a su bebé, además de una profesión que le permitiera ganar bastante dinero y tener un horario compatible con la vida familiar.

Alice apretó los labios, pensando en lo difícil de la tarea que tenía por delante.

Se agarró al lavabo, pues las rodillas le cedieron cuando un nuevo pensamiento la asaltó.

Iba a tener que contárselo a él. A Adoni Petrakis.

Porque era él el padre. Ella no sabía nada de bebés, pero estaba segura de que no quería abortar.

Al menos, eso lo tenía claro.

Intentó sonreír a su reflejo en el espejo, pero no lo logró. Se le encogía el estómago al pensar en confrontarse con Adoni. Sus mundos eran demasiado diferentes. Era un milagro que hubieran

acabado en la cama juntos. Él era rico, sofisticado. Ella era corriente y no tenía ninguna experiencia en el amor.

Al recordar la noche que habían pasado, como siempre, sintió una confusa mezcla de sentimientos. Por una parte, le horrorizaba. Por otra, deseaba que no hubiera terminado nunca. Podía haberse acostumbrado a ese hombre guapo y sensual, con sentido del humor y un brillo apreciativo en los ojos. Era un hombre amable y generoso, que había despertado en ella toda la clase de deseos inesperados.

Menos mal que se le había ocurrido mirar en su cartera para ver cuál era su apellido. Había necesitado saber el nombre completo del hombre a quien le había entregado su virginidad. En su borrachera, no había podido memorizarlo cuando él se lo había dicho. Y le había dado vergüenza confesárselo, una vez sobria.

Su sonrisa se convirtió en una tensa mueca ante el espejo.

¡Por lo menos, tenía un nombre que poner en el certificado de nacimiento!

Capítulo 4

SEÑOR PETRAKIS?

–¿Sí?

Adoni se detuvo cuando iba de camino a su despacho, en Londres, y se volvió hacia su secretaria.

–Una mujer ha llamado varias veces, para pedir una cita. Pero su nombre no está en la lista que usted me dio.

–Entonces, no le des una cita –repuso él e hizo una seña a Miles Dawlish para que lo precediera al entrar en el despacho. Había quedado con él para cerrar una compra muy apetecible.

–Es solo que…

Adoni se volvió con impaciencia, molesto por tanta insistencia. La secretaria se inclinó hacia delante, bajando el tono de voz.

–Dice que es personal. Y que es vital que lo vea a usted.

–¿Cuál es su nombre?

–Alice Trehearn. Ha sido muy insistente. Parecía… importante.

¿Alice Trehearn?

Los recuerdos estallaron en su cabeza como una presa desbordada. Piel tan pálida como el marfil. Un cuerpo esbelto que respondía a sus caricias como un instrumento afinado para él. Labios como cerezas maduras, dulces y enrojecidos por sus besos.

Una boca mentirosa. Una mujer que le había tomado el pelo y había intentado engañarlo.

¿Qué esperaba conseguir de él? ¿Esperaba seducirlo para sacar algo más?

La idea de que Alice Trehearn lo sedujera de nuevo era innegablemente excitante. Sobre todo, porque él no tenía intención de dejar que le sacara ni un centavo. Podía ser divertido tener sexo con ella otra vez, solo para terminar lo que habían empezado.

–Dile que la veré. Cuanto antes. Aquí.

–Oh. Pero ella me ha pedido que se vean…

–Aquí –repitió él con rostro severo–. Mañana. O, si no, no habrá cita.

Acto seguido, Adoni se dirigió a su despacho, donde lo esperaba Miles Dawlish. Le hizo un gesto para que tomara asiento.

–No he podido evitar escuchar –comenzó a decir Dawlish–. Yo también conozco a una tal Alice Trehearn. Estaba en la fiesta de la boda donde nosotros nos conocimos. Me pregunto si puede ser la misma.

Adoni no respondió. Se sentó frente a su invitado. No tenía intención de compartir su vida personal. Si no fuera por la oferta jugosa que le había hecho Dawlish, no perdería ni un minuto con ese tipo. No le caía bien. Era la clase de hombre que creían que todo el mundo estaba en deuda con ellos. Y estaba dispuesto a vender su herencia familiar, una finca con una mansión increíble, solo a cambio de efectivo.

–Si es ella, la misma mujer a la que yo me refiero, debes tener cuidado –continuó Miles Dawlish–. Una chica delgada, de grandes ojos y muy ingeniosa. ¿Te suena? Era una de las damas de honor.

–Me temo que no presté mucha atención a las damas de honor –comentó Adoni. Y no era mentira. Apenas se había fijado en ellas, hasta que Alice lo había asaltado en el ascensor y había empezado a hablarle de besos y orgasmos.

Durante un momento, el hombre titubeó, como si acabara de darse cuenta de que se estaba desviando del propósito de la reunión. Pero necesitaba desahogarse del odio que le tenía a Alice Trehearn.

–Para no andarnos con rodeos, esa Alice una zorra mentirosa. Aunque a ti no te engañaría tan fácilmente, seguro.

–¿Intentó estafarte a ti? –le preguntó Adoni a Dawlish con una sonrisa forzada.

–No, la pillé antes de que lo hiciera. Timó a mi tío. David Bannister.

–Bannister. Me suena ese nombre.

–Por los documentos de escritura que te he enviado. Era el marido de mi tía. Ella me dejó a mí las propiedades de la familia, pero solo tras la muerte de David. No tenían hijos y yo era su pariente más cercano. David podía explotar la finca como quisiera, mientras estuviera vivo –explicó Dawlish y apretó la mandíbula–. La señorita Trehearn se mudó a su casa hace años. Era una adolescente, pero lo tenía embrujado.

Adoni frunció el ceño. Robar era una cosa, pero seducir a un hombre mucho más viejo… Eran cosas que pasaban. Aunque le dejaba un amargo sabor de boca.

–¿Cuántos años tenía David?

–Más de sesenta. Tenía edad para ser su abuelo. Pero dicen que los viejos enamorados son los peores, ¿verdad? –contestó Dawlish y se recostó en su asiento, estirando las piernas–. Hasta dejó que la señorita Trehearn manejara su dinero, ¿te lo puedes creer? Además, ella impedía mis visitas y llamadas, diciendo que David no quería verme –añadió con una mueca de rabia–. Pero se llevó su merecido. Apuesto a que David no le había dicho que esos terrenos no eran suyos. Probablemente, ella pensó que iba a hacerse de oro, que se lo dejaría todo en herencia. Se llevó un buen chasco.

–¿Y en qué situación se encuentra la propiedad ahora? –quiso saber Adoni.

–Oh, no te preocupes por eso. Es un lugar floreciente. David podía haber estado hipnotizado por esa mujer, pero nunca dejó que la finca se echara a perder. Mi tía y él, incluso, fundaron una pequeña colonia de artistas hace una década dentro de sus terrenos. Verás, por los documentos que te he enviado, que todavía viven allí artistas muy prestigiosos. Eso, en adición a la casa y las plantaciones.

–Suena fascinante –dijo Adoni. Y era cierto. Él mismo había revisado los detalles sobre la propiedad en profundidad. Era justo lo que había estado buscando. La mansión sería perfecta para un hotel campestre de lujo.

Aunque, de todas las cosas que le dijo Dawlish, lo relativo a Alice Trehearn era lo más fascinante.

Con una mezcla de asco y curiosidad, Adoni se preguntó por qué ella quería volver a verlo. ¿Acaso creía que podían retomarlo donde lo habían dejado?

Si era así, se iba a quedar con un buen palmo de narices.

Alice se estiró la chaqueta negra que llevaba y la falda a juego, mientras caminaba por una calle de Londres hacia la dirección que le habían dado. Había llevado ese atuendo, la primera vez, al funeral de su padre. Luego, al de David. Odiaba los recuerdos que evocaba, pero le había parecido lo más adecuado para ponerse ese día.

Era su conjunto para ir a entrevistas de trabajo. Antes de la muerte de David, se lo había puesto mucho, cuando había tenido que reunirse con extraños para hacer gestiones relacionadas con la finca. David había estado cada vez más enfermo y se había encerrado en su arte y sus libros. Le había confiado a ella los asuntos económicos de su propiedad. Y, aunque los que vivían allí

sabían lo capaz que ella era, los forasteros solo la veían como una joven ignorante que no merecía ningún reconocimiento.

Alice apretó los labios al recordarlo.

De nuevo, se miró la ropa que llevaba. ¿Sería el negro cuervo un avance sobre el amarillo bilis?

No le importaba lo que Petrakis pensara de su aspecto, se repitió a sí misma. Solo quería darle la noticia y comprobar si no se había equivocado respecto a él. No solo se había sentido atraída por lo guapo que era y por su carisma, también había adivinado en él sentido del humor, paciencia y ternura.

Si fuera un hombre decente, y no tenía razón para sospechar lo contrario, quizá, podían llegar a un acuerdo amistoso para que su hijo no creciera sin conocer a su padre, caviló Alice.

Era increíble lo rápido que el pequeño bebé se había convertido en alguien importante para ella. ¿Cómo sería cuando lo sostuviera entre sus brazos? ¿Y cuando aprendiera a andar o pudiera abrazarla también?

Una sensación de calidez la envolvió al pensar en amar y ser amada de nuevo. No era la vida que ella había planeado, en absoluto, pero estaba decidida a contemplar su embarazo como algo positivo, no como una carga.

Por muy asustada que estuviera.

Alice tragó saliva para acallar sus miedos y sus dudas, recordándose a sí misma que era una mujer capaz y que estaba decidida. No había vuelta atrás.

Si no sabía algo, lo aprendería. Y, si no tenía dinero… bueno, eso no era algo nuevo. Con trabajo duro y, tal vez, algo de ayuda, podría mantener a su bebé.

Llegó a las puertas de cristal de un impresionante edificio de oficinas, comprobó que era la dirección de su destino y entró, sin darse tiempo a titubear. Poco después, llegó a una de las plantas superiores.

Las puertas del ascensor se abrieron, dando paso a una recepción hermosamente decorada. Muebles caros, cuadros exquisitos, tonos color tierra y un toque de exotismo en la maceta con orquídeas que había sobre el mostrador.

Era, además, un entorno acogedor, tanto que Alice se relajó un poco. Respiró hondo por primera vez desde que había salido del metro.

–¿Señorita Trehearn?

Una mujer impecablemente vestida se acercó.

–Soy yo.

–¿No quiere sentarse? El señor Petrakis la recibirá enseguida. Mientras, ¿desea té o café?

–Nada, gracias –repuso Alice. Las náuseas habían amenazado con hacer presa en ella desde que se había levantado esa mañana y durante el largo viaje en tren desde las afueras de la ciudad. Esperaría a que aquello terminara y, después, se tomaría un té caliente en alguna cafetería agradable.

Cuando la recepcionista se acercó de nuevo, Alice había hojeado ya cinco revistas y se sabía de memoria la escena del cuadro que tenía delante.

¿La había hecho esperar Adoni de forma deliberada? ¿Pero por qué? Él no necesitaba demostrarle nada. Alice ya sabía que era poderoso y rico. Había investigado en internet sobre él. Lo que había descubierto casi le había hecho creer que la noche que habían compartido había sido una ilusión. ¿Qué tenía ella en común con uno de los solteros millonarios más codiciados de Europa?

Sexo. Eso era todo, se dijo a sí misma.

Y un bebé.

Ese pensamiento le calmó las mariposas que sentía en el estómago.

No importaba que Adoni fuera heredero de uno de los más ricos armadores de la historia. Ni que hubiera sido separado de su familia en circunstancias que nadie entendía demasiado bien. Ni que hubiera superado todas las expectativas con la compañía de software que había fundado con el sudor de su frente.

Adoni era solo un hombre. Juntos, habían concebido un bebé. Eso los convertía en iguales, al menos, en lo importante para Alice.

¡Si se repetía eso lo bastante durante la próxima media hora, igual lograba salir airosa!, pensó.

Lo primero que se le pasó por la cabeza al entrar en el espacioso despacho fue que Adoni estaba tan imponente de día como de noche. Aunque parecía preocupado, como si acabara de recibir malas noticias.

No tenía un aspecto demasiado amable.

Estaba de nuevo en su papel de Ares, rey de la guerra. Estaba parado junto a la ventana, la luz del sol remarcando de lleno sus rasgos orgullosos y varoniles. Tenía los labios apretados y la nariz un poco arrugada, como si algún olor le resultara desagradable.

Alice se negó a dejarse intimidar. Aunque tuvo que controlarse para no darse media vuelta y salir corriendo.

Pero no se trataba de ella. Lo hacía por el bebé. Tenía una obligación hacia el niño y hacia Adoni, a pesar de que él la

estuviera mirando como si no la conociera.

O como si no quisiera verla.

Ese pensamiento la supo a ácido en la boca y le hizo encogerse un poco.

Sin embargo, echó los hombros hacia atrás y levantó la barbilla. Había aprendido que, si fingía ser fuerte, podía superar la mayoría de las situaciones, poco a poco.

No debía olvidarlo.

Atravesó la habitación con su único par de tacones. Ignoró la silla para visitas delante del escritorio inmenso y casi vacío. No era una empleada, ni había ido allí para recibir instrucciones. Así que rodeó la mesa y se colocó delante de él.

¿Era sorpresa lo que brillaba en los ojos azules y severos de Adoni?

A solas en su cama, en su pequeño apartamento en Devon, Alice se había dicho que había idealizado su belleza. Sin embargo, al mirarlo a los ojos, comprendió que no había idealizado nada, a excepción, tal vez, de su amabilidad.

–No te alegras de verme –observó Alice y entrelazó las manos delante de ella para no delatar su nerviosismo.

¿De verdad había esperado que se emocionara por su regreso? Solo habían compartido una aventura de una noche, se dijo él. Ni siquiera una noche completa. Había sido un encuentro sexual nada más.

–Confieso que estoy intrigado –admitió él.

Al menos, su voz de barítono le resultaba familiar a Alice. Demasiado familiar, pensó, mientras le subía la temperatura y se le ponía la piel de gallina. Había soñado muchas veces con esa voz que era como una caricia.

–¿No te sientas?

–Gracias –contestó ella, pero ignoró la silla que había junto al escritorio. Se acercó a un grupo de sillones que había bajo un precioso óleo con una escena urbana.

Aquel cuadro calmó sus nervios. Ningún hombre con tan buen gusto para el arte podía ser tan frío como él parecía en ese momento.

El hombre con quien se había acostado no había sido frío en absoluto. Había sido cálido y generoso y apasionado. ¿Por qué no quedaba ni rastro de todo eso en su severa expresión?

Alice se acomodó agradecida en el sillón de cuero. El estrés le estaba haciendo difícil seguir en pie y tenía el estómago en un puño.

–Me gustan tus cuadros.

Adoni arqueó una ceja.

–No has venido aquí por el arte.

Ella esperó que él se sentara también, pero no lo hizo. Su fría mirada hacía que la temperatura del despacho bajara varios grados.

De acuerdo, no se alegraba de verla.

Ella se tragó su orgullo y se repitió que había sido una tonta por pensar que, tal vez, la recibiría con los brazos abiertos. Había soñado que, quizá, la sonreiría, la abrazaría y le diría que estaba contento de verla. Incluso, que la había estado buscando.

Camuflando un suspiro de burla hacia sí misma por sus ilusas ensoñaciones, bajó la vista.

¿Desde cuándo había creído en patéticos cuentos de hadas?

La respuesta era fácil. Desde que el hombre que tenía delante la había seducido con tanta maestría que estaba enamorada de alguien que existía solo en su cabeza. Alguien tierno, con sentido del humor, apasionado y cariñoso.

Haciendo un esfuerzo, lo miró a los ojos.

–Tienes razón. No he venido para hablar de arte.

Adoni estaba perplejo por la intensidad con que su cuerpo reaccionaba ante esa mujer. Recordaba a la perfección cada centímetro de su piel cremosa.

Ella lo observaba con la barbilla levantada y gesto serio. ¿Estaría molesta porque la había hecho esperar?, se preguntó, frunciendo el ceño.

Si había ido con intención de continuar su aventura para poder desplumarlo, estaba actuando de una manera demasiado… obvia, al sentarse directamente en uno de los sillones y mirarlo a los ojos con actitud retadora.

Había esperado que fuera más conciliadora, más encantadora. Aun así, Adoni sintió el impacto de su mirada como un puñetazo en las costillas. Ella no estaba actuando como había previsto. No actuaba como una mujer fatal, ni siquiera como una frágil joven en busca de protección.

Aunque Alice Trehearn tampoco había encajado en ningún estereotipo la primera vez que la había visto.

Adoni recordó las cosas que ella había dicho aquella noche bajo los efectos del alcohol y la sorpresa que había demostrado al darse cuenta de que se le habían escapado. Pero se dijo a sí mismo que no había sido más que un truco para ganarse su confianza.

Observó su bello rostro mientras estaba allí sentada. Su expresión no delataba ni rastro de incomodidad. Aunque debía de haber averiguado que había cancelado sus tarjetas de crédito. Debía de ser buena actriz, pensó él.

Adoni se acercó, a pesar de sí mismo.

–Tienes razón. No he venido a hablar de arte –señaló ella. Su voz sonaba ronca, como si no estuviera tan segura de sí misma como parecía.

Él clavó los ojos en su cuello, donde el pulso le latía a toda velocidad. Allí mismo era donde la había besado aquella noche, cuando la había llevado al orgasmo una y otra vez. Le había sabido tan dulce como la miel y…

–¿A qué has venido? –inquirió él con voz dura, molesto al comprobar que el recuerdo de aquella noche estaba grabado a fuego en su mente.

Ella entrelazó las manos sobre el regazo, nerviosa.

–Necesitaba verte… –comenzó a decir Alice. Hizo una pausa y tragó saliva.

–¿Sí? –preguntó él, sin molestarse en ocultar su impaciencia.

Algo brilló en los ojos de Alice, cuando levantó la vista hacia él. ¿Sería rabia? Eso le sorprendió. ¿Acaso no se suponía que ella debía disfrazar su impaciencia cuando intentaba engatusar a un hombre?

–¿No quieres sentarte? –preguntó ella y, al instante, se mordió el labio inferior, como si se arrepintiera de haberlo dicho.

¿Era otro de sus trucos para fingirse una joven indefensa?, caviló él, sin poder apartar la atención de aquellos labios jugosos y rosados.

Entonces, perdió la paciencia. Había sentido curiosidad. En ese momento, al comprobar cómo su cuerpo reaccionaba ante ella, se llenó de rabia. No era la marioneta de nadie. Ya, no.

–No, no quiero sentarme. Quiero que me digas a qué has venido. Mi tiempo vale dinero –le espetó él, cruzándose de brazos.

Los ojos azules de Alice Trehearn se oscurecieron, tal vez, de furia. El pulso le latía a toda velocidad, pero aun así, parecía cualquier cosa menos una mujer vulnerable. Lo miró desafiante.

–La noche que tuvimos sexo –dijo ella y se le quebró la voz un instante. El pecho le subía y le bajaba con la respiración acelerada–. Tuvo consecuencias. Acabo de descubrir que estoy embarazada.

Adoni se quedó mirando sus preciosos labios rosados como si, a fuerza de mirarlos, pudiera lograr que dijeran algo por completo diferente.

¿Embarazada?

No era probable. Él siempre tenía mucho cuidado de usar protección.

Aun así, se le contrajo el pecho al pensar que podía haber dejado su semilla en Alice. Se la imaginó embarazada de un hijo suyo y lo embargó una emoción desconocida que no era capaz de nombrar.

¿Instinto de posesión?

Eso era absurdo. Adoni no tenía interés en formar una familia. Al menos, no todavía. Cuando lo hiciera, sería con sus condiciones. Y no con una vulgar ladrona.

La audacia de aquella mujer lo dejaba perplejo. Debería haberse preparado para eso, pensó. Pero solo había imaginado que ella trataría de retomar su aventura. Cuando había llegado, vestida para una entrevista de trabajo, en vez de para un apasionado interludio, lo había dejado confundido.

–¿No tienes nada que decir? ¿Nada? –le espetó ella, sin ocultar su indignación. Se cruzó de brazos, apretándose los pechos bajo el traje oscuro–. Entiendo –añadió y apretó los dientes como si quisiera morder a alguien–. Si se te ocurre algo que decir, lo que sea, tu secretaria tiene mi número.

Alice se levantó, se dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Cada paso vibraba de tensión. A Adoni le recordó a la noche que la había conocido, cuando él había tenido la sensación de que saltaban chispas a su alrededor.

En ese momento, era obvio que acababa de explotar.

Adoni la alcanzó con dos grandes zancadas y la agarró del brazo.

–No tan deprisa, señorita Trehearn.

Capítulo 5

SU VOZ era heladora y su mano la agarraba con demasiada fuerza.

Junto con su indignación, Alice sintió un temblor de excitación por haber logrado, por fin, una reacción del señor Perfecto.

Con gesto deliberado, clavó los ojos en la mano que la agarraba.

–No tienes por qué actuar como un bruto. Puedo quedarme y hablar de ello, ahora que por fin te salen las palabras.

Él apretó la mandíbula. Ella levantó la barbilla.

Y la soltó.

–Siéntate, Alice. Tenemos que arreglar esto –dijo él, se volvió y se dirigió a su escritorio, donde murmuró algo al teléfono, seguramente, a su secretaria.

Alice se volvió a sentar en un sillón, un poco temblorosa. No había esperado que la conversación fuera fácil, pero tampoco se había preparado para recibir tanta animosidad.

–¿Dices que estás embarazada? –preguntó él, sentándose frente a ella. Estiró sus largas piernas. Su rostro parecía esculpido en bronce.

–Estoy embarazada. Fui al médico ayer.

–¿Y quieres que crea que el bebé es mío?

Alice contuvo la respuesta instintiva que tenía en la punta de la lengua. Y el dolor que le contrajo el corazón porque él pensara que lo mentiría en algo así.

–¿Te arrepientes del cuento que me has contado? –se burló él, inclinándose hacia delante para observarla con atención.

–No es ningún cuento. No estaría aquí si no fuera cierto.

–Qué conveniente que ninguno de tus otros amantes, antes o después de mí, fuera tan… precavido. Yo usé preservativo.

Alice tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no responder a su malicioso comentario. Se negaba a bajarse a su nivel.

–Los preservativos no son seguros al cien por cien. Cualquier médico puede confirmártelo. En cuanto a lo de los otros amantes… –dijo ella y se sonrojó.

–¿Qué decías?

–No he tenido otros amantes. Ni antes, ni después –confesó ella, mirándolo a los ojos con determinación, a pesar de lo avergonzada que se sentía.

Adoni no hizo más que arrugar un poco la frente.

–¿Esperas que me crea que eras virgen?

Alice apartó la vista.

–Sé que no debe de ser muy común hoy en día. Pero así es.

Adoni ladeó la cabeza, contemplándola con desconfianza.

–¿Y qué me dices de tu amante mayor? ¿Ese no cuenta?

–¿Amante mayor? No tengo ningún amante.

Él se inclinó hacia delante con una feroz sonrisa en los labios.

–No es lo que me han dicho. De hecho, tengo entendido que eres una mujer fatal y vives a costa de hombres ricos.

–Debes de estarme confundiendo con otra persona –dijo ella, sin dar crédito.

–No. Tú me has confundido a mí con alguien que cae en tus redes y se cree tus mentiras.

–¡No estoy mintiendo! Nunca he tenido un amante… aparte de ti.

–¿De verdad? ¿Y qué me dices de David Bannister? Viviste con él durante años, ¿no?

–¿David? –repitió ella, frunciendo el ceño–. ¿Cómo has sabido…? –añadió y meneó la cabeza. No importaba lo que supiera, solo que lo había interpretado mal–. No lo entiendes. David era mi amigo.

–Un amigo muy querido. Mucho mayor que tú y muy rico –le espetó él.

–Eso no tenía nada que ver con…

–Parece que estás acostumbrada a hacerte amiga de hombres mayores y ricos. Como cuando me asaltaste en el ascensor –dijo él con mirada afilada–. ¿Alguien te contó esa noche que yo era el dueño del hotel? ¿O llevabas tiempo planeándolo?

–¡No! –exclamó Alice y levantó una mano, tratado de parar su disparo de acusaciones–. Estás equivocado. Yo no soy así –negó con la respiración acelerada. Si no fuera todo tan horrible, hasta resultaría ridículo. ¡Ella, una cazafortunas!–. Quien te habló de David te informó mal.

–Contaba con que dijeras eso.

Sus ojos feroces, su cruel sonrisa y su voz heladora hicieron mella en ella. No se sentía tan indignada como ansiosa. Era obvio que no podría convencerlo de que estaba equivocado.

Quizá, en otra ocasión, Alice se habría mantenido firme y le habría hecho tragarse sus palabras. Pero había cambiado. Tal vez, era por el agotamiento, o por las náuseas que la habían perseguido desde que se había levantado esa mañana. O por el instinto de protección que la urgía a alejar a su bebé nonato del peligro. De un salto, se puso en pie.

La puerta se abrió y entró la secretaria con una bandeja con café. La mujer le dijo algo a su jefe y salió.

Alice se dispuso a seguirla, sintiendo que cada movimiento le costaba un gran esfuerzo. Era por culpa del estrés, se dijo a sí misma.

Solo había dado un par de pasos cuando el aroma a café la envolvió. Una erupción de bilis le subió a la garganta. Se quedó paralizada, llevándose una mano al vientre y otra a la boca. Debía salir corriendo, si no quería vomitar delante de aquel agresivo extraño.

Al instante, Adoni se acercó con el ceño fruncido. Parecía preocupado.

–¿Qué te pasa? Te has puesto gris.

–El café –repuso ella–. El olor.

Durante un segundo, él se quedó parado, sin comprender. Luego, se dio media vuelta, agarró la bandeja y la sacó.

Cuando regresó, Alice estaba en su baño privado. Agarrada al lavabo de mármol, le temblaba todo el cuerpo. El sabor a bilis le llenaba la boca.

–¿Alice?

Su voz sonaba suave y amable. Si Alice cerraba los ojos, podía, incluso, imaginarse que seguían en aquella lujosa suite de hotel donde tan bien la había tratado.

–Enseguida salgo.

Silencio. Entonces, ella oyó agua corriendo. Y notó una toalla húmeda en la nuca. Era una sensación tan agradable y refrescante que bajó la cabeza, aceptando sus cuidados.

–Vuélvete –dijo él, tras un par de minutos.

Alice obedeció sin dudar. Con los ojos todavía cerrados, dejó que le recorriera las mejillas, la boca y la frente con la toalla mojada.

–Tómate esto.

Ella abrió los párpados y se topó de frente con sus increíbles ojos azules. Miró al vaso de agua que él le tendía y lo tomó de su mano, con cuidado de no rozarlo. Le dio un pequeño trago, luego otro. Comprobó, aliviada, que no le revolvía el estómago.

–Gracias.

–¿Puedes andar?

Ella asintió, conteniéndose para no preguntarle si la llevaría en brazos, en caso de que no pudiera andar. Era una locura lo mucho que ansiaba sentir su ternura. Sin embargo, él la creía una mentirosa.

Alice respiró hondo y miró hacia la puerta. Le parecía a kilómetros de distancia. Pero odiaba parecer frágil, sobre todo, ante alguien que tan mala opinión tenía de ella.

Levantó la barbilla y dio un paso adelante, despacio. La habitación daba vueltas a su alrededor, luego, se detuvo. Dio otro paso. Solo tenía que dar unos pocos más para poder salir de allí.

Adoni se acercó y se inclinó para deslizar un brazo bajo sus rodillas y otro sobre su espalda. La levantó del suelo, sujetándola contra su pecho. Ella apoyó la cabeza en el hombro de él, mientras la sacaba del baño.

–Esto es innecesario –susurró ella con la garganta seca–. Puedo andar. Solo estoy un poco mareada.

Él no respondió. Se sentó en un sofá con Alice sobre el regazo. A ella se le cayó un poco de agua del vaso que tenía en la mano y le mojó la falda, pero no dijo palabra. Se sentía en la gloria entre los brazos de aquel hombre. La calidez y la fuerza de sus músculos la reconfortaban, aunque se sentía como una florecita a merced de un huracán.

–Prueba uno de estos –ofreció él y agarró algo de una mesita baja.

Al hacer el movimiento, la apretó un momento contra su pecho, envolviéndola en su inconfundible aroma a cedro y especias que la había embriagado en la cama aquella noche. Ella arrugó la nariz. Era extraño cómo ese olor no le provocaba náuseas.

Adoni le acercó un plato con pistachos.

–No quiero comer nada.

–Puede que te ayude. Cuando mi madrastra tenía náuseas por el embarazo, solía comer galletas saladas y frutos secos.

Ella bajó la vista a la mano bronceada y fuerte que sujetaba el plato. Sorprendida, reparó en la revelación que él acababa de compartirle sobre su vida personal. Despacio, tomó un pistacho.

–Muerde despacio la cáscara y se abrirá.

Ella obedeció. Saboreó el fruto salado.

Con reticencia, esperó. Pero su estómago no protestó.

–Prueba otro –ofreció él.

–Gracias. Lo haré. Pero prefiero sentarme sola.

Adoni se puso rígido. Sin decir palabra, la levantó y la colocó en

el sofá, a su lado.

Alice pensó en lo fuerte que debía de ser él para poder levantarla con tanta facilidad. Enseguida, sin embargo, una voz interior le recordó que tenía cosas mucho más urgentes en que concentrarse, aparte de los músculos de Adoni Petrakis.

–Come.

Ella asintió y probó otro pistacho. Lamió la sal de la cáscara y masticó el fruto.

–Están muy ricos –dijo ella, sintiéndose cómoda y tranquila, casi tanto como esa primera noche. De pronto, al recordar cómo se había entregado a él, le subió la temperatura. Apartó el plato.

–¿Estás mareada otra vez?

Su voz le sonó como terciopelo en el oído.

–No. Estoy bien –dijo ella, tomó otro trago de agua y cerró los ojos, intentando concentrarse. Era difícil alimentar la indignación hacia un hombre que la cuidaba con tanta ternura. A su lado, perdía la noción del tiempo y el espacio.

Los ojos de Alice estaban llenos de preocupación. No parecía la clase de mujer dispuesta a sacarle el dinero. Aunque las apariencias engañaban, se dijo Adoni.

Por una parte, él tenía ganas de ayudarla, de protegerla. Por otra, sabía que debía tener precaución. No había duda de que, en el aspecto físico, Alice Trehearn era frágil. Verla temblando y empapada en sudor frío delante del lavabo había despertado su instinto de protección.

–Sigues sin creer que el bebé es tuyo –adivinó ella. Sus ojos suplicaban comprensión.

–No, claro que no lo creo –repuso él, ignorando el dolor que percibió en sus ojos. Sabía muy bien que las personas podían fingir emociones falsas.

–Entonces, ¿ahora qué?

–Muy sencillo –dijo él con tono duro. Sin embargo, para su sorpresa, no era tan sencillo desenmascarar a Alice Trehearn, cuando un mar de inesperadas emociones le atenazaban el pecho–. Hazte una prueba de paternidad. Si el bebé es mío, hablaremos.

Ella apartó la mirada, no sin que antes Adoni pudiera leer el dolor en sus ojos.

–Claro –contestó ella, tras respirar hondo–. Te avisaré cuando esté todo listo –añadió y se preparó para levantarse.

Él la agarró del brazo para detenerla.

–¿Qué?

–¿Adónde vas? –preguntó él. ¿Se encontraba lo bastante bien como para irse? Todavía estaba blanca como la leche. Además, no habían abordado el tema del dinero.

–A casa. Si me voy ahora, llegaré a Devon a tiempo para mi turno de tarde.

–¿Turno de tarde?

Alice temblaba bajo su mano. No parecía encontrarse con fuerzas, observó él.

–Soy camarera –informó ella y clavó la mirada en su mano, esperando que la soltara–. Ahora, si me disculpas, tengo que irme.

Despacio, Adoni la soltó y se recostó en el sofá, cruzándose de brazos. No quería dejarla marchar.

–Claro –dijo él, observándola como un halcón de presa–. ¿No has venido para sacarme dinero?

Ella levantó la cabeza, se puso rígida y lo miró con severidad.

–No. He venido porque creí que merecías saber que vas a ser padre.

–¿No se te ha ocurrido deshacerte del bebé? ¿Piensas tenerlo?

Ella asintió.

–¿Habrías tomado la misma decisión si yo no fuera rico?

Al instante, Alice se puso pálida.

–Eso es terrible –dijo ella con ojos muy abiertos, heridos.

Él le sostuvo la mirada sin parpadear.

–La vida es cruel. Hay muchas mujeres que tienen hijos con hombres ricos para tener una vida fácil.

–No soy una de ellas. Y, si esa es la clase de mujeres que conoces, me das pena.

–No necesito tu lástima. Solo quiero la verdad –le espetó él, apretando la mandíbula.

¿Cómo se atrevía aquella chica a hablarle así? Era cierto que la mayoría de las mujeres que habían desfilado por su vida eran desleales e interesadas. Pero él no necesitaba darle lástima a nadie. Y, menos, a ella.

–Dime, Alice. ¿No has venido con la esperanza de que te diera dinero? –volvió a preguntar él, mirándola a los ojos.

Ella parpadeó. Bajó la vista durante un segundo. Despacio, asintió.

–Bueno, sí. Pensé que querrías conocer a nuestro hijo o hija y tener una relación con ella o con él. Y esperaba… –admitió ella y tragó saliva, levantando la vista hacia él–. Esperaba que pudieras contribuir a su manutención. Los gastos del colegio y esas cosas, ya

sabes.

–¿Y ahora?

–¿Ahora? –repitió ella, frunciendo el ceño–. Ni siquiera ha nacido.

Adoni no había esperado esa respuesta. En absoluto.

–Tendrás gastos, ¿no? –dijo él, sin especificar más. Sin duda, ella le enumeraría una lista de cosas que necesitaba pagar durante el embarazo.

Ella meneó la cabeza.

–Por ahora, no. Iba a comprar libros sobre embarazo, pero he encontrado unos muy buenos en la biblioteca del pueblo –informó ella. Cuando su interlocutor no dijo nada, añadió–: Una de mis compañeras de trabajo tiene una cuna y una mecedora para bebés. Dice que ya no va a tener más hijos y que puede dármelas, y también algo de ropita… –dijo, interrumpiéndose al ver la expresión de Adoni–. ¿Qué? ¿Qué sucede?

¿Qué sucedía? O Alice era la actriz más convincente que Adoni había conocido o su bebé iba a crecer en un pueblo apartado de todo, rodeado de muebles de segunda mano y a merced de la caridad de la gente.

–¿Adoni?

–No pasa nada. Solo estaba pensando –repuso él. Se enfureció consigo mismo por estar respondiendo a la situación de forma tan visceral, en vez de usar la lógica. Se había sentido traicionado por esa mujer, aunque solo hubiera confiado en ella unas pocas horas.

Durante una década, había puesto su corazón a buen recaudo. Diablos, igual ni siquiera tenía corazón, caviló. Había aprendido a desconfiar y estaba decidido a no dejarse afectar jamás por ninguna otra mujer.

Pero Alice Trehearn hacía tambalear toda su determinación con solo una mirada.

Por otra parte, de forma inesperada, descubrió que sentía una honda nostalgia por esa clase de vida que había aprendido que no podía tener… una relación sincera de amor. Una familia.

Adoni odiaba reconocerlo, pero la idea de ser padre despertaba una tormenta de emociones y recuerdos en su interior. Recuerdos de felicidad, trauma y abandono.

Alice lo miró con aire dubitativo.

–Bueno. Le preguntaré a mi médico por la prueba de paternidad y…

–No. Yo me ocuparé. Te llamaremos –interrumpió él. No tenía intención de aceptar por buena la palabra de un médico elegido por

Alice.

Ella asintió y se levantó.

–¿Mi secretaria tiene tus datos de contacto?

Alice dijo que sí con la cabeza.

–Adiós, Adoni –se despidió ella. Sin esperar respuesta, se dio media vuelta y salió del despacho.

Él se quedó dándole vueltas al tono definitivo de su despedida. Con suerte, no tenían por qué volver a verse en persona nunca más.

Deseó que fuera tan sencillo como eso pero, por experiencia, lo dudaba mucho.

Capítulo 6

ALICE SONRIÓ a la pareja de abuelitos que tenía delante.

–Claro que puedo cambiarles el pedido –dijo ella con una sonrisa, a pesar de que era la tercera vez que cambiaban de opinión–. Iré a la cocina para solucionarlo.

Se dio media vuelta y se dirigió a la cocina de la cafetería a toda prisa, antes de que comenzaran a preparar sus platos. Le dolía todo el cuerpo y se sentía ridículamente pesada. Se miró el reloj. Una hora más. Solo necesitaba aguantar una hora más para terminar su turno.

Se había alegrado cuando una de las otras camareras no había podido ir ese día, pues eso suponía más trabajo para ella y más propinas, un poco de dinero extra para cuando llegara el bebé. Aunque se sentía demasiado cansada. Y, a pesar de su agotamiento, no lograba dormir bien.

¿Era lo correcto limitar su contacto con Adoni? ¿Hacía bien en no someterse a la prueba de paternidad que él le había pedido?

Era un gran paso, algo que ella no podía tomarse a la ligera. No estaba segura de que quisiera que aquel hombre cínico y desconfiado la ayudara a criar a su hijo.

Aunque igual él tampoco pensaba hacerlo. Para Adoni, la idea de ser padre se limitaba a pasar dinero. Pagaría a niñeras de élite y caros internados, pero no le ofrecería amor ni tiempo.

Él le había dejado claro que no tenía ningún interés en el niño. Solo lo veía como una carga económica o como una herramienta de chantaje.

Alice se estremeció, preguntándose a qué clase de mundo estaba acostumbrado para creer que el engaño era lo natural.

Cabizbaja, abrió la puerta de la cocina y avisó del cambio de pedido. Luego, agarró un vaso de agua y se apoyó en la pared. Necesitaba recuperar el aliento para poder continuar en pie.

Cerró los ojos y bebió despacio. ¿Había hecho bien al decirle que había cambiado de idea a la secretaria de Adoni, cuando la había

llamado para fijar la cita para el test de paternidad? No pensaba someterse a esa prueba.

Adoni pensaría que el niño no era suyo.

El problema era que, de ese modo, le negaría al bebé la oportunidad de conocer a su padre. Si se hacía la prueba, por otra parte, Adoni se involucraría en la educación del niño. Aunque Alice temía lo que eso podía significar para su hijo.

Y para ella. Porque, a pesar de las terribles acusaciones que le había lanzado, Alice ansiaba su contacto, la seguridad de estar entre sus brazos. Cuando había estado a punto de vomitar, en vez de dejarla sola, él la había cuidado. Eso hacía que casi lo perdonara por sus acusaciones.

Era algo demasiado peligroso.

No quería ser la clase de mujer que se vendaba los ojos y justificaba el mal comportamiento de un hombre. Eso no podía conducirle a nada bueno.

–Alice, aquí estás –dijo Viv, su jefa–. Oye, ¿estás bien?

Alice se enderezó y abrió los ojos.

–Solo necesitaba beber agua. Estaba muerta de sed. Pero no te preocupes, ya voy…

Viv meneó la mano.

–He venido a hablarte de eso. Tienes aspecto de estar derrotada. He llamado a Chrissie y viene ahora mismo a sustituirte. En cuanto llegue, puedes irte.

Alice se quedó boquiabierta. Viv era una buena jefa, pero nunca antes se había fijado en su cansancio, algo que había sufrido a diario en las últimas semanas. Ni siquiera se había percatado de sus mareos mañaneros.

–Vamos, ¿a qué esperas? –la azuzó Viv con una sonrisa–. Yo no perdería un segundo, si tuviera a alguien tan guapo esperándome para llevarme a casa.

¿Cómo?

–Nadie me espera fuera.

Viv arqueó las cejas con una sonrisa aun mayor.

–¿Así que quieres guardarlo en secreto? Por mí no hay problema. Pero te advierto que, a pesar de que está agazapado en una esquina, llama mucho la atención. Si yo fuera tú, tendría cuidado de que no me lo robaran.

–Pero…

–Nada de peros –la interrumpió Viv, empujándola hacia las taquillas donde los empleados guardaban sus cosas–. No es bueno hacer esperar a un hombre así –añadió con un guiño–. Sobre todo,

cuando me ha convencido para que te deje salir antes. Vete ya, antes de que entre a buscarte. No parece de los que se andan con chiquitas.

Perpleja, Alice percibió un tono de aprobación en sus comentarios, aunque desde que conocía a su jefa, Viv solo había mostrado interés por su negocio y sus dos gatos.

Al instante, miró hacia el otro lado de la sala, a una esquina con mesas en la penumbra que las parejas solían escoger por su intimidad.

Contuvo el aliento. Estuvo a punto de volver a entrar en la cocina y escapar por la salida trasera.

Pero era demasiado tarde. Adoni Petrakis la había visto.

Él se puso en pie, en apariencia, ajeno a las miradas de todas las mujeres de la cafetería. Tenía los ojos fijos en Alice. Su rostro era impasible, su expresión impenetrable.

A ella se le aceleró el corazón, sus miradas entrelazándose.

Llevaba una camisa blanca impecable con gemelos dorados en las mangas. Tenía el pelo moreno perfectamente cortado. Sus ojos azules como el Mediterráneo a mediodía contrastaban con su piel color aceituna.

Alice tragó saliva y dio un paso atrás, hasta que se topó con la puerta de la cocina. Otro camarero iba a salir y chocó con ella, haciéndola dar un traspiés hacia delante.

Una manos fuertes la sujetaron. Unas manos que le eran demasiado familiares. Sus sueños estaban poblados por caricias de esas manos y ese cuerpo increíble que le había dado el más delicioso de los placeres.

–Alice –dijo él con tono grave–. Tenemos que hablar.

–Aquí, no –repuso ella, consciente de las miradas de curiosidad, no solo por parte de los clientes. En la nuca, sentía el interés de los demás empleados, que se asomaban desde la cocina para poder admirar a aquel dios griego tan impresionante.

–No, aquí, no.

Dos minutos después, estaban en la calle. Él la condujo hacia un flamante deportivo.

–No. No quiero meterme en tu coche –negó ella, parándose en seco.

Él arqueó una ceja con gesto impasible.

–¿Prefieres discutir en la calle?

Otros viandantes pasaban junto a ellos, mientras la niebla de la tarde caía sobre la ciudad. Por el rabillo del ojo, Alice se dio cuenta de que los estaban observando desde las ventanas de la cafetería.

Sin duda, todos se estaría preguntando qué hacía ella con un hombre tan imponente como ese.

–No tenemos por qué discutir. Podemos acordar ir cada uno por nuestro lado –indicó Alice. Sin embargo, tenía la intuición de que no funcionaría.

Adoni se mantuvo tan inconmovible como una esfinge.

Ni siquiera se molestó en responder. Solo arqueó una ceja en un silencioso gesto interrogativo.

Alice tembló. Se cerró la fina chaqueta que llevaba puesta. El tiempo había empeorado desde que había ido al trabajo esa mañana.

Aunque los escalofríos que sentía estaban menos relacionados con el tiempo que con sus nervios.

Con un rápido movimiento, él la envolvió con su chaqueta de cachemira, impregnada de aroma a cedro y a hombre. Ella se estremeció de nuevo, pero en esa ocasión fue de pura excitación.

–Pareces cansada. Te llevaré a casa –ofreció él. Sin esperar respuesta, abrió la puerta del coche y la ayudó a subir.

Alice se dejó llevar, a pesar de que sabía que no debía. ¿Tan fácilmente olvidaba que ese hombre la había acusado de ser una buscona?

Quizá, su agotamiento era mayor que su instinto de protección.

Debería haberse dado cuenta de que no iba a ser tan fácil librarse de él, comprendió Alice. Sin duda, quería saber con certeza que el niño no era suyo. Aunque estaba claro que no quería tener un hijo, Adoni Petrakis era demasiado controlador como para dejarle nada a la suerte, sobre todo, la posibilidad de ser padre.

Cuando Adoni se metió en el coche, de pronto, Alice sintió que el espacio era demasiado pequeño y que le faltaba el aire. Se mordió el labio inferior, mirando por la ventana, mientras él ponía el vehículo en marcha.

Los rostros de los viandantes y el tráfico pasaron ante su ventanilla como una película a cámara rápida hasta que, al fin, el coche paró junto a la acera.

–¿Sabes dónde vivo? –preguntó ella, parpadeando.

Él no dijo nada. Apagó el motor y salió. Con dedos torpes, Alice seguía intentando quitarse el cinturón de seguridad, cuando Adoni abrió su puerta, se acercó y lo desabrochó.

–¿Cómo sabes dónde vivo?

Adoni la miró con sus rostros apenas separados por unos centímetros. Ella podía ver la mezcla de azul y verde de sus ojos, como si fueran un exótico mar que la instara a sumergirse hasta el

fondo. Hermoso, pero peligroso.

–Sé muchas cosas sobre ti, Alice.

Prendada por la forma en que pronunció su nombre, con su sensual acento, Alice se estremeció. Cuando se humedeció los labios, nerviosa, le sorprendió comprobar que él seguía el gesto con interés.

¿Cómo era posible? Él pensaba que era una buscona, una mentirosa. No era posible que la encontrara atractiva, se dijo a sí misma.

Por otro lado, a ella debería importarle un pimiento. La había insultado sin ningún miramiento. Aunque solo fuera por orgullo, debería despreciarlo.

Aun así, no era desprecio lo que incendiaba su delgado cuerpo, admitió para sus adentros, asustada.

–¿Cómo que sabes muchas cosas sobre mí? –preguntó ella, indignada al digerir su comentario–. ¿Me has estado espiando? –dijo con voz aguda. De pronto, su cercanía le resultó demasiado sofocante. Lo empujó del hombro.

Él se apartó para que saliera del coche.

–Has hecho que me espíen –repitió ella, sin poder creerlo. Sintió un escalofrío al imaginarse a un investigador privado indagando en su pasado, metiendo las narices en sus asuntos. Igual, hasta había hablado con sus amigos y conocidos. Aunque no tenía nada que esconder, la idea le resultaba repugnante.

Al parecer, debía de ser algo habitual en el mundo de Adoni, que se limitó a encogerse de hombros.

–¿Por qué? Tengo derecho a saber quién es la mujer que asegura estar embarazada de un hijo mío.

Alice miró a ambos lados, temerosa de que alguien pudiera oírlos. Pero no había nadie más en la calle.

Adoni, sin embargo, no parecía preocupado porque los oyeran.

–Antes de eso, lo único que sabía con certeza es que no sabes beber y que tienes un tema de conversación muy interesante –comentó él, arqueando las cejas–. Hablas mucho sobre orgasmos, que yo recuerde.

Ella se sonrojó y se encogió. Él la observaba con gesto solemne, aunque sin duda se estaba riendo por dentro.

–No era un tema de conversación –negó ella, avergonzada.

–Si tú lo dices… –replicó él, encogiéndose de hombros, como si no le importaba lo que ella dijera o hiciera.

Alice se quitó la cara chaqueta de cachemira con que la había envuelto y se la tiró a la cara. Era el hombre más irritante que había

conocido. Más o menos, a la par con Miles Dawlish, el sobrino de David. ¿Por qué los únicos hombres agradables que había conocido eran mucho mayores que ella?

–Gracias por haberme traído. Pero no me siento bien. Necesito descansar. Si tienes algo más que decir, seguro que podemos hablarlo por teléfono en otro momento.

No era habitual en Alice ser tan poco cortés pero él se lo merecía. Además, no le haría daño aprender que el mundo no giraba a su alrededor, se dijo a sí misma.

Sin esperar despedidas, ella se giró, sacó la llave del bolso y se dirigió a su apartamento en el piso bajo.

Pero él apareció a su lado cuando había abierto su puerta y entró con ella.

–Oye, yo…

–Permíteme.

Adoni cubrió la mano de ella con la suya y, con un rápido movimiento, cerró la puerta con llave detrás de ellos.

Ella abrió la boca para protestar por su atrevimiento, pero…

–Ven. Necesitas sentarte –dijo él. La ayudó a quitarse la chaqueta y la condujo a una mecedora que había en el salón–. ¿Una taza de té? Eso es lo que los ingleses tomáis para recuperar las fuerzas, ¿no?

Sin esperar respuesta, Adoni comenzó a rebuscar en los armarios que había en la cocina. Sacó una taza y una bolsa de té.

–Déjalo. Yo puedo hacerlo –dijo ella, poniéndose en pie.

–No discutas más –insistió él, acercándose a su lado–. No voy a robarte la vajilla familiar, te lo prometo.

En un instante de silencio, Alice lo observó. Él respiró hondo, como si la situación le resultara tan difícil como a ella.

–No pienso irme hasta que no hayamos hablado, Alice. Es mejor que te pongas cómoda. Tienes un aspecto terrible.

Capítulo 7

ERA MENTIRA. Parecía cansada, pero sus ojos azules brillaban como zafiros y sus mejillas sonrosadas enfatizaban la delicadeza de sus rasgos y su piel cremosa. En cuanto a su precioso cuerpo…

Pero había ido a verla en busca de respuestas, nada más.

–Es mejor que te sientes, Alice. No pienso irme a ninguna parte.

–Dame mi llave –exigió ella.

Despacio, Adoni se la sacó del bolsillo. Le agarró la mano con suavidad. Ella tembló ante su contacto. Parecían saltar chispas allí donde se rozaban. Él sintió como su deseo renacía con más fuerza que nunca.

Le puso la llave en la mano con sus miradas entrelazadas. Los ojos de ella estaban llenos de confusión y ansiedad. Era como si no comprendiera o no pudiera aceptar la poderosa química que había entre los dos. Como si la asustara.

Adoni sentía lástima por ella. Aunque todavía no la creía del todo. Podía ser inocente y honesta o una experta mentirosa. Desde luego, no le gustaban sus jueguecitos. Primero, le anunciaba el embarazo por sorpresa. Después, desaparecía.

¿Por qué? ¿Se había arrepentido de su plan de timarlo?

El sonido del agua hirviendo lo sacó de sus pensamientos y se giró a la cocina, que ocupaba el mismo espacio que el diminuto salón.

–¿Leche? ¿Azúcar?

–Leche, por favor.

Cuando abrió la pequeña nevera, Adoni revisó un momento su contenido. Leche, mantequilla, dos huevos, un tarro de yogur. Y, sobre la pequeña encimera de la cocina, dos piezas de fruta. Al parecer, ella comía sano, pero no tenía mucho de nada.

Frunciendo el ceño, miró a su alrededor. Todo parecía escaso en la casa. La mesa era pequeña y los armarios estaban medio vacíos. Lo único que rebosaba eran las estanterías llenas de libros. Había una colección de delicados dibujos botánicos en la pared.

Abrió otro armario. Pasta y arroz. Una lata de pescado. Galletas saladas.

–¿Qué estás buscando? No tomo azúcar.

Él se giró hacia ella y la recorrió con la mirada. Parecía más delgada que la última vez que la había visto. ¿No se suponía que las embarazadas debían ganar peso?

Se acercó a ella y le tendió la taza de té.

Alice la tomó con cuidado de que sus dedos no se rozaran.

Él clavó los ojos en la palidez de su mano, que resaltaba junto a la suya aceitunada. La noche que habían pasado juntos, el contraste entre los dos colores de piel no había hecho más que añadir erotismo a la experiencia. Solo con mirar la mano de ella se excitaba.

Entonces, se dio cuenta de que Alice agarraba la taza con ambas manos y se la pegaba al cuerpo, como si tuviera frío.

–¿Has ido al médico?

–Ya te he dicho que sí. Me confirmó el embarazo.

–Quiero decir después. Has perdido peso.

Ella se encogió de hombros y le dio un trago a su taza.

–Es por las náuseas mañaneras. Estoy segura de que empezaré a engordar cuando hayan pasado.

Adoni estuvo a punto de seguir preguntando, pero se contuvo. Necesitaba centrarse en la razón que lo había llevado allí.

–Acordaste hacerte una prueba de paternidad. ¿Por qué has cambiado de opinión? Si te asusta el riesgo para el bebé, me han informado de que hay una nueva prueba no invasiva que no lo afecta en absoluto.

Alice bajó la mirada. ¿Acaso se sentía culpable?, se preguntó él.

–Primero, respóndeme a una pregunta. Si fuera tu hijo, ¿qué intenciones tendrías?

–¿Cómo? –inquirió él, frunciendo el ceño.

–¿Tendrías la intención de involucrarte en su vida? ¿O le ofrecerías apoyo financiero y te quedarías al margen?

¿Lo decía en serio?, se dijo él.

La idea de tener un hijo y no verlo crecer lo llenaba de repulsión. La sangre le hervía solo de pensarlo.

–Ningún hijo mío crecerá sin su padre –afirmó él. Su voz sonó tenebrosa.

Alice lo miró con ojos muy abiertos, como si no lo hubiera visto nunca antes. Se echó hacia atrás en su asiento.

–Todos los niños se merecen conocer a sus padres –dijo él e hizo una pausa. Su hijo, si era suyo, no solo sería reconocido, sino

amado y aceptado, siempre, pensó–. Cuando tenga hijos, yo seré parte de su vida –recalcó–. Ahora, responde a mi pregunta. ¿Por qué cambiaste de idea respecto al test?

Le estaba dando la oportunidad de admitir que el niño no era suyo.

Aunque no era una idea que le hiciera sentir demasiado aliviado a Adoni.

Después de haber leído el breve informe sobre ella, casi había llegado a aceptar que el embarazo había sido resultado de su noche juntos. De acuerdo con el investigador privado, Alice Trehearn se había pasado los últimos seis meses viviendo allí sin salir con nadie.

En cuanto a los dos años que había vivido con David Bannister en su finca de Dartmoor, había encontrado pocos detalles. La gente de la zona, cuando les habían preguntado, se habían mostrado reacios a hablar sobre la joven que se había aprovechado de un hombre mucho mayor que ella. Pero su bebé no podía ser de Bannister. Alice estaba en el primer trimestre y Bannister había muerto hacía mucho.

–No he seguido tus instrucciones porque, una vez que tengas confirmación de que el bebé es tuyo, no habrá marcha atrás –confesó ella, clavando en él sus hermosos ojos azules.

–¿Cómo dices? –preguntó él, cruzándose de brazos y frunciendo el ceño.

Ella apretó los labios y volvió la cara hacia la ventana.

–Fui a verte a Londres porque pensé que un hombre tenía derecho a saber que iba a ser padre. Pero, después de las cosas que dijiste, las acusaciones que hiciste… –recordó ella, meneando la cabeza–. No quiero que mi hijo crezca en un mundo donde el cinismo y el dinero son más importantes que la confianza y el amor. No quiero que mi hijo se ensucie con eso.

Entonces, cuando giró la cara hacia él de nuevo, Adoni no vio en sus ojos una mirada calculadora, ni siquiera nervios. Solo leyó desdén en ellos.

¿Alice Trehearn se creía con derecho a juzgarlo y condenarlo?

Increíble.

Era lógico que él hubiera tenido dudas. Solo un tonto no se tomaría aquel anuncio con recelo, sobre todo, teniendo en cuenta la historia que Alice tenía detrás. Él no era ningún tonto. Había aprendido a desconfiar de los motivos y de las emociones de las mujeres hermosas. Y no veía razón para cambiar.

Era ultrajante que ella lo juzgara por su reacción inicial ante la noticia. Pero lo más intolerable era que pretendiera apartarlo de su

hijo por ello.

–¿Quieres decir que es mío?

Despacio, con reticencia, ella asintió.

Al instante, un mar de emociones explotaron en el pecho de Adoni. No tenía nada que ver con la rabia, sino con la alegría. Se sentó en una silla delante de ella, con las manos sobre los muslos. Su palabra no era prueba de nada. Sin embargo, complementada por el informe del investigador privado…

Él se inclinó hacia delante. Ella se echó hacia atrás.

–¿Ibas a dejarme creer que el niño era de otro hombre? ¿Por eso te negaste a hacerte la prueba de paternidad? –inquirió él con voz heladora–. ¿Solo porque tú, en tu infinita sabiduría, decidiste que no era apto como padre?

Adoni no estaba preparado para la explosión de furia que lo invadió al comprender que ella había considerado tener a su hijo en secreto. O, incluso, interrumpir el embarazo.

¡Había pretendido apartarlo de su propio hijo!

De un salto, él se puso en pie, caminó hasta la ventana. Luego, hasta la puerta. Maldito estudio. No había sido para respirar. Ni para pensar.

Volvió a la ventana y apoyó la cabeza contra el cristal, viendo cómo la lluvia caía a mares.

–No lo sé –respondió ella en voz baja–. Necesitaba tiempo para pensar. Lo que dijiste, la forma en que me trataste en Londres, me asustó.

Adoni se volvió hacia ella con el pulso latiéndole en las sienes a toda velocidad.

–¡Yo nunca le haría daño a una mujer! ¡Ni a un niño!

Sin embargo, por cómo ella lo miraba, recelosa, comprendió que no confiaba en él.

Adoni se frotó la nuca. La situación era ridícula. Todavía ni siquiera se había confirmado que el bebé fuera suyo. Sin embargo, allí estaba Alice, mirándolo con aire de superioridad, como si fuera él el que no daba la talla.

Un remolino de emociones lo embargaba. Pero no debía dejarse llevar por el sentimiento, se recordó a sí mismo. Debía tratar de pensar con claridad.

Primero, necesitaba asegurarse de que el niño fuera suyo.

Segundo, si lo era, tenía que hablar con Alice sobre su futuro. Tendrían que hacer mucho papeleo legal.

Posó los ojos en la pequeña cama sencilla que había en un rincón del estudio. No se imaginaba a su hijo viviendo allí.

Adoni respiró hondo, intentando analizar sus opciones.

Si el test confirmaba su paternidad, solo había un camino para asegurar el futuro de su vástago.

El matrimonio. Eso cimentaría su derecho absoluto a criar al niño como mejor le pareciera.

Lo malo era que sentía total repulsión hacia el matrimonio, después de la traición de Chryssa y de su madre. Solo de pensarlo se le ponía la piel de gallina. ¿Cómo podía atarse a una mujer a la que no conocía apenas, después de que aquellas que había creído conocer bien lo habían traicionado?

No, esa no era solución.

Tenían que firmar algún tipo de acuerdo que no dejara lugar a segundas interpretaciones.

Como madre del niño, Alice podía ser una aliada o una formidable enemiga, con derechos legales que no podían ser ignorados. Era imperativo que se entendieran y que ella confiara en él.

Pero lo estaba mirando como si fuera el mismo príncipe de las tinieblas.

Adoni volvió a sentarse.

–Haré que mi secretaria organice el test de paternidad para mañana.

Despacio, ella asintió.

–Si es lo que necesitas para convencerte, de acuerdo.

Adoni se dijo que las cosas serían mucho más fáciles si el bebé fuera de otro. Aunque tenía que prepararse por si era suyo. Cuando posó la vista en su vientre plano, ella se puso rígida.

Qué diferente era de la mujer apasionada y desinhibida que había conocido en Londres. Su fuego interior y su facilidad de palabra lo habían embelesado. Además de su sensual cuerpo y una boca tan apetitosa que no podía dejar de mirarla.

–Dadas las circunstancias, mi reacción a tu anuncio era completamente comprensible.

Alice abrió la boca para objetar, pero él hizo un gesto con la mano, pidiendo silencio.

–Entiendo por qué crees que no, sin embargo, nuestras experiencias han sido distintas en la vida. Sé que tú has tenido una familia muy unida.

–No tengo nada que ocultar. Cualquier cosa que hubieras querido saber sobre mí no tenías más que preguntármela, en vez de pagar a un investigador privado.

–Solo te he investigado un poco –murmuró él–. Sé que naciste en

Cornwall, la única hija de padres artistas, y que fuisteis una familia feliz –señaló él. Hasta que la madre de Alice murió en un accidente de coche y su padre quedó en una silla de ruedas.

Adoni tuvo la tentación de preguntarle por los años que había vivido como amante de David Bannister. Sin embargo, eso no era importante. Debía centrarse en el niño y en darle el futuro que quería para él.

–¿Tú no tuviste una infancia feliz? –preguntó ella, suavizando su expresión.

–Pasable. Tenía un padre adicto al trabajo y una madre que amaba ir de compras más que a la familia –confesó él y se encogió de hombros–. Después de que mi madre muriera, mi padre se casó de nuevo.

Ella frunció el ceño.

Adoni esperaba que Alice fuera mejor madre para su hijo.

Su hijo.

La mera idea le resultaba increíble.

Él, Adoni Petrakis, padre.

Lo que hicieran el presente marcaría el futuro de su relación y, sobre todo, el futuro de su hijo.

Era hora de ganarse la confianza de Alice, aunque eso implicara romper las barricadas que había levantado alrededor de sí mismo. Desde que había cumplido diecinueve años y había perdido su capacidad para confiar.

Ni siquiera Chryssa, su exprometida, sabía la razón por la que había sido desheredado. Pero, tras años de reticencia, a Adoni no le importaba quién supiera la verdad. No tenía nada que ver con él. El único que vería su honor en juego si se hacía público era Vassili Petrakis.

–Dime, entonces –pidió Alice. Dejó la taza y se cruzó de brazos–. ¿Qué crees que excusa tu actitud hacia mí en tu despacho? ¿Y tu arrogancia al hacer que me investigaran?

En vez de sentirse molesto por sus preguntas, Adoni asintió, como si reconociera que ella tenía derecho a saberlo. Ya no tenía esa expresión impertinente. Aunque Alice podía percibir la tensión en su rostro y cómo le latía el pulso acelerado en la base del cuello.

–Eso es exactamente lo que hizo mi madre.

–¿Cómo? –replicó ella, frunciendo el ceño–. No te entiendo.

Adoni se echó hacia atrás en la silla. Allí, en su pequeño apartamento, parecía llenarlo todo con su imponente presencia.

Hasta el aire olía distinto, impregnado de un aroma que a Alice le recordaba el sabor y el contacto de su piel masculina y cálida.

Cuando él se encogió de hombros, ella fijó la vista en sus poderosos hombros. Y, luego, en su rostro esculpido en bronce.

–Mi madre se quedó embarazada. Luego, se acercó a un hombre muy rico, uno que podía mantenerlos a ella y al bebé sin problemas, y lo sedujo. Le convenció de que el niño era suyo. Él se casó con ella y crio al bebé, creyendo que era su hijo.

Alice abrió la boca, perpleja. No sabía qué había esperado, pero no había sido nada parecido. Era horrible.

¿Por eso Adoni la había acusado de ser una buscona que vivía de los hombres? ¿Porque su propia madre…?

–Durante años, nadie supo la verdad. Hasta que, un día, el viejo tuvo que ser operado. Entonces, descubrió, por el tipo de sangre, que su hijo mayor no podía ser hijo suyo.

Alice abrió los ojos como platos. Adoni hablaba de sí mismo. Ella sabía que era el hijo mayor de su familia, que se llevaba con sus hermanos más o menos una década.

Intentó imaginarse cómo sería haber descubierto que todo lo que había creído sobre su origen y su familia había sido mentira.

–¿Qué te dijo tu madre? ¿Te lo explicó?

Adoni negó con a cabeza.

–Descubrimos la verdad cuando yo tenía diecinueve años. Mi madre había muerto sin decirme la verdad. Así que lo único que sabemos seguro es que Vassili Petrakis no es mi padre. Mi madre nos engañó a ambos y se llevó a la tumba el nombre de mi verdadero progenitor. Ahora es demasiado tarde para investigar el pasado y averiguar con qué hombres se acostó –dijo con una sonrisa que ponía los pelos de punta–. En esas circunstancias, creo que es bastante razonable que sienta desconfianza cuando una mujer que apenas conozco me dice que va a tener un hijo mío.

Por supuesto que lo era, se dijo Alice. Para él, debía de haber sido como si la historia se repitiera de nuevo. Bajo la fuerza y el poder que siempre emanaba, durante un instante, pudo percibir en él algo distinto, algo parecido al dolor.

–Lo siento mucho –murmuró ella– No sé qué decir.

Él se encogió de hombros.

–Nada. Pasó hace mucho tiempo.

–Pero hacerte eso a ti… y a tu padre… Debió de ser…

–Es agua pasada –dijo él, quitándole importancia–. Al principio, pensé que era vital descubrir quién era mi padre y por qué me había abandonado. Pero me di cuenta de que era una pérdida de

energía. Mi identidad no tiene que ver con mis padres. Depende de lo que yo haga con mi vida.

Adoni hizo una pausa y se quedó mirándola, mientras Alice digería sus palabras. No buscaba compasión. Seguía sosteniendo la cabeza como un dios arrogante y poderoso. Un hombre que tenía su vida bajo control.

Hasta que ella le había dicho que iba a ser padre.

¿Esa era la razón por la que había estado tan furioso? ¿Porque eso era algo que no podía controlar?, se preguntó a sí misma.

¿O era porque la situación le abría viejas heridas? Para confiar en ella, tenía que superar todos los prejuicios que había alimentado con el tiempo.

–Yo no soy como tu madre, Adoni. No he planeado esto –señaló ella. Sin duda, Adoni tenía que reconocer que era cierto. Era él quien la había seducido.

Mientras él seguía observándola con rostro serio, Alice comprendió que, dada la experiencia que había tenido, no sería capaz de creer en su palabra. No podía confiar en ella.

–Me haré la prueba de paternidad mañana.

Él asintió.

–Gracias.

Entonces Adoni le tomó una mano. Las suyas eran fuertes y morenas, con una sombra de vello sedoso negro. Alice recordó, de pronto, su cuerpo desnudo, su piel bronceada por todas partes. Tragó saliva, sintiendo que le subía la temperatura.

–Puede que reaccionara mal, Alice, pero no me juzgues por eso –rogó él, acariciándole la mano con el pulgar–. Igual que yo no te juzgo porque te emborracharas y empezaras a provocar a un completo desconocido.

Ella se puso rígida. Intentó apartar la mano, pero él se lo impidió.

–Yo no…

–Shh. No importa –la interrumpió él–. Lo que importa es el bebé.

Cuando Adoni le acarició la palma de la mano, ella se estremeció. Horrorizada, se dio cuenta de que no era indignación lo que la hacía temblar, sino deseo.

–Eso es. El bebé –dijo ella y asintió, moviendo la cabeza como una autómata. Era difícil concentrarse en las palabras cuando su cuerpo respondía con tanta fuerza.

Tal vez, el embarazo disparaba las hormonas relacionadas con la excitación sexual, caviló Alice. ¡No sabía nada de ese mundo!

Mientras lo miraba a sus ojos como océanos, hipnotizada por su

contacto, Alice no se sentía embarazada. Se sentía caliente, tensa, excitada.

–No tienes por qué preocuparte –dijo él, sin duda, malinterpretando su inquietud–. Si el niño es mío, estaré siempre para él –aseguró, clavando los ojos en el vientre de Alice.

Había algo parecido al instinto de posesión en esa mirada y en la calidez de su contacto, adivinó ella. Era como si, muy a pesar, aprobara y deseara su paternidad. Era como si la deseara a ella.

La lógica y el orgullo le recordaron a Alice que debía esperar de un hombre algo más que deseo. Pero, nunca había sentido una atracción tan fuerte hacia nadie. Sentía la urgencia de probar de nuevo la sensación de pertenencia que había experimentado con Adoni, junto con el más puro de los placeres carnales.

Él se acercó un poco más.

–Si el niño es mío, nunca lo abandonaré. Haré lo que sea para cuidarlo y mantenerlo. Me ocuparé de educarlo y protegerlo. Seré parte de su vida cada día.

De pronto, bajo su intensa mirada, Alice se encogió. Toda su excitación se desvaneció al instante.

Al reconocer que él era el padre, se había quedado sin la oportunidad de pensar con tranquilidad si de veras quería que el poderoso Adoni Petrakis llevara la batuta en la vida de su hijo, y en la suya.

Adoni tenía dinero, prestigio y autoridad. Era el padre de su bebé. Y, tal y como acababa de dejarle claro, tenía toda la intención de ser un padre muy presente.

¿Hasta dónde sería capaz de llegar para conseguirlo?

Ella no sabía nada de formalismos legales. No era posible que él le quitara a su hijo y se quedara con la custodia única. ¿O sí?

Otro temblor la recorrió. En esa ocasión, sin embargo, no era el calor del deseo, sino un miedo que la dejó helada.

Capítulo 8

EL NIÑO es mío? ¿Está absolutamente seguro? –preguntó Adoni, apretándose el teléfono a la oreja.

–Sí, es suyo –dijo una voz al otro lado de la línea y siguió hablando sobre genética y porcentajes.

A Adoni se le aceleró el corazón. Sentía algo parecido a… ¿alegría?

Nada podía haberlo preparado para la profunda respuesta visceral que invadió su cuerpo.

Su hijo.

Su familia.

Las palabras resonaban en sus oídos, la sangre se le agolpaba en las venas.

–Gracias –dijo él, interrumpiendo al médico al otro lado del teléfono–. Sí, quiero el informe escrito.

Después de colgar, Adoni posó la vista en la ventana, hacia las calles de Londres. El cielo era una mezcla de azul y nubes grises. Todavía no se había acostumbrado a tanta lluvia, a pesar de que se había mudado a vivir en Inglaterra hacía diez años.

De pronto, sintió nostalgia del sol de su Grecia natal. Recordó el olor de hierbas silvestres, la sal en el aire, la libertad de correr libre en la playa.

En Inglaterra, tenía un proyecto a medio empezar, la casa de retiro que iba a comprar en la campiña inglesa. Pero sus negocios estaban en la ciudad.

Debía pensar lo que era mejor para su hijo. Al menos, una cosa era segura. Su bebé crecería protegido y bien cuidado. Sería amado como él mismo nunca lo había sido.

Sumido en sus pensamientos, tomó el teléfono.

–¿Grecia? ¡No lo dices en serio!

–Es una idea excelente.

Al percibir la tranquila firmeza en la voz de Adoni, Alice estuvo a punto de ponerse histérica.

¿Qué iba a hacer ella en Grecia?

Respiró hondo una vez. Dos. Estaba encogida bajo el saliente de un tejado, en la calle, para cobijarse de la lluvia que ya le había empapado los pantalones, mientras iba a pie al trabajo.

Entonces, una imagen que había visto una vez en una foto asomó a su mente. Barcos de colores brillantes meciéndose en aguas cristalinas, en un puerto bañado por el sol. Toda la escena invitaba a la calma, a la felicidad.

Un frío goterón de lluvia le salpicó en la mejilla y le corrió por el cuello. Alice tiritó.

–No puedo dejarlo todo para ir a Grecia. Tengo un trabajo y…

–Eso no es problema.

La voz profunda y varonil de Adoni la hizo estremecer, pero no de frío. Ese hombre ni siquiera le caía bien. ¿Pero por qué reaccionaba así a él?

–Lo siento. No te entiendo.

–He hablado con tu jefa.

–¿Que has hecho qué? –le espetó ella, levantando la voz.

–Le expliqué que necesitabas descansar y recuperar fuerzas…

–¿Le has dicho que estoy embarazada? –inquirió ella, furiosa. Adoni Petrakis tenía el maldito talento de sacarla de quicio.

–Claro que no. Solo le he dicho que estoy preocupado por tu salud.

–Eso no es algo que tengas que hablar con mi jefa –dijo ella. No podía permitirse el lujo de irse de vacaciones–. Si quiero pedir unos días libres, lo haré yo misma. Pero no puedo.

–Claro que puedes.

–¿Cómo dices? –preguntó ella, subiéndose el cuello del abrigo.

–Tu jefa se alegra de que te vayas.

–No puedo dejar mi trabajo –insistió ella. Sabía que era muy probable que, si se iba unos días, se quedaría sin su empleo.

–¿Siempre eres tan obstinada?

–¿Y tú siempre diriges la vida de los demás?

Su risa, profunda y viril, le supo a Alice como chocolate caliente.

–*Touché* –dijo él–. Si estás preocupada por tu sueldo, yo cubriré tus gastos mientras estemos fuera. Y pagaré tu alquiler.

Sí, por supuesto que estaba preocupada por el dinero, reconoció Alice para sus adentros.

Pero no era solo eso. Era la forma en que él se inmiscuía en su vida. Solo porque estaba embarazada de su hijo.

Intentó alimentar su furia con esos pensamientos, aunque solo consiguió encogerse un poco más bajo el tejado.

–Piensa en el bebé –dijo él–. Necesita que estés descansada y sana.

–Muchas mujeres trabajan durante el embarazo –replicó ella, negándose a sentirse culpable por eso.

–Claro. Pero seguro que la mayoría agradecería tener tiempo para descansar. Además, tenemos que hablar y tomar decisiones de futuro. ¿No es mejor hacerlo cuando estemos tranquilos y de vacaciones?

Alice se encogió otra vez cuando le oyó pronunciar la palabra «decisiones». Temía que él ya tenía tomadas sus decisiones respecto al futuro del niño y pretendía salirse con la suya.

–Ahora no puedo hablar. Llego tarde –se excusó ella. Tenía el rostro mojado por las gotas que arrastraba el viento.

–Tenemos que hablar. Pensar los detalles.

Alice estuvo a punto de decir que no tenían nada de que hablar. Sin embargo, sabía que él tenía razón. Lo malo era que se sentía demasiado acorralada.

–Te llamo luego, Adoni.

Pero colgar el teléfono no le sirvió para quitarse las palabras de él de la cabeza. Sobre todo, cuando llegó a la cafetería y Viv le preguntó cuándo se iba a Grecia con ese hombre tan guapo. También, le aseguró a Alice que seguiría teniendo un puesto para ella cuando volviera.

Luego, cuando llegó a casa, su casero le confirmó que el alquiler del mes siguiente había sido pagado.

Al final, Alice comprendió que no le quedaban más excusas.

Iba a irse a Grecia con el padre de su bebé. Era el único hombre con el que se sentía tentada de lanzarse a la aventura y vivir el momento.

Como siempre, Alice se negó a ponerle las cosas fáciles. Cualquier otra mujer se habría entusiasmado ante la perspectiva de irse de vacaciones al Mediterráneo. Pero Alice, no.

Adoni apretó la mandíbula, mientras salía de la elegante mansión georgiana que acababa de inspeccionar. Siguió un sendero hacía el bosque, que conducía a un grupo de casas de campo.

Había planeado estar en Grecia hacía días. Sin embargo, estaba en la Inglaterra rural, esperando a Alice. Ella había insistido en que tenía un compromiso al que no podía faltar. Por eso, había

cambiado su agenda para ir a buscarla a Devon y, de paso, echarle otro vistazo a la propiedad que había planeado comprar. Era el mismo sitio donde Alice había vivido con David Bannister.

Apretó el paso al pasar junto a una mata de glicinias. Su dulce olor no combinaba con el amargo sabor que tenía en la boca.

Llegó al fin a otro claro y se topó con un grupo de casas de campo con ventanas blancas y macizos de rosas en las puertas.

Él había esperado encontrar un puñado de chabolas listas para ser derruidas. Sin embargo, parecían estar en perfectas condiciones.

Una risa llamó su atención. Al instante, se le erizaron los vellos de la nuca.

Alice. La temperatura le subió al recordar su deliciosa risa cuando habían estado en la cama.

Adoni apretó el paso y la vio en la puerta de una casita, junto a dos hombres. Uno tenía el pelo gris y la sonreía. El otro, con una mata de pelo blanco, la rodeaba con un brazo de los hombros.

Algo oscuro y helado atravesó a Adoni.

Celos.

Quizá, ella sentía una atracción genuina hacia los hombres mayores, pensó con una mueca.

O, tal vez, le resultaban más fáciles de embaucar.

Cuando se acercó un poco más, el trío se volvió hacia él.

–Adoni.

La voz de Alice sonaba agitada. Con su vestidito de flores, parecía una joven inocente. Cuando él clavó los ojos en sus mejillas sonrosadas, se dijo que nunca la había visto tan hermosa.

Ese pensamiento solo sirvió para empeorar su humor.

El hombre de pelo cano afiló la mirada.

–He oído que vas a llevar a Alice a Grecia –comentó con voz profunda y grave, como las olas chocando en un acantilado–. Espero que sepas cuidarla.

–¡Jasper! –le reprendió ella, frunciendo el ceño.

–Claro que voy a cuidarla –afirmó Adoni, sosteniendo la mirada del otro hombre–. Estará mejor conmigo que matándose a trabajar.

–Eso dice ella –comentó el viejo tras un momento y se volvió hacia Alice–. No te olvides que aquí siempre habrá un sitio para ti. Maureen y yo te hemos echado de menos.

Alice esbozó una cálida sonrisa.

–Quizá Maureen me haya echado de menos. ¿Pero cómo vais a meter a otra persona más en vuestra casa? Además, te conozco, Jasper. Seguro que has estado tan ocupado pintando que ni siquiera sabes en qué mes vivimos.

Entonces, ella se volvió hacia Adoni.

–Dejad que os presente. Adoni, este es Jasper Hyde, un viejo amigo de la familia y este es Felix Christow, que ha venido de visita desde Londres. Felix, Jasper, este es Adoni Petrakis.

Adoni les estrechó las manos, sorprendido por la fuerza con que Jasper le apretaba, como si quisiera medir su fuerza.

–¿Un amigo de la familia?

–Sí –repuso Alice–. Mi padre y yo nos mudamos a la casita del fondo después de… cuando yo tenía doce años. Jasper y Maureen eran nuestros vecinos. Cuidaban de nosotros.

–No más de lo que tú has cuidado de nosotros, en los últimos años, cuando David enfermó.

–¿David? –preguntó Adoni. ¿Estaban hablando de su examante?

–David Bannister –contestó Jasper–. Nuestro amigo y casero. Vivía en la casa grande que usted va a comprar. Creó esta colonia de artistas con su mujer, hace años. Era un buen hombre –recordó, meneando la cabeza–. A diferencia de su horrible sobrino.

El tercer hombre intervino.

–Bueno, es hora de que regrese a Londres. Gracias por vuestra ayuda, Alice y Jasper –se despidió y les estrechó las manos–. Os enviaré invitaciones para la inauguración.

–Lo estoy deseando –dijo Alice con un brillo de emoción en los ojos.

–Encantado de conocerle, señor Petrakis. Quizá también lo veré a usted en la inauguración.

Mientras Felix Christow se alejaba en su coche, Adoni se volvió hacia Alice.

–¿Qué inauguración?

–Felix organiza una muestra del trabajo de mi madre, en Londres –le explicó ella, orgullosa y emocionada–. Le prometí reunirme con él para darle algo de información sobre mi madre, para incluirla en los libretos de la exposición.

Jasper Hyde hizo una mueca de desaprobación.

–¿Él ni siquiera lo sabe? ¿Y vas a ir a Grecia con él?

Alice se encogió de hombros, incómoda.

–No es lo que parece. Nosotros no…

Jasper arqueó sus pobladas cejas blancas y Alice se sonrojó. Adoni no tenía ni idea de qué estaba pasando, pero ella parecía nerviosa. Quizá, no le había contado al viejo qué era lo que tenían en común. Sexo y un bebé en camino.

Una extraña actitud proveniente de una mujer que había vivido abiertamente con su amante.

–Es hora de que nos vayamos –dijo Alice–. Londres está lejos. Dale a Maureen un abrazo de mi parte y…

–No te olvides la mermelada que te ha preparado. Me regañará durante días si te la dejas aquí.

Alice asintió y, tras dedicarle una mirada preocupada a Adoni, corrió a la entrada de la casita.

Apenas había salido de su campo de visión, Jasper habló.

–Espero que la próxima vez que Alice venga a casa tenga mejor aspecto –advirtió el hombre mayor, mirando a Adoni con severidad–. Por ahora, no has hecho buen trabajo cuidándola, por mucho dinero que tengas –añadió, contemplando su traje hecho a medida con desaprobación–. Ella no está sola. Si le haces daño…

Adoni levantó una mano en señal de rendición.

–No tengo intención de hacerle daño –aseguró él. Por una parte, le molestaba la arrogancia del viejo y, por otra, le producía curiosidad que Alice tuviera tan acérrimo defensor–. Si hubiera sido por mí, habríamos estado de vacaciones ya hace una semana.

–Ah –dijo Jasper–. Ella sabe plantarse. Si no fuera así, nunca habría podido dirigir esta finca.

–¿Dirigir la finca? –preguntó Adoni, frunciendo el ceño.

El otro hombre asintió.

–Es ridículo, ¿verdad? La gente pensaba que David estaba loco por entregarle las riendas de todo a una niña. Pero ella aprendió rápido y se conoce la finca como la palma de su mano. Adora este lugar. A diferencia de ese asqueroso sobrino de David. Él lo hubiera echado todo a perder.

–¿Quieres decir que Alice Trehearn dirigía la explotación de toda esta finca? –preguntó Adoni, atónito. No era posible. Además de la casa principal, que estaba en excelentes condiciones de conservación, había granjas, bosques, plantaciones, ese grupo de casitas… y todo parecía en perfecto orden.

–Así es –afirmó Jasper. Su sonrisa se desvaneció–. Aunque eso no significa que yo apruebe lo que hizo David, si te soy sincero. Fue muy egoísta al sobrecargarla así. ¿Pero quién puede culparlo?

Adoni tenía curiosidad por saber más. Pero, al mismo tiempo, sentía reticencia ante las historias de Alice con su viejo amante.

–Ya estoy –dijo ella con un tarro de mermelada en la mano. Los miró con gesto especulativo.

Adoni no entendía nada. ¿Era una cazafortunas con talento para llevar negocios? Jasper Hyde no parecía la clase de hombre que se dejaba seducir por una cara bonita. Aun así, era muy protector con ella. También, era obvio que Alice había dejado las tierras en

buenas condiciones, a pesar de su precaria situación financiera personal.

¿Su pobreza era real o era solo un truco para ganarse su compasión?

Adoni no encontraba la respuesta.

Alice besó a Jasper en la mejilla y le prometió enviarle fotos de Grecia. Jasper le murmuró algo sobre tener cuidado.

Luego, Alice y Adoni tomaron el sendero que atravesaba el bosque.

–¿De qué estabais hablando Jasper y tú? –preguntó ella, agitada.

–De ti.

–¿Qué pasa conmigo?

–Me contó que dirigías las gestiones de estas tierras. ¿Por qué no me lo habías mencionado? –inquirió Adoni. Sus investigadores privados no le habían contado eso, aunque sí que ella había tenido acceso a las cuentas de Bannister. Eso, según él, había sido prueba de su avariciosa manipulación.

–¿Por qué tenía que haberlo mencionado? No es importante.

–Me haces pensar que eras la amante de David Bannister.

Al instante, ella dio un respingo, llena de repugnancia.

–¡Eso es mentira! Has llegado a esa conclusión tú solo –le espetó Alice con la respiración acelerada–. No tengo por qué darte explicaciones de mi pasado. Además, no creerías la verdad aunque la tuvieras delante de tus narices.

Adoni la miró a sus ojos, que parecían heridos, y se le contrajo el pecho.

–Ponme a prueba.

–¿De veras? –replicó ella, poniéndose en jarras. Levantó la barbilla–. ¡Te has creído que puedes juzgar a los demás! Nada de eso es asunto tuyo.

Alice se dio media vuelta y salió corriendo.

Adoni la observó alejarse. Los rayos de sol pintaban su pelo de mechas caoba y la cadencia natural de sus caderas despertaba su deseo sin remedio.

Era la madre de su hijo.

Adoni estaba ligado a ella. Necesitaba conocerla, entenderla. Por su propio bien.

Porque todavía la deseaba.

Pretendía volver a poseerla, pero poniendo él las condiciones.

Y se negaba a que volviera a dejarlo plantado.

Capítulo 9

QUÉ ES todo eso? –preguntó Alice, mirando desde el helicóptero hacia las torres cuadrangulares que se veían en el pequeño pueblo a sus pies.

Alice había conseguido superar su miedo a volar en helicóptero poco después de salir de Atenas. En ese momento, estaba embelesada mirando el paisaje. Había esperado que Grecia fuera un país de playas blancas y cielos azules interminables, pero era mucho más que eso.

Adoni se volvió hacia ella. Cuando sus miradas se entrelazaron, ella sintió un excitante cosquilleo en la piel.

–Casas.

–¿Casas? No lo parecen –observó ella. Más bien parecían molinos de viento sin aspas. O torres de vigilancia.

–Bienvenida a Mani –dijo él con una sonrisa–. Es una península del sur de Grecia. Aquí hacemos las cosas de forma diferente.

El piloto comentó algo en griego y Adoni rio.

–¿Por qué viven en torres?

–Porque la gente de aquí es famosa por sus disputas. En los viejos tiempos, podían durar años. Eran conocidos por ser guerreros orgullosos. Cada torre era una parte segura de la casa –indicó él, señalando a una de ellas–. Las ventanas son pequeñas, para que los de dentro puedan disparar a los de fuera.

Alice se estremeció.

–Qué horrible.

–Hoy ya no disparamos a la gente –aseguró él, sonriendo.

–¿Eres de aquí? –preguntó ella, contemplando las montañas peladas que terminaban en el mar. Algunas tenían estrechas terrazas. Era un paisaje agreste y salvaje, pero majestuoso.

–Sí, soy de Mani. Nací en Atenas, pero la familia de mi… padre es de aquí.

Alice percibió emoción contenida al mencionar a su padre. Se encogió al recordar lo que él le había contado. No sabía quién era

su padre biológico.

–Veníamos aquí en verano. Es donde he construido mi propia casa de vacaciones.

El helicóptero comenzó a descender hacia una cala de aguas turquesa. Había un puñado de edificios en el centro y pequeños barcos flotaban en el mar. A un lado, había otro grupo de casas, coronadas por una torre.

Pero fue una de las torres en concreto la que más llamó la atención de Alice. Estaba construida de piedra, al estilo tradicional. Pero las ventanas eran grandes, tanto que se podía ver al otro lado. Y debajo tenía una terraza hecha de cristal que se colgaba suspendida sobre el acantilado. El resultado era único. Innovador y elegante, sin dejar de ser parte del paisaje.

–¿Esa es tu casa?

–Sí –afirmó él, mirándola a los ojos con expresión indescifrable.

–Es… increíble. Muy original.

Él arqueó las cejas, contemplándola con gesto de aprobación.

–Me alegro de que te guste. No sabía que te interesara la arquitectura.

Alice giró la cara hacia la ventanilla, mientras el piloto aterrizaba detrás de la casa.

–Hay mucho que no sabemos el uno del otro.

Esas palabras eran más ciertas de lo que Alice había creído.

Primero, la sorprendió el comité de bienvenida. No eran solo empleados, aunque había algunos. Alice se fijó en que Adoni los trataba como al resto de la gente, con una sonrisa. También había vecinos del pueblo, que habían ido a saludarlo.

–Es la primera vez que vengo desde que terminamos de construir la casa –le explicó él–. Tienen ganas de ver cómo ha quedado.

Sin embargo, en sus sonrisas, Alice percibía algo más que curiosidad. Era una bienvenida genuina.

No se había imaginado así la recepción de un millonario.

No había gente sofisticada, ni vestida de alta costura. A juzgar por las manos callosas que estrechaba una y otra vez, eran personas trabajadoras. Eran gente de pueblo con ropas oscuras, los rostros quemados por el sol. Los más jóvenes estaban deseando practicar su inglés. Los niños corrían por la terraza, riendo.

Alice había estado nerviosa por ir allí. Había temido que eso significara entregarle a Adoni demasiado poder sobre ella, al haber ido a su territorio para hablar del bebé. Sin embargo, según la tarde

avanzaba, cada vez se sentía más relajada.

El aroma a comida casera impregnaba el aire, mientras llegaba gente con fuentes y bandejas de comida. Prepararon una barbacoa. Aparecieron unos músicos y su animada melodía, desconocida pero maravillosa, empezó a competir con el sonido de la gente riendo y hablando.

–¿Cómo te encuentras? –le susurró él al oído.

Como siempre, la voz de Adoni provocó una erupción de calor en el cuerpo de Alice.

Llevaba todo el día ocupándose de ella. Cada vez que levantaba la vista, lo encontraba mirándola. Eso le había hecho perder el hilo de las conversaciones en más de una ocasión.

–¿Qué te pasa? –preguntó él con preocupación–. ¿Te sientes mal?

Ella lo miró a los ojos con un maremoto de emociones en su interior.

Era difícil sumergirse en esos bellos ojos y, al mismo tiempo, pensar que él la creía una mujer fatal que se aprovechaba de los hombres.

–Descansaré luego. Lo estoy pasando bien. Todo el mundo es muy amable.

Él se encogió de hombros.

–Es una comunidad pequeña.

Pero no era solo eso. Alice había escuchado a varias personas contar cómo Adoni había ayudado cuando un barco pesquero había sido destrozado por una tormenta de invierno. Y cómo había encontrado empleo para alguien. O cómo se había ocupado de que la zona tuviera un servicio médico decente.

Adoni Petrakis, millonario de fama mundial y padre de su bebé, era respetado y querido por todos.

–Eres muy popular –observó ella. Y lo más sorprendente era que no le resultaba extraño. No le costaba aceptar que Adoni Petrakis era un hombre decente.

–Me conocen desde que nací –comentó él.

–Los habitantes de Devon también conocen a Miles Dawlish desde que era niño, pero no lo reciben nunca así.

Nada más pronunciar esas palabras, Alice se dio cuenta de que había metido la pata. Adoni frunció el ceño, molesto, y le soltó el brazo como si le quemara. Ella estaba segura de que había sido Miles quien le había contado la patraña sobre su relación con David. Ese hombre era puro veneno. Miles no podía creer que ella no hubiera estado interesada en el dinero de David, que no le

hubiera robado. Era obvio que pensaba que cualquier amistad entre un hombre y una mujer se basaba en el sexo. No sabía nada de respeto, cuidados y compromiso.

Aquellos pensamientos le sentaron a Alice como un chorro de agua helada.

–Te buscan –indicó ella y saludó con un gesto de la cabeza al hombre que se acercaba a ellos con una radiante sonrisa.

El hombre le dijo a Adoni unas palabras en griego. Adoni se unió a él en el centro de la terraza. Un coro de gente los rodeó y empezó a dar palmas, al mismo tiempo que los músicos tocaban. Otros dos hombres se unieron a ellos.

–¿Te gusta esta danza? –preguntó una mujer a Alice.

–No lo sé. Nunca lo había visto –contestó ella.

–¿De verdad? Pues observa. Te va a gustar.

Eso hizo Alice. La música, lenta al principio, tenía un ritmo que hipnotizaba. Era el escenario perfecto para que los hombres exhibieran sus encantos. En eso parecía consistir la danza. Formaron una fila, moviéndose despacio al son de la música. En cabeza, el líder, que a veces era Adoni y otras veces otro hombre, saltaba y giraba con la gracia y la mesura de movimientos exquisitamente controlados.

Alice no podía quitarle los ojos de encima a Adoni. Observó cómo movía el cuerpo con postura varonil y orgullosa, como movía los pies. Recordó cómo le había hablado de la raza de guerreros que había poblado esas preciosas y agrestes tierras.

Como si intuyera que lo observaba, él se giró hacia ella. Sus miradas se entrelazaron.

Algo sucedió entonces entre ellos, tan rápido y devastador como un terremoto. Recorrió a Alice desde las puntas de los pies, a través del vientre donde dormía su bebé, directo hasta el corazón.

Adoni seguía sosteniéndole la mirada. En la distancia, sus ojos parecían de terciopelo negro. Estremeciéndose, ella fijó la vista en su boca.

Estaba segura de que él también lo sentía. Lo notaba en sus ojos, en la tensión de su mandíbula.

Una espiral de calor incendió el cuerpo de Alice, excitando cada una de sus terminaciones nerviosas, al son de la música.

–Disculpa –dijo ella a la mujer que tenía al lado, y se retiró.

Adoni se despidió del último de sus vecinos con una palmada en la espalda y la promesa de comer juntos con un vaso de *ouzo*. Se

quedó parado bajo la luz de la luna, contemplando el desfile de cabezas que se alejaba de su casa.

Se alegraba de que hubiera poca luz. La bienvenida que le habían dado le había emocionado. Llevaba años sin vivir allí, aunque había ido a menudo de visita, para revisar la construcción de su casa.

Todo el pueblo se había reunido para recibirlo.

Era más de lo que su propia familia había hecho nunca por él.

Sumido en sus pensamientos, miró hacia la enorme casa que había al otro lado de la cala. Estaba oscura, sin luces encendidas. Lo más probable era que el dueño estuviera dormido. No había asistido a la fiesta.

Pero Vassili Petrakis no había vuelto a hablarle desde el día en que lo había echado de su casa. El día que le había dicho que no tenía derecho a llevar su apellido ni a heredar su fortuna.

Adoni había mantenido su apellido, sin embargo. No tenía otro. La falta de dinero había sido una bendición en el fondo, pues le había impulsado a construir su propio negocio. Lo único que lamentaba era no haber vuelto a ver a los chicos a los que había considerado sus hermanos. Ya eran lo bastante mayores como para decidir si querían verlo. Pero él no podía ir detrás del viejo Vassili para iniciar el reencuentro.

Apretando los labios, Adoni se dio la vuelta. Su nueva casa era moderna y, al mismo tiempo, hacía un guiño a la arquitectura tradicional de la zona.

Lo más probable era que a Vassili no le gustara nada. Igual que odiaba a Adoni, pues era la prueba viviente de que su difunta esposa lo había engañado.

Bien. Esperaba que el viejo sufriera cada vez que se asomara a la ventana y viera su torre al otro lado de la bahía.

Respiró hondo, inhalando el aroma a sal, hierbas silvestres y tierra, un olor que era la marca de ese lugar. Al instante, se sintió más tranquilo. Aunque había vivido sus primeros años en la ciudad, ese pedazo de costa era lo más parecido a un hogar que había conocido.

¿Qué le parecería a Alice? Se había mostrado fascinada por el paisaje y le había gustado la casa.

¿Pero qué le importaba lo que ella pensara?, se dijo, frunciendo el ceño. Solo estaba allí para que pudieran tomar decisiones sobre el futuro de su hijo. Y para que Alice pudiera recuperar sus fuerzas.

Aunque, si lo pensaba bien, no le gustaba la idea de que volviera a trabajar en esa cafetería. Ni que viviera en su pequeño y viejo

apartamento. Al menos, no mientras estuviera embarazada de su hijo.

Esa noche, había querido ir tras ella, cuando la había visto retirarse de la fiesta. Pero su ama de llaves le había informado de que había decidido acostarse.

Su conversación podía esperar al día siguiente. Sin embargo, había algo que le hacía sentir inquieto. Quizá fuera estar de vuelta en el lugar que consideraba su hogar. O, tal vez, era porque había invitado a Alice a su refugio privado.

Caminó hasta la habitación principal. Sin molestarse en encender la luz, atravesó la enorme habitación, pasó delante de la cómoda cama, los valiosos cuadros de la pared y el grupo de sillones junto a la ventana. Abrió las puertas correderas y salió a la terraza de suelo de cristal, suspendida sobre un acantilado.

Respiró hondo otra bocanada de aire que olía a sal y a tierra. No sabía por qué estaba tan inquieto.

Un sonido le hizo girarse.

Al otro lado de la terraza, una esbelta silueta brillaba bajo la luz de la luna. Alice se acababa de levantar de una mecedora, envuelta en un atuendo que parecía un camisón blanco.

El ama de llaves debía de haberla colocado en la habitación de invitados que había junto a la principal, dando por hecho que era su amante.

Era una presunción comprensible. Contemplando los brazos y piernas de Alice, pálidos bajo la luna, y la mata de pelo moreno sobre sus hombros, Adoni maldijo para sus adentros. Su camisón tenía finos tirantes y le llegaba por los muslos.

Como si le hubiera leído el pensamiento, ella se tiró del borde de la ropa, como si quisiera que le cubriera unos centímetros más.

Alice se cruzó de brazos, lo que enfatizó todavía más la curva de sus senos. ¿Llevaría ropa interior o estaría desnuda bajo el fino tejido?

Con el pulso acelerado, Adoni se dijo que necesitaba tocarla, saborearla, inhalar la dulce fragancia de su piel. Quería probar de nuevo la húmeda calidez de su feminidad.

¿Podía ella ver desde allí su erección? ¿Era esa la razón por la que sus pechos subían y bajaban con la respiración acelerada?

–¿Qué estás haciendo aquí? –inquirió ella, genuinamente sorprendida.

Como si no lo hubiera estado esperando. Una vez más, Adoni se sintió dividido entre creer que era la joven inocente que pretendía ser o la mujer calculadora que Dawlish le había advertido que era.

Sin embargo, cada vez más, Adoni empezaba a recelar de la visión de Dawlish. Y no había duda que el hijo que ella llevaba en su vientre era suyo.

La idea, en vez de dirigir sus pensamientos hacia formalismos legales, incendió aún más su ya excitada libido.

Posó los ojos en el abdomen de ella. Había algo primitivo y sensual en la certeza de que estaba embarazada de su hijo. Le excitaba pensar que su cuerpo crecería y daría fruto con su semilla.

–Es mi casa, ¿recuerdas? –replicó él con voz tensa y baja, ronca por el deseo–. He venido a ver las vistas –añadió. Y se había puesto las botas con las vistas, era cierto–. Pensé que estabas acostada.

La imaginó en la cama, sí, pero debajo de él, tan sensitiva y apasionada como había sido en Londres.

Dio un paso hacia ella. Y otro más.

Parte de su cerebro le gritaba que era una locura acostarse con una mujer en la que no confiaba. Pero no le importaba.

En medio del remolino emocional que había supuesto descubrir que iba a ser padre, solo una cosa se había mantenido constante: Alice despertaba en él un hambre que no había sentido jamás con nadie. En ese momento, decidió que no tenía sentido seguir luchando contra ello.

–No podía dormir.

Se acercó lo bastante para poder ver cómo ella tragaba saliva.

–¿Adoni? –llamó Alice, levantando el rostro hacia él. Su voz sonó temblorosa, pero no era de miedo. Dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo–. ¿Qué quieres, Adoni? Es demasiado tarde para hablar…

–¿Quién ha dicho nada de hablar?

–No te entiendo –dijo ella y contuvo la respiración. Levantó más la cabeza, mientras la luna bañaba su hermoso rostro–. Me has traído a Grecia para hablar del futuro del bebé. Claro que tenemos que hablar.

Él levantó la mano para acariciarle la cascada de pelo negro que le caía sobre los hombros. Era como puro satén. Despacio, inclinó la cabeza para inspirar su olor a azahar.

Al instante, su cuerpo se puso tenso, conteniéndose para no tomarla en sus brazos y devorar su jugosa boca… y más cosas.

–Hablaremos mañana –dijo él con la mandíbula apretada–. Pero ahora no quiero palabras. Te necesito a ti.

Capítulo 10

EL CEREBRO de Alice entró en cortocircuito. Cuando Adoni hundió el rostro en su pelo, le temblaron las piernas. Su enorme cuerpo la envolvía, llenándola de calidez.

Reconoció en los ojos de él el mismo deseo que esa noche en Londres. Y le llegó al alma. Igual que cuando lo había visto bailar aquella varonil danza griega. Solo había tenido ojos para él.

Adoni había hecho mucho por ella. Le había introducido a los placeres del sexo. ¿Quizá por eso su cuerpo respondía de esa manera a su contacto? Aunque, si solo se trataba de atracción sexual, ¿por qué tenía ganas de saberlo todo sobre él? ¿Por qué había absorbido con interés toda la información que los invitados le habían dado sobre su anfitrión?

Adoni levantó la cabeza, mirándola a los ojos.

Ella contuvo la respiración.

–Te deseo, Alice.

Era una afirmación, clara y directa. También debía de ser una pregunta, porque él no movió un músculo. Alice percibió la atmósfera llena de tensión.

O, tal vez, era su propio cuerpo, que se negaba a demostrar prudencia y retirarse.

Sin embargo, Alice no quería irse. Cerró los ojos, mientras una corriente de excitación le atravesó los pechos, con los pezones endurecidos debajo del fino camisón, pasando por el vientre y la húmeda entrepierna, hasta las puntas de los pies e, incluso, hasta las orejas. Todo su cuerpo se había convertido en una zona erógena, estremeciéndose y latiendo con expectación.

–Y tú me deseas a mí.

Alice abrió los ojos. En la penumbra, no podía ver el color de sus pupilas, pero no tenía duda sobre la intensidad de su mirada.

–Sí –afirmó ella, incapaz de mentir.

La palabra salió de su boca con un hondo suspiro de alivio. El orgullo y el miedo le habían obligado a ocultar su deseo, pero era

algo innegable.

–Bueno, pues no perdamos más tiempo –sugirió él con una sonrisa deslumbrante.

La tomó en sus brazos, con uno en la espalda de ella y otro bajo sus piernas y volvió a su dormitorio. Alice se preguntó dónde había quedado su sentido común. Pero no le importaba. Nunca había deseado nada tanto en su vida.

Adoni la dejó en el suelo, junto a la cama. Casi en el mismo movimiento, le sacó el camisón por encima de la cabeza.

Ella contuvo la respiración, sorprendida. Automáticamente, se tapó los pechos con una mano y el pubis con la otra.

Él murmuró algo en griego, algo que ella no entendió pero que le resultó sumamente excitante.

–¿Por qué esconder tan hermoso cuerpo?

Alice abrió la boca para decir que ningún hombre la había visto desnuda jamás, a excepción de él, pero se mordió la lengua. Si se lo decía, no la creería.

¿Como podía ansiar entregarse a alguien que no confiaba en ella?

Pero así era.

Adoni le apartó los brazos del cuerpo y suspiró, contemplándola con admiración, devorándola con los ojos.

Entonces, en vez de vergüenza, Alice sintió una inyección de poder y orgullo. Él posó los ojos en su estómago y, luego, la palma de la mano, donde su bebé anidaba.

En esa ocasión, una mezcla de sentimientos invadió a Alice. Sobre todo, estaba emocionada al pensar en el bebé que habían creado juntos. Y lo mismo leyó en la expresión de él.

De pronto, experimentó el deseo de protegerlo y cuidarlo, no solo al bebé, sino al hombre que tenía delante.

–Llevas demasiada ropa –murmuró ella.

Adoni parpadeó y sonrió.

–Es mejor que me ayudes a quitármela –pidió él, arqueando una ceja con gesto provocativo. Al instante, comenzó a desabotonarse la camisa.

Sin hacerse esperar, Alice le quitó el cinturón de cuero con rapidez. Luego, deslizó la mano por la cintura de sus pantalones. Él se estremeció.

Encantada, ella le desabrochó el pantalón y le bajó la cremallera, rozando su impresionante erección en el proceso.

Él contuvo el aliento, estremeciéndose otra vez.

–Se hriazome.

–No entiendo griego –repuso ella. Pero entendía el mensaje de su cuerpo. Lo observó mientras él se quitaba los pantalones, los calzoncillos, los zapatos y los calcetines.

–*Se thelo*. Te deseo.

El fuego en las venas de Alice se convirtió en un infierno en erupción, mientras contemplaba su imponente cuerpo desnudo, varonil y musculoso.

–*Se hriazome*. Te necesito.

Como una caricia sensual, su voz hizo que a ella se le erizaran los vellos.

Alice había visto hombres desnudos, pero todos habían estado en las páginas de libros de arte o tallados en piedra o en bronce. Recordaba el cuerpo de Adoni de su noche en Londres, aunque la memoria no hacía justicia a su magnificencia.

Ella se encogió, de pronto, sintiéndose abrumada.

–¿Alice? –llamó él con tono de preocupación–. ¿No estarás asustada?

¿Asustada? ¡Estaba aterrorizada!

Alice tragó saliva. No tenía sentido. Sabía que él no iba a hacerle daño.

Cada parte de su cuerpo ansiaba los placeres que Adoni le prometía. No era como si fuera todavía virgen.

Aun así…

–Esa noche, en Londres, después de que tuvimos sexo, lloraste. ¿Alguien te hizo daño?

El único hombre que la había herido había sido Adoni, cuando le había dado la espalda. Pero, por alguna razón, sus palabras le sirvieron a Alice para centrarse.

Sexo. Se trataba solo de eso. Eso era lo único que habían compartido en Londres. No había por qué estar asustada.

Durante un momento, sobrecogida ante la visión de su cuerpo desnudo y ante los intensos sentimientos que se agolpaban en su pecho, Alice había temido que aquello pudiera ser otra cosa más profunda. Algo mucho más peligroso. El corazón se le aceleraba solo de pensarlo.

–¿Alice?

–No me pasa nada –contestó ella. Incluso en la oscuridad, podía adivinar su torso musculoso e imponente–. Solo es que impresionas un poco –confesó. Era mejor admitir eso que admitir sus sentimientos.

Pero, en vez de sonreír o hinchar el pecho de orgullo masculino, Adoni se quedó quieto, observándola.

–Estás a salvo conmigo, Alice. Te lo juro –afirmó él con palabras lentas y firmes.

Ella tiritó y se pasó las manos por los brazos, de pronto, consciente de que estaba por completo desnuda.

–Si prefieres volver a tu habitación, te prometo que no te seguiré.

Alice no pudo evitar clavar la vista en la impresionante erección que la apuntaba directamente al vientre, como un misil atraído por el calor.

La risa de Adoni la sorprendió.

–No digo que sea fácil, pero puedo hacerlo. Si quieres.

El peso de sus palabras llenó el silencio. Alice levantó la vista.

–Me quedo –dijo ella. No tenía elección. No era capaz de irse de allí sin haber sentido sobre ella ese precioso cuerpo.

–Bien –dijo él. Le tomó una mano y besó su palma. Luego, deslizó la lengua por su piel.

De inmediato, a Alice se le endurecieron los pezones, mientras su cuerpo se prendía fuego.

Estremeciéndose, se acercó a él. Adoni la agarró de las caderas y se puso en pie, delante de ella. Luego, se agachó a sus pies, trazándole un camino de besos desde el ombligo hacia abajo.

–No puedo describirte lo que siento al pensar que llevas a nuestro hijo en tu vientre.

Otro beso. Y otro, mientras la apretaba entre sus brazos.

–Inténtalo –susurró ella–. ¿Qué sientes? –quiso saber. Adoni solo le había hablado de cosas prácticas, sobre la paternidad y las obligaciones. ¿Pero qué pensaba sobre el niño que habían concebido?

–Me siento sobrecogido –admitió él y le plantó un beso en una cadera–. Excitado –añadió y la besó otra vez–. Decidido –dijo, trazándole un camino con la lengua sobre el vientre–. Nervioso.

Cuando Alice observó su cabeza morena inclinada sobre la piel, el corazón se le encogió en el pecho. Había más honestidad, más sentimiento entre ellos en ese momento del que nunca había habido.

Ella enterró los dedos en su pelo y tiró con suavidad, para hacer que levantara la vista.

Sin embargo, Adoni se agachó todavía más. Se sentó sobre los talones con los ojos fijos en el triángulo de vello moreno de su pubis.

Alice jadeó, vulnerable y excitada al mismo tiempo. De pronto, su cerebro dejó de pensar, cuando él alargó una mano y, con un

dedo, le recorrió el pubis. Luego, deslizó el dedo entre sus pliegues. Ella se estremeció, lista para él. Pero Adoni se tomó su tiempo, jugando con su parte más sensitiva y deslizando el dedo más abajo, más dentro.

Soltando un grito sofocado, Alice arqueó las caderas.

–Por favor.

Él no levantó la vista. Se acercó más, la agarró del muslo y se lo apartó. Luego, cuando comenzó a lamerla, una explosión del más delicioso placer sorprendió a Alice.

–Adoni, no puedo… –musitó ella, sintiéndose dentro de un caldero de agua en ebullición.

Cuando él se apartó, al instante, Alice se encogió. Le temblaban las piernas. Sus miradas se cruzaron. El aire estaba cargado de tensión y de un olor que ella solo había probado en una ocasión antes. A feromonas y sexo.

Adoni se puso de rodillas, todavía sujetándola de las maderas y la echó hacia atrás. Ella cayó sobre la cama, que había estado justo a su espalda. Abrió los ojos y los brazos para recibirlo a su lado. Pero él se quedó donde estaba, arrodillado entre sus piernas.

–No –negó Adoni, acariciándole el estómago con una mano–. Esta vez, quiero verte entera cuando llegues al orgasmo –dijo con voz ronca y aterciopelada.

Sujetándola de las caderas, la atrajo un poco más cerca al borde del colchón. En el mismo movimiento, ella lo sintió en su parte más íntima, luego, dentro, con fuerza.

Alice contuvo el aliento, mordiéndose el labio inferior, hipnotizada por la intensa mirada de su amante.

–¿Te duele? –preguntó él y comenzó a salir.

Ella se incorporó para agarrarlo del brazo.

–No. ¡No te vayas! ¡No me duele! Solo es que… –susurró ella y cerró los ojos, cuando él se movió en su interior, solo un poco.

–¿Te gusta? –preguntó él, esbozando una sonrisa tintada por el placer.

–Más que eso –admitió ella, acariciándole el fuerte brazo bañado de vello moreno.

Adoni siguió moviéndose, despacio y con seguridad. Alice pensó que iba a morir de placer. La sujetaba con gesto posesivo de una cadera, mientras con la otra mano le acariciaba el borde de un pecho y le trazaba círculos en un pezón, haciéndola retorcerse y gritar de gozo. Luego, sus caricias bajaron, centrándose en su vientre, en el lugar donde anidaba su bebé.

Una extraña emoción explotó dentro de ella con intensidad,

mientras observaba cómo él la miraba y sentía sus suaves caricias, como contrapunto a la firme invasión de su cuerpo. Se quedó paralizada un instante, sumida en el más puro gozo, mientras él la devoraba con los ojos. Entonces, Adoni murmuró algo urgente en griego y, con la siguiente honda arremetida, el cuerpo de ella llegó al clímax como un volcán en erupción.

Cuando Alice se retorcía entre espasmos de placer, su amante subió encima de ella, sujetándose sobre poderosos brazos.

Pero estaba demasiado lejos. Ella ansiaba sentir su torso contra el pecho, sus brazos rodeándola, su cabeza enterrada en el cuello. Quería abrazarlo y no soltarlo jamás.

Quería que estuvieran juntos.

–Por favor –dijo ella, agarrándolo de los hombros.

Durante un segundo más, él esperó, para luego tumbarse como una manta viviente sobre ella. Piel sedosa y blanca contra piel morena tintada de vello negro.

Alice lo abrazó con fuerza. Adoni bajó los labios al cuello de ella, bañándola de besos.

Sus cuerpos se fundían en uno solo. Pero era sexo nada más, se recordó Alice a sí misma. Aunque había algo más en la forma en que sentía esa intimidad con Adoni, el latido de sus corazones galopando al unísono, su respiración jadeante en el cuello. Él deslizó una mano bajo sus caderas, mientras la abrazaba con fuerza con la otra. Luego, inclinó la cabeza para trazarle un camino de besos en un pecho. Se metió uno de sus pezones en la boca, mientras la penetraba una y otra vez. Cuanto más fuerte succionaba, más rápido era el ritmo de sus arremetidas, mientras la sangre se aceleraba en las venas de Alice.

No era suficiente. Ella levantó una pierna, rodeándolo de la cadera. Como respuesta, él gimió de placer. Ella hizo lo mismo con la otra pierna, entrelazando los tobillos en su espalda.

Adoni levantó la cabeza con mirada intensa mientras la penetraba. Deslizó una mano por el vientre de ella hasta el lugar donde sus cuerpos estaban unidos, para acariciarle el clítoris.

Una arremetida, dos. A la tercera, Alice apretó las manos y los tobillos entrelazados. Arqueó la cabeza y gritó el nombre de él, sintiendo que su cuerpo explotaba en miles de estrellas. En medio del éxtasis, vio cómo él se arqueaba también, dejando escapar una riada de palabras en griego, y eyaculaba dentro de ella.

Se quedaron abrazados después, temblando, jadeando, sujetándose con fuerza, como si tuvieran miedo de soltarse.

Al menos, eso sintió Alice.

Quizá, para Adoni, el sexo siempre era así.

Ella estaba tan embriagada por el placer que se preguntó si sería posible morir del más puro éxtasis.

–¿Estás bien? –le susurró él en el cuello. Se aclaró la garganta–. ¿Alice?

–Sí, bien –contestó ella en voz baja y quiso reírse del eufemismo.

–¿Peso mucho? –preguntó él, empezando a apartarse.

–¡No! Quédate –rogó ella. Quería quedarse así todo el tiempo que fuera posible. Adoni y ella juntos eran algo más grande de lo que eran cada uno por separado, pensó.

Con suavidad, él la besó en la barbilla, levantándose en un codo para no posar en ella el peso de todo su cuerpo.

Alice se sentía en la gloria. Satisfecha, feliz. Y, cuando la besó de nuevo, como si fuera adicta a su sabor, algo más profundo la invadió.

El sentimiento de que, entre los brazos de Adoni, estaba en su hogar.

El amanecer pintaba de rojo y naranja el cielo, cuando Adoni la despertó con sus caricias. Ella se estiró despacio, notando en el cuerpo sensaciones a las que no estaba acostumbrada, después de la noche de placer que habían pasado juntos.

Tras unos largos y deliciosos preliminares, Alice gimió y se arqueó, mientras la penetraba. Tenía las manos y las rodillas sobre el colchón, mientras la tomaba por detrás.

Adoni dejó escapar un hondo gemido. Ella le hacía sentir así. Eso le daba a Alice una sensación de poder. Pero, sobre todo, quería que él disfrutara del orgasmo. Ella acababa de llegar al clímax. Era su turno.

Pero, enseguida, mientras sus cuerpos se sincronizaban y él le acariciaba un pecho y la sujetaba de la cadera con la otra mano, Alice fue subiendo cada vez más alto. Siempre había asumido que el sexo en esa posición estaba dirigido al placer masculino. Se había equivocado.

Cuando Adoni la había hecho ponerse a cuadro patas, cuando la había penetrado con una fuerza que la había hecho temblar, ella había esperado sentirse usada. En vez de eso, se había sentido como una diosa, mientras él la había acariciado con dedos temblorosos de deseo.

Todo lo que Adoni hacía la llenaba de confianza y seguridad.

Entonces, cuando, en la siguiente arremetida, Adoni empezó a

acariciarle el clítoris y la mordió en el cuello, de pronto, el éxtasis sorprendió a Alice, explotando dentro de ella al mismo tiempo que Adoni.

Después, se quedó tumbada, laxa, agotada. Adoni la cubrió con una sábana y se levantó. ¿De dónde sacaba él tanta energía?, se preguntó, mientras se le cerraban los ojos. ¿Era el embarazo lo que la hacía cansarse tanto?

Oyó la ducha y deseó tener fuerzas para levantarse y unirse a él. Aunque estaba exhausta, ansiaba explorar su cuerpo de nuevo. ¿Qué nuevas posibilidades podía descubrir mientras enjabonaba su piel?

Aunque tampoco la había invitado a ducharse con él…

«¿Por qué iba a hacerlo? Ya le has dado lo que quiere», se recordó a sí misma.

¿Acaso algo había cambiado? Adoni no creía que había sido virgen antes de estar con él. Creía que se había acostado con David por dinero. Lo más probable era que pensara que todas las mujeres hacían eso, tener sexo por dinero.

Porque, a pesar de su actitud protectora, él nunca había retirado esa acusación. Era algo que pesaba entre los dos, haciéndola sentir humillada cada vez que lo pensaba.

«Lo más seguro es que piense que lo de anoche fue un intento de engatusarlo para llevarlo a mi terreno en la conversación que vamos a tener sobre el bebé», caviló ella.

Llevándose una mano a la boca, Alice se incorporó en la cama. ¿Podía ser cierto?, se preguntó, fijando la mirada en la puerta del baño.

Después de todo lo que habían compartido, Adoni no la había besado ni la había tocado antes de levantarse. No había pronunciado palabra. De pronto, eso le pareció terrible.

Por primera vez en esa semana, volvió a sentir náuseas. Pero no era por el embarazo.

Desesperadamente, Alice revivió los sucesos de la noche anterior. Adoni había dicho que la deseaba, eso era todo. Habían compartido placer mutuo, pero tal vez, para él, dejar saciada a su pareja solo había sido una forma de satisfacción masculina.

¿Y la honda emoción que Alice había experimentado cuando él le había hablado de su bebé, cuando la había besado en el vientre y cuando le había hecho el amor con tanta ternura?

Se mordió el labio.

Sus emociones estaban desbocadas por culpa de las hormonas , pensó. Había creído que Adoni había empezado a sentir algo por

ella.

Aun así, no tenía ninguna prueba. Sabía que tenía fuertes sentimientos hacia el bebé. Pero se la había llevado a la otra punta del continente, lejos de sus amigos, a la hora de cerrar un trato respecto al futuro del niño. A la primera oportunidad, la había seducido y se la había llevado a la cama sin ninguna dificultad.

Cuando Alice puso un pie sobre el suelo, le temblaban las rodillas.

Detrás de ella, seguía sonando el agua de la ducha.

Tambaleándose, tomó su camisón del suelo y atravesó la terraza en dirección a su cuarto. Se sentía dolida y más triste de lo que había estado en semanas.

Habían tenido sexo solo porque Adoni había creído que ella era una mujer fácil… disponible.

Nunca se había sentido tan utilizada. Tan estúpida.

Despacio, cerró las puertas del balcón y se metió en el baño.

No quería volver a ver a Adoni en mucho, mucho tiempo.

Capítulo 11

ADONI HIZO una mueca después de terminar su llamada de larga distancia.

En un principio, había planeado pasarse la mañana inspeccionando la casa recientemente acabada, en vez de lidiar con un problema de trabajo.

Algunas cosas necesitaban los retoques finales. Habría sido más fácil contratar a un equipo de albañiles especializados en construcciones exclusivas, sobre todo, teniendo en cuenta el innovador diseño del arquitecto. Él había optado por utilizar mano de obra local, trabajadores jóvenes que todavía estaban aprendiendo, bajo estricta supervisión.

Él sabía lo que se sentía al ser joven y sin recursos, luchando por abrirse paso en una profesión.

Apartó la silla del escritorio y estiró las piernas, mirando por la enorme ventana con vistas al mar.

Su inquietud no tenía tanto que ver con los problemas en el trabajo, sino con la actitud de Alice.

Esa mañana, cuando la había despertado, se lo había pensado mejor y había decidido que sería mejor dormir un poco más. Solo de pensar en ella su erección crecía. Tan poderoso era el efecto que le causaba.

Pero Alice había estado agotada. Por eso, había cambiado de idea. Había pensado que una ducha le daría tiempo a Alice de recuperarse de nuevo, antes de retomar sus juegos amorosos.

Sin embargo, a su regreso del baño, ella había desaparecido. Y, cuando él había ido a su cuarto, se había encontrado la puerta cerrada con llave.

Sumido en sus pensamientos, Adoni ladeó la cabeza y se frotó el cuello contraído.

No podía entender a esa mujer. Había estado encantada de tener sexo con él. Más que eso. ¡Había sido increíble la forma en que se había entregado a él! Le había dado todo de sí misma, mucho más

de lo que él había esperado.

Paralizado, recordó cómo ella había gritado de placer y cómo lo había abrazado con fuerza con brazos y piernas. Él había perdido la noción de dónde acababa su cuerpo y dónde empezaba el de su amante.

Nunca había disfrutado del sexo con tanta intensidad.

Estar con ella era diferente.

¿Sería porque estaba embarazada de su hijo?

Se miró el reloj. Era casi mediodía. Era hora de encontrar a Alice y hablar del futuro.

La encontró, al fin, en la piscina gigante que había al final de la terraza de cristal. Pero no estaba bañándose, ni tomando el sol. Estaba con uno de los jóvenes trabajadores que habían construido la casa. Estaban pegados el uno al otro, sus cabezas juntas, asomados al acantilado desde el borde de la terraza.

–¿Qué estáis haciendo? –inquirió Adoni, furioso. ¿Cómo se atrevía ese chico a ponerse tan cerca de Alice?

Las dos cabeza miraron hacia arriba de golpe, como impulsadas por un resorte. El joven parecía nervioso, pero Alice solo ladeó la cara con gesto interrogativo. Llevaba unos pantalones cortos vaqueros y una blusa azul sin mangas, atada a la cintura. El sol pintaba su cabello moreno con mechas caoba.

Algo dentro de Adoni se estremeció al verla. Parecía fresca como el rocío de la mañana, a excepción de la sombra de ojeras bajo los ojos y una mota de barro en la barbilla. Tuvo que contenerse para no tomarla entre sus brazos.

¿Había sentido algo así alguna vez por una mujer? Intentó recordar si había experimentado una respuesta tan visceral hacia Chryssa, su exnovia, pero no lo consiguió. El corazón nunca se le había lanzado al galope solo con verla. Tampoco la había visto nunca tan sencillamente vestida. Chryssa siempre había llevado ropas caras y maquillaje impecable. Después de que hubieran hecho el amor, siempre había corrido al baño para arreglarse en el espejo. Nunca se había tumbado con él con el abandono con que Alice había yacido a su lado la noche anterior.

–Estamos arreglando la bomba de la depuradora –dijo ella con tono frío.

–¿Cómo? –dijo Adoni, parpadeando. Intentó aclararse las ideas.

El chico se levantó y se apartó un poco de Alice. Ella estaba mirando el motor y otra maquinaria para la piscina, ocultos bajo ese borde de la terraza.

–Estamos arreglando la depuradora. No está bien instalada. Pero

yo entiendo algo de esto. Es igual que la de la piscina de la finca de Devon.

Adoni se quedó sin palabras. Nunca se había imaginado a Alice arreglando depuradoras. ¿Había dirigido la finca de Devon con sus propias manos?

Alice se giró hacia el joven.

–Mira, Costa, así –indicó ella y le mostró cómo manejar una parte de la maquinaria–. Prueba ahora.

El chico se inclinó hacia delante, ajustó algo y el motor comenzó a funcionar. Contento, le sonrió a Alice. Pero, al ver la expresión de su jefe, se puso serio y se apartó.

–Gracias, señorita.

–De nada. Me alegro de haber sido de ayuda –repuso ella. Se levantó y se quitó el polvo de las manos y de las rodillas.

El chico se fue sin esperar más, seguramente, para contarle a su supervisor que habían arreglado el problema.

Alice lo observó marchar y, luego, se volvió hacia Adoni.

–¿Qué te pasa? Pareces enfadado.

Él le ofreció la mano. Sí, estaba furioso, y eso lo incomodaba.

Cuando había visto a Alice con otro hombre, la sangre se le había agolpado en las venas de rabia. Era cierto que no tenían ningún compromiso, pero ella había estado en su cama hacía unas horas. Eso debía explicar el instinto de posesión que lo invadía con tanta fuerza. Se sentía como un hombre de las cavernas cargado de adrenalina, preparado para luchar por su hembra.

Al final, ella le dio la mano. Él tiró de ella hasta que estuvieron separados solo por unos centímetros.

–¿Adoni? –dijo ella y ladeó la cabeza, tratando de leer su expresión. Entonces, de repente, se apartó, soltando su mano. Parecía ofendida y furiosa–. Pensaste que estaba coqueteando con él, ¿verdad? Esa es la clase de mujer que crees que soy.

–No, no es eso –negó él. No había pensado que hubiera estado coqueteando. Solo había sentido la urgencia de protegerla. ¿Acaso ella sabía lo irresistible que era con las piernas desnudas y sus preciosas curvas?

–Sí, claro –dijo ella y se acercó a una de las hamacas para tomar el cuaderno que había dejado allí.

Adoni la siguió, decidido a convencerla de que estaba equivocada, cuando el dibujo de la página por la que estaba abierto llamó su atención. Incluso desde un par de metros de distancia, los trazos parecían un trabajo excelente.

–¿Lo has hecho tú? –preguntó él y, de pronto, recordó los

preciosos estudios botánicos que ella había tenido colgados en la pared de su estudio. ¿Habían sido hechos por ella? Había creído que habían sido la obra de un profesional.

–Sí, yo –afirmó ella. Dejó el cuaderno en la hamaca de nuevo y se volvió, con las manos en las caderas. Los pechos le subían y bajaban con las respiración acelerada–. ¿Qué pasa? ¿Crees que las busconas no sabemos dibujar? –le espetó, lanzando fuego con la mirada–. ¿Crees que estamos tan ocupadas seduciendo a todos los hombres que nos encontramos que no tenemos tiempo para…?

–¡Calla! –ordenó él. La agarró de los brazos, para atraerla contra su pecho. ¿Cómo habían llegado a eso, cuando hacía unas horas habían estado en la gloria, sus cuerpos entrelazados?

–No pienso callarme –replicó ella, levantando la barbilla con gesto desafiante–. Es lo que estás pensando de mí, ¿verdad?

–No, no pienso eso.

Adoni notó cómo la recorría un escalofrío. La vio morderse el labio inferior, como para impedir que temblara. Vio cómo sus ojos se llenaban de dolor.

Él solo quería besarla. Hacerle callar con sus labios y arrancarle esa tristeza. Ansiaba hacer retroceder el reloj para que volvieran a estar juntos en la cama. El día había ido de mal en peor desde que se había levantado de su lado. Debería haberse quedado allí. Por supuesto, si lo hubiera hecho, lo más probable era que todavía estuvieran haciendo el amor. Sin embargo, en el presente, Alice se revolvía contra él como un animal herido, con ojos dolidos y acusadores.

Podía besarla hasta hacerla rendirse, pensó él. Podía llevársela a la cama otra vez. Pero eso no arreglaría nada. Con ello, solo conseguiría aliviar el deseo que le quemaba.

–He dicho que me sueltes –gritó ella, luchando para zafarse de su mano.

Adoni tuvo que contenerse. La fuerza bruta no era el camino.

La soltó, levantando las manos en gesto de rendición.

–No es lo que tú crees, Alice.

–Claro –dijo ella con cinismo.

–Tenemos que hablar.

–Del bebé, ya lo sé –repuso ella. Tomó el cuaderno de dibujo y un estuche de cuero y los apretó contra el pecho como si fueran un escudo.

Sintiéndose culpable, Adoni admitió que era cierto que, al principio, había pensado lo peor de ella. Pero ya no pensaba igual. Conocía mejor a Alice. No era una mujer fatal. No se habría

acostado con ella la noche anterior, si hubiera creído que lo era.

Sin embargo, eso no se lo había contado a Alice.

–No, del bebé, no. Eso puede esperar.

Alice clavó en él una mirada de perplejidad. También a Adoni le sorprendieron sus propias palabras. Quería asegurar el futuro de su hijo. Pero arreglar las cosas con Alice era prioritario en ese momento.

–Tenemos que aclarar primero ciertas cosas.

Alice se sentó junto a Adoni en la terraza con vistas al mar. Sus cómodas hamacas estaban pegadas una a la otra, como si fueran dos amigos disfrutando juntos del paisaje.

Pero ella no podía relajarse, ni quería dejarse embriagar por la belleza del paisaje ni por el lujoso entorno que la rodeaba. Vio cómo Adoni daba un trago a su café y dejaba la taza en la mesa. Le llamó la atención que no pareciera tan seguro de sí mismo como era habitual.

Contemplando su perfil, contuvo la respiración. Era tan guapo e imponente que el corazón se le aceleraba solo de mirarlo.

–Te equivocas, Alice. No creo que seas una buscona.

–Lo dijiste, aunque no fuera con esas palabras –insistió ella.

–Nunca me acostaría con una mujer si pensara que es una buscona. ¿Cómo te explicas, entonces, lo de anoche?

Ella se encogió de hombros, nerviosa.

–Quizá, no estabas pensando con la cabeza.

Eso hizo reír a Adoni. Para sorpresa de Alice, la calidez de su risa la recorrió como sirope caliente.

–Podrías tener razón –admitió él, poniéndose serio–. Pero, para que lo sepas, nunca me habría acostado contigo si pensara eso de ti. Ni tampoco te habría traído a mi casa.

Alice se quedó mirándolo a los ojos, deseando que fuera cierto.

–Entonces, ¿por qué me acusaste? Sé que estabas conmocionado por la noticia del embarazo, pero también yo lo estaba. Eso no es excusa. No te costó nada creerte las mentiras que te contaron sobre mí y David.

–Es normal sospechar de una mujer que te revisa la cartera antes de irse sin decir palabra.

De pronto, ella se sonrojó. Se había olvidado de eso.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Alice. Ella se había ido de la habitación antes de que él hubiera regresado del baño.

–No guardaste las tarjetas en su sitio.

Alice asintió. Había tenido prisa por irse y, cuando lo había oído salir del baño, había dejado caer la cartera y había corrido a la puerta.

–Si necesitabas dinero para un taxi…

–No era eso. Solo es que yo… –comenzó a balbucear ella y se volvió hacia el mar, que tenía el mismo color aguamarina que los ojos de Adoni. Tomando aliento, volvió a mirarlo–. No podía recordar tu apellido –confesó–. Me lo habías dicho, pero no me acordaba. Me parecía importante conocer tu nombre completo porque… –continuó, pero se interrumpió antes de decirle que había sido el primer hombre con quien se había acostado. Ya se lo había dicho en una ocasión y él no la había creído–. No me gustaba la idea de tener sexo con alguien cuyo nombre ignoraba.

–¿Pero por qué te fuiste corriendo? –preguntó él, perplejo.

Porque había mirado a su alrededor en aquella suite increíblemente cara y se había dado cuenta de que ese no había sido su sitio. La calidez y el encanto de Adoni le habían hecho olvidarlo durante unas horas.

–Nunca había tenido una aventura de una noche y me sentía rara. No sabía qué esperabas que hiciera mientras estabas en el baño. No conozco el protocolo –confesó ella.

Adoni meneó la cabeza.

–Esperaba que pasaras el resto de la noche conmigo.

–¿De veras? –preguntó ella sin poder ocultar su alegría. Se mordió el labio inferior, al darse cuenta. ¿Cómo podía contentarse con tanta facilidad?, se reprendió a sí misma.

Pero Adoni pareció no darse cuenta. Se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas.

–Tengo que disculparme. El día que pediste cita para verme, mi secretaria mencionó tu nombre delante de Miles Dawlish.

A Alice se le erizaron los pelos de la nuca al escuchar ese nombre.

–Déjame adivinar. ¿Te habló de mí?

Adoni asintió despacio.

–Ahora me doy cuenta que tenía mucha rabia acumulada contra ti.

–Puedes decirlo así –replicó Alice y, encogida, se frotó los brazos, recordando los insultos que había recibido durante años de ese hombre, cada vez que había acudido a la finca de David para pedir un préstamo y le habían dicho que no.

–¿Por qué no me hablas de eso? No ganas nada con guardártelo para ti misma, ¿verdad?

Adoni tenía razón. Si dejaba que pensara lo peor de ella, solo conseguiría que todo fuera más difícil. Sin embargo, cuando había intentado explicarle las cosas en el pasado, él no había querido escucharla. Había estado decidido a juzgarla y condenarla.

Pero ese hombre era el padre de su hijo. Estaría unida a él para toda la vida, pensó, poseída por una honda emoción.

–Después de todo, tú conoces mi pasado. Solo hay dos personas más que saben la verdad sobre mis padres.

Alice lo miró a los ojos, comprendiendo de pronto lo mucho que significaba que él hubiera compartido su secreto. Eso hacía que sus problemas y rencillas perdieran importancia. Al menos, ella había tenido una familia que la había amado de verdad.

–De acuerdo –aceptó ella. Sería mejor contárselo todo. Aunque no le atraía mucho la idea de sumergirse en el pasado.

Adoni le sirvió una taza de té y añadió leche.

–Sé cómo te gusta, no te preocupes –murmuró él, cuando ella arqueó una ceja al ver que no se lo preguntaba.

Sus palabras le hicieron transportarse a su pequeño apartamento en Devon. Adoni había ocupado todo el espacio con su imponente presencia como un dios griego bajado directamente del Olimpo. Había sido autoritario, molesto y… amable.

–Gracias –dijo ella. Se llevó la taza a los labios, inspiró su delicioso aroma y le dio un trago. Al instante, se sintió mejor. Cuando se volvió hacia él, lo sorprendió observándola. Una vez más, le subió la temperatura. Bajó la vista a su bebida, para poder concentrarse en la conversación–. No tengo grandes secretos y tú lo sabes casi todo –comenzó a decir ella e hizo una pausa, molesta al pensar que había hecho que la investigaran. Pero era obvio que los investigadores no lo habían averiguado todo.

Levantó los ojos hacia el mar y el cielo que le recordaban a su infancia.

–Soy hija única y crecí en Cornwall. Mis padres y yo estábamos muy unidos. Mi madre era pintora de retratos, muy buena.

–De ahí has sacado tu talento artístico.

Alice saboreó su comentario. Hacía mucho tiempo que no había pensado en su talento. Había deseado asistir a la escuela de bellas artes, pero la vida y la falta de dinero la habían empujado en otra dirección. Esa mañana había sido la primera vez en años que había retomado su cuaderno de dibujo.

–También de mi padre. Era dibujante de cómics –explicó Alice. Incluso, cuando había estado en silla de ruedas, enfermo, había trabajado con ahínco para poder mantenerlos–. Sus historias te

hacían pensar y te hacían reír. Era muy buenas.

–Estás orgullosa de él.

–Claro –afirmó ella–. Estoy orgullosa de los dos. No solo por su talento. Eran personas adorables –añadió.

Alice dio otro trago a su té, pensando que todavía los echaba de menos.

–Nos sorprendió un accidente de coche cuando yo tenía doce años. Un camión resbaló en el hielo y se desplazó fuera de su carril, estrellándose con nosotros. Mi madre murió al instante, pero tardaron una eternidad en sacar a mi padre del coche –contó ella, hasta que tuvo que detenerse con la garganta constreñida.

–Lo siento. Debió de ser… –comenzó a decir él–. No puedo ni imaginarme lo horrible que fue.

Alice asintió.

–Yo salí casi ilesa, solo con moretones y una muñeca rota. Tardé mucho tiempo en dejar de sentirme culpable por eso –confesó ella. Incluso, había llegado a sentir que había sido culpa suya el que su madre hubiera muerto.

Adoni acercó la mano, como si fuera a tocarla, pero la apartó enseguida. Alice le agradecía su comprensión.

–Después de eso, tuvimos que dejar nuestra casa de Cornwall, porque mi padre estaba en silla de ruedas y no podía subir las escaleras –continuó ella. También, había sido porque no habían podido seguir pagando la hipoteca–. Un viejo amigo de mis padres nos ofreció una casa en Devon. Era ideal, de una sola planta y con las puertas lo bastante grandes para la silla de mi padre –recordó. Entonces, se volvió hacia Adoni para mirarlo a los ojos–. David Bannister era mi padrino. Su esposa y él vieron la obra de mi madre cuando era una estudiante y la animaron a seguir pintando. Ellos fueron quienes le compraron su primer cuadro.

Alice hizo una pausa. La expresión de Adoni era impenetrable.

–David fue muy bueno con nosotros. Más que un casero, era un amigo y nosotros estábamos faltos de amigos –explicó ella. Después del accidente, su familia se había alejado de ellos. La hermana de su madre había acusado a su padre de haber causado el accidente, a pesar de que no había sido cierto. Desde entonces, había una disputa entre las dos familias y no había vuelto a verlos, hasta que la prima de Alice, Emily, la había invitado a la boda–. Las lesiones de mi padre se complicaron. Su estado de salud empeoró hasta que, al final, ya no podía trabajar. Entonces, David nos eximió de pagar el alquiler y nuestros vecinos siempre nos dejaban en la puerta una cesta con productos frescos de la granja. Vivíamos en la colonia de

artistas que viste el otro día .

–No me sorprende, entonces, que Jasper sea tan protector contigo.

–Todo el mundo se ayuda en la colonia –indicó ella, encogiéndose de hombros–. Mi padre luchó contra su enfermedad, pero murió cuando yo tenía diecisiete años. Poco después, David me pidió que fuera a vivir con él a la casa grande.

Alice posó la mirada afilada sobre Adoni, esperando una reacción, pero él se limitó a asentir.

–Era viudo y echaba mucho de menos a su mujer. Me dijo que se sentía muy solo en su casa. Pero, en realidad, lo hizo por mí. Para que yo no estuviera sola –dijo ella y apretó los labios con indignación al recordar las acusaciones pasadas de Adoni–. Para que lo sepas, nunca fuimos amantes. Era como un abuelo o un tío para mí.

–Menos mal que tuviste a alguien que te cuidara cuando tu padre murió –señaló él, sin un atisbo de desconfianza en su voz.

Alice asintió.

–No iba a ser durante mucho tiempo. Yo pensaba mudarme para estudiar arte. Quería irme cuanto antes, nada más consiguiera ahorrar lo suficiente con mi trabajo. David se ofreció a darme un préstamo sin intereses. Pero, entonces, le diagnosticaron una enfermedad degenerativa.

Alice tomó su taza y bebió despacio, recordando lo devastada que se había sentido cuando había sabido la noticia.

–Él era muy optimista, pensaba que el tratamiento lo curaría. Pero no fue así y, antes de lo esperado, ya no podía valerse por sí mismo –prosiguió ella–. Al principio, me pidió que me fuera, pero yo me negué. Quería ayudarlo, igual que él nos había ayudado –añadió. Tal vez, además, se había aferrado a él con desesperación porque había sido la única familia que había tenido en el mundo–. A medida que su salud empeoraba, David iba confiándome más y más responsabilidades. No quería que la gente supiera que estaba enfermo, no quería la lástima de nadie, por eso, Miles Dawlish no lo supo hasta el final. Dawlish es el sobrino de la mujer de David y, como la finca procedía de la familia de ella y no habían tenido hijos, era el único heredero. Un hombre asqueroso y avaricioso.

–Lo es. A mí tampoco me cae bien.

Alice se giró hacia él.

–Aun así, creíste lo que te dijo de mí.

–No sabía que hablaba con prejuicios. Pero tienes razón. No estuve muy agudo –admitió él con una sonrisa deslumbrante–.

Estaba fuera de mí porque la mujer fascinante con la que había querido pasar toda la noche había desaparecido, y todo apuntaba a que me había intentado robar las tarjetas de crédito –se explicó y levantó las manos en gesto de rendición–. Lo siento.

Alice meneó la cabeza con el pulso acelerado, después de haberlo escuchado admitir que había querido pasar con ella toda la noche.

–Supongo que es comprensible, dadas las circunstancias –señaló ella. Tomó aliento y se dispuso a continuar, ansiosa por acabar con su historia de una vez–. Cuanto más enfermo estaba David, más ayudaba yo. Al principio, solo me ocupaba de la correspondencia y de hacerle compañía, pero pronto acabé dirigiendo toda la explotación.

–¿Y arreglando la piscina? –preguntó él con una sonrisa llena de calidez.

–Y más cosas –respondió ella–. Me ocupaba de organizar mejoras. Atendía a los inquilinos y llevaba los libros de contabilidad. Ahí es donde Dawlish y yo entramos en conflicto. David no podía soportar a ese tipo, que no dejaba de pedirle dinero. Después de las primeras veces, David se negó a volver a verlo y yo era su mensajera –contó y se encogió de hombros–. Las cosas se pusieron feas con Dawlish. Me acusó de acostarme con David para robarle el dinero –recordó con una amarga carcajada–. La verdad es que la mayoría del dinero estaba invertido en la finca y había muchos compromisos con obras de caridad, como mantener la colonia de artistas. Todo lo que sobraba iba para pagar las facturas médicas de David.

Pobre David. Había querido guardar algo de su dinero personal para poder subvencionar los estudios de Alice. Al final, ella había tenido que engañarlo y no revelarle que lo había gastado todo en los cuidados paliativos.

Hubo un silencio. Alice y Adoni estaban sumidos en sus pensamientos. Ella se terminó su té, sintiéndose extrañamente aliviada.

–Gracias –dijo él al fin–. Agradezco que me lo hayas contado.

Ella se volvió hacia él, incapaz de descifrar su expresión.

–¿Dónde nos deja esto?

–Listos para seguir hacia delante –contestó él y se quedó mirándola con gesto interrogativo en los ojos, como si esperara su confirmación.

Despacio, ella asintió.

–Ahora, quieres hablar del bebé, ¿verdad?

–Eso puedo esperar.

–¿De verdad? –preguntó ella, sin poder creerlo.

–De verdad –replicó él con una sonrisa–. Me ha surgido un problema en el trabajo y tengo que volar a Atenas para pasar la noche allí.

Alice se esforzó por no delatar su repentina e inexplicable angustia ante la noticia. Era como si no quisiera que él se fuera.

–¿Quieres venir? No has visto la ciudad –ofreció él–. Hay una exposición de arte antiguo que igual te gusta.

Al instante, Alice asintió, entusiasmada. ¿Pero se debía su entusiasmo a las maravillas de la antigüedad clásica?

¿O era alivio por haber retrasado las negociaciones sobre el bebé?

Quizá, era solo porque habían aclarado las dudas y desconfianza entre ellos.

Aunque Alice tenía la terrible sospecha de que lo que la emocionaba era poder acompañar a Adoni.

Capítulo 12

ALICE SE estiró el vestido con las manos. La tela era delicada como la seda.

Al principio, se había negado a que Adoni le comprara un vestido y zapatos para llevar esa noche. Odiaba que la mantuvieran. Estaba bien que él contribuyera a la manutención de su hijo, pero sus gastos personales eran solo cosa suya.

Sin embargo, cuando se había dado cuenta de que su equipaje de viaje consistía solo en pantalones cortos, vaqueros y dos gastados vestidos de verano, había cambiado de idea. Además, la secretaria de Adoni en Atenas, Effie, le había asegurado que los invitados de la fiesta de esa noche irían vestidos de gala.

Con reticencia, Alice había aceptado. Se había dejado ayudar por Effie, que la había llevado a las mejores tiendas de ropa de Atenas. Y lo cierto era que lo había pasado bien yendo de compras. A pesar de su aire elegante y sofisticado, Effie era divertida y tenía buen ojo para la moda.

Alice nunca se había sentido tan guapa.

Se volvió delante del espejo, mientras los finos pliegues del vestido color zafiro brillando a su alrededor. El cuerpo del vestido también era de un tejido brillante, sujeto con unos delgados tirantes que relucían como si estuvieran hechos de gemas preciosas en vez de lentejuelas. Hasta sus zapatos de tacón de seda azul tenían cuentas en los tacones que reflejaban la luz cuando se movía.

Adoni no podría ignorarla vestida así.

Aunque él no la había ignorado en ningún momento. Después de la conversación del día anterior, se había mostrado… considerado. Tan considerado que la había dejado después de la cena, diciéndole que entendía que debía de estar cansada, y se había dirigido a su despacho a trabajar.

Alice se había quedado tumbada despierta durante horas, esperando que se reuniera con ella, ansiando volver a hacer el amor. Pero no había sido así. Cuando se había despertado esa

mañana, justo a tiempo para salir para tomar su vuelo a Atenas, se había sentido insegura y llena de deseo.

No sabía qué le preocupaba más, si lo mucho que necesitaba dormir con Adoni o la posibilidad de que él se hubiera cansado de tener sexo con ella.

¿O sería a causa de lo que le había contado de su pasado?

Sin embargo, Alice se negaba a sentirse una víctima. Se puso la única joya decente que tenía alrededor del cuello, diciéndose que no le importaba que él no hubiera ido a buscarla la noche anterior.

Entonces, se llevó la mano al vientre. Había ido allí a planear el futuro de su hijo. Y para conocer Grecia. No para volverse loca por Adoni.

Esa tarde, habían visitado el Partenón y el museo de la Acrópolis. Se había maravillado contemplando las esculturas que, hasta entonces, solo había conocido en los libros. Todo le había parecido muy hermoso. Aun así, todo el tiempo se lo había pasado pensando en otra escultura, una viva, cálida, imponente. Un hombre de carne y hueso que hacía que se derritiera solo con mirarla.

Alguien llamó a la puerta, sacándola de sus pensamientos.

–¿Alice? ¿Estás lista?

Ella abrió los ojos con excitación ante el espejo.

Nunca había ido a la inauguración de una exposición. Nunca había salido por la noche, a excepción de la vez que había ido a cenar con sus compañeros de trabajo en un pub local. Pero su excitación se debía a razones diferentes.

Le gustaba Adoni.

Era una tonta. Provenían de mundos diferentes y, tras acordar un plan para criar a su hijo, se separarían. Mientras, sin embargo, Alice estaba decidida a disfrutar del momento. Tenía demasiada experiencia en dejar que la vida pasara de largo.

–¡Ya voy!

Sí. Sin duda, Alice sabía lo que quería.

–Estás preciosa.

Adoni se quedó con la boca abierta. Al verla, tuvo ganas de comérsela, de besar cada milímetro de su piel y…

–Y tú –contestó ella con una sonrisa y ojos relucientes.

Él no la había visto sonreír así desde su primera noche en Londres. Era una sonrisa que le volvía loco. Pero debía ser prudente con ella. Al fin y al cabo, estaba embarazada y necesitaba ser

tratada con delicadeza.

La noche anterior, después de todo lo que ella le había contado, había parecido agotada. Sus ojeras le habían recordado a Adoni que no la había dejado dormir el día antes. Por eso, había evitado acostarse con ella. Al final, se había tenido que pasar horas haciendo ejercicio en el gimnasio y, luego, largos en la piscina, para calmar su ardiente deseo.

Había comprendido lo mucho que se había equivocado respecto a ella. En realidad, había sido virgen cuando se había acostado con él. Recordó su primera noche, el momento de tensa rigidez y de duda en que, al penetrarla, él había sospechado la verdad. En el presente, al recordarlo, se sentía obligado a contener sus impulsos y su deseo. Alice estaba embarazada, era inexperta y necesitaba descanso.

¿Pero cómo iba a poder mantener las manos lejos de ella cuando estaba tan guapa?

–Effie tiene muy buen gusto para la ropa.

Adoni apretó los labios y, aunque pensó que no eran las ropas, sino la percha, no dijo nada.

Ella se llevó la mano al medallón que llevaba.

–Es muy bonito –observó él, fingiendo admirar el llamativo ópalo, engarzado en un exquisito medallón–. Y caro –añadió, aprovechando para inhalar su aroma a azahar.

–Me lo regaló Jasper en mi dieciocho cumpleaños –dijo ella, levantando la barbilla con actitud retadora–. Es diseñador de joyas.

Adoni tardó en comprender su actitud defensiva. No era de extrañar, teniendo en cuenta que la había acusado de vivir a costa de los hombres mayores. Se sonrojó, sintiéndose culpable. Era un hombre orgulloso y no estaba acostumbrado a reconocer sus errores.

–Es muy bonito. Te queda muy bien. Las vetas rojas y verdes dan vida a la piedra negra. Es vibrante y tiene profundidad… como tú.

–¿Adoni? –dijo ella, ladeando la cabeza–. Creo que es lo más bonito que me has dicho nunca.

Él le tomó la mano y se la besó, complacido al notar cómo a ella se le aceleraba el pulso.

–La noche es joven.

–Este es interesante. Me gusta el empleo innovador de la perspectiva –comentó Alice, pensativa y entusiasmada al mismo tiempo, parada ante un retrato enorme.

Estaban apartados del jaleo de la inauguración, en una esquina tranquila. O, al menos, eso le parecía a Adoni, porque tenía toda su atención puesta en su acompañante.

La pintora, que estaba a su lado, habló con excitación del uso de la luz y la perspectiva para ensalzar a un personaje. En vez de escucharla, Adoni observaba a Alice.

Como si notara su mirada, Alice le dedicó una sonrisa y se apartó un poco, para dejarle sitio junto a la artista, invitándolo a participar en la conversación.

Llevaba toda la noche dedicándole dulces sonrisas. Y Adoni estaba deslumbrado.

¿Sabía ella el efecto que le causaba? Sabía que le daban ganas de tomarla allí mismo, contra una de las paredes de la sala de exposiciones.

El brillo de los ojos de Alice le hacía intuir que sí lo sabía.

Hacía tiempo que la habría sacado de allí y la habría llevado a un lugar privado para saciar su hambre de ella, pero no lo hizo por una razón. Alice se lo estaba pasando en grande.

Estaba en su elemento. No le sorprendía, dado el historial de su familia y su innegable talento. Y a él le encantaba verla tan feliz.

Alice estaba disfrutando con la fiesta, charlando con la gente. Reía ante las ocasionales confusiones que surgían con el uso del idioma y soltaba de vez en cuando alguna frase en griego que había aprendido quién sabía dónde.

Era como descubrir a una mujer completamente diferente.

No. No era eso. Era la misma mujer que lo había seducido con su sentido del humor y su cuerpo sensual la primera noche. Le había resultado fascinante, incluso cuando un cúmulo de malentendidos le habían llevado a pensar que había sido una cazafortunas.

Había cometido el error de pensar en Alice de una forma demasiado simplista. Primero, la había catalogado de mujer fatal. Luego, como alguien que necesitaba protección. Las náuseas mañaneras la habían hecho parecer frágil y las pobres condiciones en que vivía le habían dado ganas de cuidarla.

En ese momento, percibía en ella una profundidad que no había sabido apreciar antes.

–A Adoni le ha gustado mucho el retrato de la primera sala –indicó Alice, hablando con la pintora–. El de la señora mayor –dijo y se volvió hacia él, tocándolo en el brazo con suavidad–. Te recordaba a alguien, ¿verdad?

¿Cómo lo había adivinado? Él no había dicho nada.

–Se parece a nuestra ama de llaves cuando era niño. Era anciana

pero, cuando la mirabas a los ojos, te dabas cuenta de que era joven de corazón.

De pronto, Adoni se dejó invadir por los recuerdos. Se sintió como el niño que siempre había estado en la cocina, buscando comida, porque siempre había tenido hambre. María lo había tratado siempre con cariño y comprensión, con mucha más ternura que la que había recibido de su madre.

Alice le apretó la mano, entrelazando sus dedos. Sus ojos azules estaban llenos de empatía.

¿Cómo lograba hacer eso?

Adoni no lo sabía.

–Creo que los demás invitados también quieren hablar contigo. No queremos monopolizarte –le dijo Alice a la artista.

Con reticencia, la mujer se alejó de ellos. Durante toda la noche, Alice había estado atrayendo a los invitados como polillas a la luz. Era una mujer inteligente, divertida y llena de energía, además de que estaba genuinamente interesada en el arte.

En medio del mar de conversaciones, sin embargo, Adoni no podía apartar los ojos de ella. Era una mujer maravillosa y especial. Pero, sobre todo, lo volvía loco de deseo.

–Tenemos que irnos –le susurró él al oído media hora después. Si esperaba mucho más tiempo para poseerla, entraría en llamas allí mismo.

Ella lo miró a los ojos y, por lo que vio en ellos, se sonrojó y sus pupilas se dilataron. Cuando él posó la mano en su espalda, se estremeció.

–Sí –musitó ella con una sonrisa de satisfacción.

Se despidieron a toda prisa. Sin duda, todo el mundo adivinó la razón de su urgencia, pero a Adoni no le importaba. Solo quería rodear a Alice con sus brazos y hundirse en su cuerpo húmedo y apretado.

En cuestión de segundos, estuvieron en el coche. Ninguno de ellos dos dijo palabra mientras él conducía, atento a cada uno de los movimientos de Alice, a su respiración acelerada, a la forma en que cruzaba y descruzaba las piernas. O bien estaba tan excitada como él y estaba haciendo todo lo posible por volverlo loco. No podía dejar de imaginarse aquellas largas piernas rodeándolo.

–Ya hemos llegado –dijo él y, tras unos segundos, aparcó en el garaje de su lujosa casa de Atenas.

Se bajó y le dio la mano a Alice para ayudarla a bajar. Ella lo miró con sus ojos color zafiro, profundos como el océano.

–Gracias. Ha sido una noche maravillosa.

–La noche no ha terminado todavía –repuso Adoni, rodeándola con sus brazos.

Cuando Alice se puso de puntillas y lo besó, él gimió de placer. La saboreó con pasión, sus lenguas entrelazándose.

–Alice –gimió él con los ojos cerrados, los pulmones llenándosele de su aroma a azahar y a feromonas–. Vamos a la cama.

Pero no era capaz de soltarla. Cuando la miró, ella tenía los ojos entornados, los labios sonrojados por sus besos, como cerezas maduras. Él la apretó con más fuerza contra su cuerpo.

–No puedo esperar a llegar al dormitorio.

–No digas eso, o tendré que dejar de ser civilizado y tomarte aquí mismo, en el garaje –advirtió él, sintiendo que las ropas lo asfixiaban.

Ella parpadeó con las pupilas dilatadas.

–No me siento nada civilizada, Adoni. Llevo deseándote toda la noche y…

Adoni la levantó en sus brazos, apretándola contra su erección. Miró a su alrededor en el garaje y… Había una mesa de herramientas apoyada en la pared.

Adoni revisó que la superficie estuviera limpia y estaba inmaculada, como todo lo demás en la casa. Acto seguido la sentó encima. Ella abrió las piernas, acomodándolo entre sus rodillas.

–Sí –gimió Alice, echando la cabeza hacia atrás, envuelta en sus besos.

Él le acarició la curva perfecta del cuello, perplejo por lo erótico de la escena. ¿Cómo era posible que esa mujer lo excitara de esa manera? ¿Sería por el bebé que crecía en su interior? No. Era mucho más que eso.

Ella le desabrochó el cinturón, mientras él le levantaba el vestido y se apretaba contra su parte más íntima. Cuando la tocó debajo de las braguitas, ella le desabrochó la cremallera de los pantalones con un rápido movimiento.

Cuando la penetró con una lenta y firme arremetida, Alice se estremeció en espasmos de placer. Al instante, el clímax los envolvió a los dos, catapultándolos a las estrellas.

Mucho después, consiguieron llegar al dormitorio. De nuevo, llegaron al orgasmo juntos. Adoni tuvo que aceptar que no había sabido nada sobre el verdadero éxtasis hasta que había conocido a Alice.

Se quedaron tumbados abrazos y Alice se durmió acurrucada entre sus brazos, mientras él le acariciaba la cascada de cabello negro que le caía sobre los hombros.

Pero Adoni no podía dormir. Solo podía pensar en la mujer que lo abrazaba. Y en el futuro.

Al principio, había querido solo ser parte de la vida del bebé.

Pero, en el presente, quería más. Quería estar con Alice.

Era una locura desear estar con una mujer a largo plazo. Sobre todo, cuando se habían conocido hacía tan poco tiempo. Aun así, él confiaba en su instinto. Nunca le había fallado para los negocios. Era lo que le salvaba de todas las situaciones, cuando los planes racionales fallaban.

Su instinto le decía que quería estar con Alice.

Sería una buena madre, generosa y entregada. Ella siempre haría lo mejor para su hijo, no tenía duda de eso.

Era una mujer honrada, capaz. Y muy sexy. Incluso, su tozudez era atractiva. Sería una buena cualidad a la hora de educar a un niño.

Cuando Alice se movió a su lado, rozándolo con un pecho, tuvo la tentación de despertarla. No conseguía saciarse de ella. No solo era porque estaba encinta de su hijo. Saber que él había sido el primero y el único le resultaba sumamente excitante.

Capítulo 13

SU SUPUESTA estancia de una noche en Atenas acabó durando una semana. Adoni trabajaba y Alice exploraba la ciudad. Por la noche, cenaban fuera, disfrutaban de la vida nocturna y volvían a casa para seguir disfrutando el uno del otro, haciendo el amor hasta el amanecer.

Alice sabía que debía irse, pero no lograba reunir las fuerzas para hacerlo. El horrible tiempo inglés y su pequeño y viejo apartamento le parecían a millones de kilómetros de distancia.

¿Qué tenía de malo aceptar la hospitalidad de Adoni y descansar un poco más? Seguramente, era lo mejor para su salud y para el bebé.

Sin embargo, eso no eran más que excusas. No quería irse porque no quería apartarse de él, reconoció para sus adentros.

Por eso, cuando Adoni le propuso días después que volvieran a su casa de la playa en Mani, ella aceptó.

–Los dos queremos lo mejor para el bebé.

–Claro –dijo Alice, inspirando el aroma a mar que los rodeaba.

Estaban sentados en la terraza, disfrutando del atardecer.

–Será mejor si nos tiene a ambos en su vida, ¿no?

–Sí –dijo Alice, ladeando la cabeza para observarlo. Parecía nervioso, algo muy poco común en él.

–Estamos de acuerdo en que un niño necesita seguridad.

Ella asintió. Aunque no habían hablado de detalles concretos, habían compartido comentarios ocasionales sobre cómo les gustaría criar al bebé. Los dos coincidían, por suerte, en su punto de vista.

–¿Adónde quieres ir a parar, Adoni? Ya habíamos hablado de eso.

–Paciencia, *glyka mou*. Esto es importante –dijo él, entrelazando sus manos.

Alice cerró los ojos, derritiéndose ante su contacto. Iba a echarlo demasiado de menos cuando regresara a Inglaterra. Más que eso, la verdad era que no podía imaginarse la vida sin él.

De pronto, se quedó paralizada, atónita por lo que eso implicaba.

–He pensado en cómo podemos lograr eso, sin que nuestro hijo tenga que estar continuamente cambiando de un sitio a otro. Sobre todo, cuando empiece el colegio, necesitará una estabilidad.

Alice se incorporó en su asiento, alerta. ¿Qué quería decir? ¿Continuidad? ¿Pensaba luchar por quedarse la custodia única? ¡No era posible!

–Creo que deberíamos criarlo juntos.

–¿Qué quieres decir?

–Que debemos criarlo como una pareja. Como un padre y una madre, a la forma tradicional.

–¿Quieres decir que vivamos juntos? –preguntó ella, atragantándose con las palabras.

–Sí –afirmó él y le tomó la mano para acariciársela con suavidad.

–Adoni –repuso ella, mirándolo a los ojos–. Es mejor que me lo expliques. Suena como si quisieras que viviéramos juntos como… como…

–Pareja. Padres.

–¿Quieres que nos casemos? –preguntó ella, sin poder creerlo. Sin embargo, sabía que los griegos eran amantes de las tradiciones.

Al instante, él abrió los ojos horrorizado y la soltó de golpe, como si fuera una bomba a punto de estallar.

–¡No, eso no! Nunca he mencionado el matrimonio –explicó él–. Seguro que lo entiendes, teniendo en cuenta mi historia personal.

Aun así, Alice no pudo evitar sentir un punzante dolor ante su reacción.

¿Pero qué le pasaba?, se preguntó a sí misma. ¿Estaba sufriendo porque Adoni nunca le pediría que se casara con él? Al fin y al cabo, no se amaban. El matrimonio no sería más que una farsa a causa del bebé.

–Bueno, entonces, quieres que vivamos como pareja –dijo ella, hizo una pausa y lo vio asentir–. Que seamos amantes y padres juntos.

–Una familia, sí –afirmó él con una sonrisa radiante.

Era fácil para Adoni sonreír, después de haber dejado claro que ella nunca sería su esposa, caviló Alice con triste cinismo.

–Pero nosotros no… –balbuceó ella–. ¿Estás hablando de un compromiso permanente?

–Claro. Criar a nuestro hijo será un compromiso permanente, ¿no?

–Eso no significa que tengamos que ser pareja –puntualizó ella, aunque lo único que ansiaba su corazón era ser amante de Adoni para toda la vida.

–No tenemos que ser pareja. Pero yo quiero que lo seamos –señaló él, recorriéndola de arriba abajo con fuego en la mirada–. Serás una madre maravillosa. Eres cálida, generosa y atractiva. Me gusta tu actitud realista y tu honestidad

¿Honestidad? ¿Eso pensaba de ella el hombre que la había acusado de ser una buscona?

–Gracias, pero…

–Además, te deseo como nunca he deseado a ninguna otra mujer. Creo que podríamos ser muy felices, Alice –aseguró él. Le tomó una mano, se la llevó a los labios y se la besó.

–Esto es muy… inesperado –repuso ella, parpadeando. No sabía qué decir. Solo tenía claro que no debía lanzarse a sus pies y aceptar su proposición. Aunque estaba tentada de hacerlo. Necesitaba tiempo para considerarlo.

–Necesitas tiempo para pensarlo –adivinó él. Su mirada hablaba de puro fuego y de deseo, aunque su tono de voz era sobrio y controlado–. No debes preocuparte por nada en el ámbito legal. Mis abogados están redactando un acuerdo que asegurará que no te falte de nada.

–¿Cómo? ¿A qué te refieres? –preguntó ella, sin entender.

–Firmamos un contrato. Yo te pasaré una generosa cantidad cada mes –indicó él y mencionó una cantidad exorbitante–. Seguirás recibiéndola aunque yo muera antes que tú, mientras sigas ocupándote de nuestro hijo y lo hagas bien. Pero no tendrás ningún derecho sobre mis propiedades. Será todo para el niño.

Alice se enfureció. ¿Acaso ponía en duda su capacidad para ocuparse bien del niño? ¿Y cómo iba a comprobarlo? ¿Iba a ponerle vigilantes?

Entonces, recordó cómo había sido tratado Adoni por sus padres y entendió un poco mejor su punto de vista. Tragándose su orgullo, comprendió que él solo quería asegurarse del bienestar del niño.

–¿Y qué tengo que hacer a cambio?

–Vivir como mi pareja, ayudar a criar a nuestro hijo. No tener otros amantes.

–¿Y tú te comprometerías a las mismas cosas?

–Sí. No tengo intención de socavar la familia que quiero formar para nuestro hijo.

«Nuestro hijo». Todo aquel montaje tenía que ver solo con el niño, no con ellos, se dijo Alice, meneando la cabeza.

–No lo sé. Es demasiado…

–¿Demasiado qué? –inquirió él, frunciendo el ceño.

¡Era demasiado bizarro! ¡Un contrato para asegurar que ella cuidara a su hijo y no tuviera otros amantes!

–Inesperado –dijo ella al fin.

Claramente, la respuesta no satisfizo a Adoni.

–Es más que justo, Alice. Incluso, he estipulado que todas las decisiones sobre el futuro del bebé serán tomadas en conjunto entre nosotros.

–¿Y si yo quiero hacer algo más aparte de ser madre? ¿Y si quiero estudiar arte o ser artista? –le espetó ella. Aunque sabía que no iba a poder permitírselo en el futuro próximo, era un sueño al que no había renunciado todavía.

–Alice –dijo él con tono condescendiente, tomando su mano–. No soy un bruto. Claro que necesitas tu arte. Tienes talento y es una tragedia que no hayas tenido la oportunidad de desarrollarlo. Yo no pretendo tampoco renunciar a mi negocio, pero seguro que puedo encontrar más tiempo para estar en casa. Si tú quieres trabajar, puedes hacerlo. Siempre que haya un equilibrio entre el trabajo y el hogar.

Alice meneó la cabeza, esforzándose por digerirlo todo.

–¿Qué? –dijo Adoni–. ¿He dicho algo que no te ha gustado?

–Nada. Eres muy razonable. Pensé que esperabas que me dedicara en cuerpo y alma a la crianza y al hogar –dijo ella, aliviada. ¿Quién marcaría cuál era el equilibrio deseable entre el trabajo y el hogar? Sin duda, él.

Adoni sonrió con satisfacción.

–Quiero lo mejor para nuestro hijo. Eso significa que ambos tenemos que sentirnos felices y satisfechos.

–¿Y no crees que puede haber desacuerdos?

–Sí. Sé que tienes un temperamento fuerte y me encanta. Sabes defender tu punto de vista. Estoy seguro de que eso hará que nuestra vida amorosa esté siempre llena de pasión y será muy satisfactoria.

Alice sintió un húmedo calor en la entrepierna al imaginarlo.

Pero, más fuerte que su excitación, la invadía una aplastante sensación de tristeza y decepción.

Adoni nunca la amaría. Aunque era muy tentador creer que llegaría a quererla con el tiempo, debía ser realista. Él no creía en el amor.

¿Podía ella vivir con eso y renunciar a sus sueños de encontrar el amor verdadero?

–Tendré que tomarme un tiempo para pensarlo –dijo ella al fin con un amargo sabor de boca.

Adoni terminó una llamada y se levantó en su despacho en lo alto de la torre, con vistas panorámicas del mar, el pueblo y la montaña. Su negocio iba viento en popa y sus proyectos no podían ser más halagüeños.

Con un suspiro de satisfacción, miró hacia la playa. Alice había ido hacia las dunas para tomar unas fotos de la vegetación que allí crecía y poder dibujarlas después.

Habían pasado semanas desde que él le había propuesto que vivieran juntos de forma permanente, pero Alice todavía no había aceptado. Si le daba tiempo para pensarlo, sin duda, ella aceptaría, caviló.

Mientras, en la cama, Alice era tan ardiente como siempre. Las semanas que llevaban juntos cada vez convencían más a Adoni de que su vida en común sería una buena idea.

Ella tenía que entenderlo y, antes o después, aceptar su propuesta.

Frunciendo el ceño, sin embargo, Adoni recordó la expresión de ella cuando había visto el contrato. ¿Le habría molestado la cláusula de penalización en caso de infidelidad? Si se acostaba con otro hombre, perdería todo apoyo económico por su parte.

Pero eso no era negociable, se dijo a sí mismo. Él no podía contemplar la posibilidad de que la madre de su hijo tuviera sexo con otra persona.

Era suya. Iban a formar una familia. Solo quería compartirla con su hijo.

Como siempre, olvidaba que existían otras formas de ver el mundo aparte de su visión machista de la pareja, y que las mujeres no eran posesiones, sino personas con sus propias sentimientos y pensamientos que cambiaban con el tiempo.

Lleno de orgullo y emoción al pensar en su hijo, acalló cualquier miedo e inseguridad que pudiera albergar en su corazón.

El sol se ponía en el horizonte, pintando el mar de rosa y naranja.

Necesitaba que Alice le diera una respuesta.

Capítulo 14

ADONI LA estaba esperando cuando ella entró en el dormitorio con el cuaderno de dibujo en la mano.

–Tenemos que hablar –dijo él. Necesitaba tener clara la respuesta de Alice. En ese momento.

Ella se quitó el sombrero de paja que llevaba, dejando caer suelto el pelo largo y moreno sobre la espalda. Los pechos turgentes se le marcaban bajo la fina blusa.

O hablaban o hacían el amor, pensó Adoni. Y llevaban semanas volcándose en lo segundo. Era hora de controlarse y llegar a un acuerdo.

–Claro –repuso ella, mirándolo con sus ojos azules como el océano–. ¿Puedo ducharme antes?

–No –negó él. Si se duchaba, se sentiría tentado de acompañarla–. Acabaremos enseguida. Tenemos que zanjar esta cuestión.

Alice no preguntó a qué cuestión se refería. Debía de haber estado esperando esa conversación.

–Bueno. Pero vayamos a la piscina. Así puedo mojarme los pies mientras hablamos.

Adoni asintió y la siguió hasta allí. Contempló su trasero mientras ella andaba y el delicioso contoneo de sus caderas. Su cintura parecía haberse ensanchado un poco. Estaba ansioso por ver su cuerpo cambiar con el embarazo. Pensar que estaba embarazada de su hijo era una de las cosas más eróticas que conocía.

–¿Quieres hablar sobre el contrato? –preguntó ella, cuando estuvieron sentados en el borde de la piscina.

–Tenemos que prepararnos para la llegada de nuestro hijo –señaló Adoni. Y se calló que le molestaba no haber llegado a un acuerdo. Había tenido pesadillas en que Alice le tiraba el contrato a la cara y lo abandonaba, llevándose a su bebé. Él no iba a dejar que eso sucediera, se dijo, apretando la mandíbula.

–Tienes razón –admitió ella con los ojos clavados en el agua–.

Pero me pides demasiado, Adoni.

–¿Qué necesitas para convencerte?

Despacio, Alice se giró hacia él. Su expresión era más sombría que nunca.

–Háblame de Vassili Petrakis.

–¿Qué tiene que ver él con nosotros? –preguntó Adoni, conmocionado al oír el nombre.

Alice se encogió de hombros.

–Necesito comprenderte antes de comprometerme contigo.

Adoni trató de mantener la calma. Si contarle la historia de su padre ayudaba a que ella se convenciera de firmar el acuerdo, ¿por qué no hacerlo?

–Pensábamos que era mi padre. Luego, descubrimos que no. Él se puso furioso porque mi madre lo había engañado y le había hecho criar al hijo de otro –recordó él, reviviendo la angustia que había sentido entonces–. Me echó de su casa y no he vuelto a verlo.

Vassili había estado tan furioso ese día que había sujetado a Adoni de los hombros y había intentado echarlo él mismo por la puerta. Adoni, dolido y enfadado, había perdido el equilibrio y se había estrellado contra el suelo de piedra. El viejo había cerrado la puerta tan rápido que, probablemente, no se había dado ni cuenta de que Adoni se había hecho daño.

Alice lo tomó de la mano, sacándolo de sus recuerdos, y lo miró con ojos llenos de empatía.

–Debió de ser horrible. ¿Pero no quieres volver a verlo? Después de todo, te crio como un padre. Debió de sentirse muy traicionado. Tal vez, se arrepiente de cómo se comportó contigo.

Adoni se fijó en la mano de ella. Temblaba, como si estuviera nerviosa. ¿Pero por qué?

–No tengo interés en volver a verlo. Me desheredó. Me prohibió ver a mis hermanos. Perdí a mi prometida por su causa –replicó él. Aunque la última parte, lo relacionado con su prometida, había sido una bendición en realidad. Se había librado de una mujer que solo lo había querido por su dinero.

Alice parpadeó, conteniendo la respiración. ¿Había estado prometido?

–¿No eras muy joven para casarte? –preguntó ella.

–Tenía diecinueve años. Me creía que lo sabía todo. Igual que creí que Vassili no podía hablar en serio cuando dijo que me desheredaría.

–¿Qué pasó con tu prometida?

–Nada –negó él con una sonrisa heladora–. Cuando se dio cuenta de que no tenía dinero, me abandonó –explicó con amargura.

Entonces, Alice lo comprendió. Primero, su madre, luego, su prometida le habían enseñado que no se podía confiar en las mujeres. Era lógico que algo así marcara la vida de un hombre.

No era de extrañar que quisiera firmar un contrato. Confiar le resultaba imposible.

Con el pecho atenazado por el dolor, Alice deseó poder marcha atrás en el tiempo a esa mañana. Los dos habían estado tan felices y despreocupados en la cama, riendo y haciendo el amor como si no hubiera problemas en el mundo.

Entonces, recordó el rostro del hombre que había visto en la playa. Sus ojos habían estado cargados de dolor y arrepentimiento.

–Lo he visto hoy –dio ella–. A Vassili.

–¿Qué? ¿Dónde? –inquirió él y se puso de pie de un salto, como un guerrero preparado para la batalla.

–Junto a la playa. Me vio dibujando.

Adoni respiró hondo. Musitó unas palabras en griego que sonaban salvajes y feroces.

–¿Sabía quién eras?

Claro que sí. Era un pueblo pequeño y la casa de Vassili estaba justo enfrente de la de Adoni. Entonces, Alice se estremeció, recordando lo que él le había contado sobre ese pueblo, habitado por guerreros que mantenían rencillas durante generaciones.

No quería que su hijo creciera en un ambiente así.

–Sabía que estaba en tu casa. Me preguntó cómo estabas –contó ella. El viejo se había acercado con cautela y se había notado que le había costado un gran esfuerzo hacerle la pregunta. Aunque no se parecía a Adoni en el físico, tenían un rasgo muy marcado en común: eran hombres orgullosos.

–¿Le respondiste?

–Le dije que estabas bien. Le conté que te iba bien el negocio y…

–No tenía derecho a saber nada de eso –la interrumpió él.

–Me dio lástima. Ha tenido un infarto. Tenía el rostro cansado y caminaba con bastón –dijo ella. Sin duda, Vassili se había tomado muchas molestias en acercarse a hablar con ella en la playa, pues le resultaba penoso y difícil caminar–. Creo… Creo que quiere verte, quizá desea pedirte perdón –aseguró–. Si contactara contigo, ¿querrías…?

Alice se interrumpió y tuvo un presentimiento, al ver la

expresión de Adoni.

–Ya lo ha intentado, ¿verdad?

Adoni se encogió de hombros.

–No tenemos nada de que hablar.

–Sé que se portó mal, Adoni. Pero era tu padre. ¿No quieres verlo? ¿Y a tus hermanos?

–¡Me dejó muy claro que no eran mis hermanos! –exclamó él con el ceño fruncido.

Ella se levantó para abrazarlo y calmarlo. Pero él estaba rígido, duro como una piedra.

–¿No merece la pena intentarlo?

Él se zafó de su abrazo.

–El pasado no importa. Solo importa nuestro hijo. Cuando firmes el contrato…

–No digo que puedas cambiar el pasado. Solo es que mejor que no albergues odio en tu corazón –insistió ella. Quiso decirle que estaba luchando por él, por ellos y por su hijo. No quería formar una familia con un hombre que sabía más de rencillas que de amor.

Sobre todo, cuando había descubierto lo que quería de él. Todos sus sentimientos hacia él, orgullo, deseo, frustración, confianza, ternura y esperanza, solo podían significar una cosa.

Ella lo amaba.

Se había enamorado de él desde la primera noche. Y, cuanto más lo conocía, más lo amaba. Esas últimas semanas no habían servido más que para sellar sus sentimientos.

Quería a Adoni Petrakis con todo su corazón.

Pero no estaba dispuesta a conformarse con nada menos por su parte. Necesitaba ser correspondida.

¿Pero era él capaz de eso?

–Me pides demasiado.

Tal vez era así. Quizá, todo aquello no era asunto suyo, reconoció ella para sus adentros.

–Lo sé. No te pido que olvides y perdones. Solo que escuches a Vassili. Me dijo que sus hijos te echan de menos. Quieren verte, pero sienten que sería desleal, mientras su padre y tú no os habléis.

–No me has escuchado, Alice. No quiero regresar al pasado.

A pesar de la brisa cálida que los envolvía, Alice tuvo un escalofrío.

Era tentador no decir nada, firmar ese contrato y rezar porque él acabara amándola algún día. Pero ella sabía que no debía hacerlo.

–¿Alice? Esto no tiene nada que ver con nosotros.

–¿Cómo puedes decir eso? El pasado sí importa, Adoni, cuando

está empañando el presente y ensombrece el futuro de nuestra familia. No se trata solo de ti y de Vassili. Me pides que firme un contrato de por vida. Entiendo que eres rico y quieres proteger tu riqueza. Pero yo quiero que nosotros seamos más que eso.

–¿A qué te refieres? ¿Aceptarás mi propuesta solo si hablo con el viejo? –inquirió él, echando chispas de tensión y rabia–. ¿Que quieres vivir conmigo, pero no aceptas mis condiciones?

–No lo sé. Lo siento, pero no lo sé –susurró ella, abrazándose a sí misma como si tuviera frío–. Me importas mucho, Adoni –afirmó, incapaz de decirle la verdad, que lo amaba.

–¿Pero?

–He estado pensando en el contrato. Iba a decirte que sí firmaba…

–¡Eso es maravilloso! –exclamó él, transformando su expresión con una radiante sonrisa.

Alice se apartó con el corazón encogido.

–Pero, luego, pensé qué pasaría si me quedara embarazada una segunda vez.

Adoni sonrió de nuevo.

Alice apretó los labios.

–Si tenemos un hijo más, o dos, no protestaré –dijo él, radiante.

–¿Pero tendré que firmar otro contrato nuevo? Quieres que acepte delante de tus abogados a recibir un dinero al mes, con una penalización si te soy infiel. Y tengo que criar a mi hijo de forma adecuada, incluso habrá alguien para comprobar si hago bien mi trabajo como madre.

–Tú…

–Déjame terminar, por favor –rogó ella. Cuando él asintió, continuó–: No confías en mí. Te reservas el derecho de prepararte por si sucede lo peor –añadió y tomó aliento con el corazón en la boca–. Por eso, si me quedo embarazada otra vez, ¿me harás pasar por otra prueba de paternidad? ¿Contratarás a investigadores privados para saber dónde he estado?

Adoni la observaba con gesto pétreo. El pulso le latía como loco en la base del cuello.

–Sé que tu madre y tu padre te hicieron daño. Sé que tu prometida te dejó. Si pudiera ponerle las manos encima, le haría pagar por haberte hecho daño. Estoy celosa de esa mujer, porque tú la amabas. Estoy segura de que a ella no le ofreciste un contrato para firmar…

–Esa es la razón por la que el contrato es necesario. He aprendido la lección.

–No todo el mundo va a traicionarte, Adoni. Yo, no.

–Sin embargo, no quieres demostrármelo firmando el contrato.

Alice se encogió, hecha pedazos. No podía hacerle comprender.

–No puedo firmar, Adoni. No es lo correcto. No espero que me ames, sé que no me quieres. Pero necesito algo más. Necesito saber que, un día, romperás ese escudo que tienes alrededor del corazón y me mirarás de otra manera –admitió ella con lágrimas en los ojos–. Pensé que, si veías a Vassili y a tus hermanos, sería una prueba de que todavía tenías corazón.

–Alice, no llores –rogó él, secándole una lágrima con el dedo.

Ella se tragó las lágrimas y se apartó.

–Lo siento, Adoni. No puedo firmar.

Alice contuvo el aliento, esperando que él insistiera. Pero Adoni no dijo nada.

–Gracias por tu generosidad. Tu proposición es muy tentadora, pero no funcionaría. Cuando me comprometa con un hombre para toda la vida, quiero que sea por amor, no por conveniencia –confesó ella con la vista nublada por las lágrimas–. Te agradecería que arreglaras mi vuelo de regreso a Inglaterra. Di a tus abogados que preparen los papeles para la custodia compartida. Eso no voy a negártelo –añadió y tragó saliva–. Adiós, Adoni.

Capítulo 15

ADONI ESTABA nervioso. Por primera vez en su vida, temía que su plan no funcionara.

Respiró hondo para calmarse y entró en la galería de arte londinense.

La primera sala estaba vacía. La exposición no empezaría hasta dentro de una hora y, técnicamente, la galería estaba cerrada. Entró en las salas adyacentes, sin apenas fijarse en los retratos que colgaban de las paredes. Hacía unas horas, cuando había ido allí a hablar con Felix Christow, los cuadros de la madre de Alice lo habían conmovido hondamente. El retrato de su marido, con las mangas enrolladas y el pelo revuelto, era uno de los más emotivos, pues irradiaba calidez y amor.

Ese era el mundo que Alice había habitado de niña. No era raro que ella se negara a firmar ese maldito contrato, pensó.

De pronto, oyó su voz. El corazón le dio un salto en el pecho. Aunque solo había pasado una semana desde que ella se había ido de Grecia, a él le parecían siglos.

–Ah, señor Petrakis, me alegro de verlo –saludó Christow, el dueño de la galería.

Adoni observó el rostro perplejo de Alice. Estaba bellísima.

–¿Qué haces aquí?

–Le dije a Christow que quería ver la exposición antes de la inauguración –informó Adoni. Christow había estado contento de concertar ese encuentro con Alice sin decirle nada a ella, y de hacer migas con un coleccionista tan influyente como él–. Necesitaba verte –confesó.

–Ya está todo hablado –le espetó ella, tocándose el medallón de ópalo con la mano como si fuera una especie de talismán–. Es hora de dejarle el resto a los abogados –añadió con ojos empañados por la emoción de verlo de forma tan inesperada.

–Nada de abogados –repuso él, ansiando tomarla entre sus brazos. Quería asegurarle que todo saldría bien, que no tenía por

qué preocuparse. Pero estaba muerto de miedo.

–¿Cómo?

–Lo que hay entre nosotros no es cosa de abogados.

Ella se puso pálida y apretó los labios.

–Lo siento, Adoni. No puedo hablar de esto aquí, ahora –indicó ella, señalando a los retratos de su madre.

–Imagino que esto es difícil para ti. Pero es maravilloso también. Los cuadros de tu madre son impresionantes. Tenía mucho talento. Igual que tú.

Sin poder resistirse, Adoni la tocó el brazo desnudo. Los dos contuvieron la respiración. Su contacto se convirtió en una caricia, suave como una pluma. Sintió cómo ella se estremecía.

–Tienes razón –murmuró él, inhalando el dulce aroma a azahar y a Alice que tanto había echado de menos–. Este no es el sitio apropiado –admitió y tiró de ella con suavidad para llevarla a la última sala de la exposición–. Hay algo que quiero que veas, por favor.

Ella no se negó. Entraron en una sala donde las iluminación se dirigía al único cuadro que había en las pareces. Un exquisito retrato de una madre con su hijo.

–¿Cómo? Felix no me habló de esto –dijo ella, petrificada, con la vista clavada en el cuadro.

–Fue una decisión de última hora –repuso él, sin dejar de mirarla mientras a ella se le pintaba el rostro de emoción–. Espero que te guste verlo otra vez…

–¿Ha sido cosa tuya? –preguntó ella, perpleja.

–Llevo semanas negociando para comprarlo. Quería dártelo cuando aceptaras quedarte conmigo.

Alice parpadeó. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Es un gesto muy bonito.

Alice contempló el rostro de Adoni, perfectamente afeitado, tenso, con un brillo de inseguridad en los ojos. Nunca lo había visto tan vulnerable.

Luego, se giró hacia el retrato con el pulso acelerado. Era una mujer con pelo caoba y ojos azules que parecían felices. En su regazo había una niña de tres años, sujetando un viejo peluche. Ella sabía que tenía tres años porque sus padres le habían contado muchas veces lo difícil que había sido lograr que se sentara a posar.

–Fue el último cuadro de mi madre que vendió mi padre. No quería separarse de él –dijo ella, atragantándose con el recuerdo.

Habían estado tan necesitados de dinero entonces que…

–Es tuyo.

–Pero no puedo… No acepté firmar tu trato…

–Es un regalo. Sin compromiso. Nunca debió de salir de vuestra casa –señaló él con voz suave–. Sé lo importante que es la familia para ti.

–Pero… –comenzó a decir ella. Al ver la expresión en los ojos de él, cargada de emoción e intensidad, se quedó sin palabras. Los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez.

–No llores, *karthia mou* –susurró él y tomó su cara entre las manos, secándole las lágrimas con los dedos.

Ella quiso enterrar la cabeza en su hombro, abrazarlo y no dejarlo marchar jamás. Lo había echado tanto de menos…

–No puedo aceptarlo… yo…

–Es tuyo, Alice –insistió él–. Pero, si te resulta más fácil, quizá puedas considerar hacerme un pequeño favor a cambio.

–¿Cuál? –preguntó ella, frotándose los ojos.

–Acompáñame cuando me reúna con Vassili y sus hijos.

–¿Vas a verlos?

–Sí –afirmó él tras un momento de silencio–. He estado pensando en lo que me dijiste. Y tenías razón. He sido un cobarde.

–¡Adoni! –exclamó ella y alargó la mano para tocarle el rostro, aunque retrocedió de inmediato–. Tú no eres…

–Sí lo soy. Finjo que la familia no me importa, pero es mentira –admitió él–. Llamé a Vassili.

–¿Ah, sí? –dijo ella y, en esa ocasión, no titubeó al tomarlo de la mano–. ¿Fue…?

–Fue difícil. No estoy seguro de que pueda perdonarlo, pero quiero intentarlo. Y quiero ver a los chicos. Los echo de menos –confesó él, entrelazando sus dedos–. Gracias, Alice. Sin tu ánimo, no hubiera dado el primer paso nunca. Gracias, *karthia mou*.

La expresión de sus ojos, el tono dulce de su voz hacían que Alice se derritiera.

–Ya sabes que yo no entiendo griego. Me gustaría que no dijeras cosas que no…

–*Karthia mou* significa corazón mío.

A Alice le dio un vuelvo el corazón.

–*S´agapó*, Alice. Te amo –señaló él y se llevó a temblorosa mano de ella a los labios para besarla. Al instante, a ella comenzaron a temblarle la rodillas y la sujetó de la cintura, envolviéndola en sus brazos.

–Adoni, no te entiendo. Tú no crees en el amor, ni confías en las

mujeres, ni…

–Eso es cosa del pasado –afirmó él con una radiante sonrisa–. Lo que siento por ti es nuevo para mí. Y, antes de que lo preguntes, no es por el bebé. Es por ti, la mujer que eres, cómo me haces sentir. *Tha doso ta panta gia na ime mazí sou* –susurró–. Daría lo que fuera por estar contigo.

–¿Adoni? –dijo ella. Era demasiado. No se había esperado nada de eso, después de una semana con el corazón roto–. ¿Qué quieres de mí?

–Te quiero a ti, Alice. Cásate conmigo. Quiero estar contigo para siempre. Sin contratos, sin abogados. Confío en ti, Alice.

Cuando ella lo miró a los ojos, comprendió que decía la verdad.

–Quiero la oportunidad de ganarme tu corazón, Alice. Cueste lo que cueste.

Era demasiado, se repitió ella. Todos sus sueños se estaban haciendo, de pronto, realidad. No podía creer lo que estaba pasando, aunque…

Entonces, ante su silencio, Adoni acercó la boca y la besó. Fue un beso tierno y suave que bastó para desintegrar todas las dudas de Alice. Ella lo rodeó con sus brazos y lo correspondió con todo el fuego que le ardía en las venas.

–Dime que me darás una oportunidad –pidió él con una mezcla de esperanza y desesperación, cuando, al fin, apartaron sus caras, lo justo para poder mirarla a los ojos.

–No la necesitas, Adoni. Me enamoré de ti desde la primera noche.

Adoni la devoraba con los ojos, llenos de orgullo, posesividad y amor. Lo mismo que sentía ella.

–Yo estoy lista para intentarlo, si tú lo estás, Adoni.

–Sí, *karthia mou*. Para siempre.

Epílogo

ESTÁS PREPARADA, *karthia mou*?

Alice lo miró a los ojos y asintió. Estaban brillantes como el mar, como la alegría que había encontrado junto a ese hombre. Cada día era una aventura de amor a su lado.

Cuando la levantó en sus brazos, el pulso de Alice se aceleró. Adoraba su fuerza y lo protector que era, aunque a veces tenía que ponerle límites para que no las tuviera a Sophia y a ella entre algodones.

La cuna estaba en la entrada de la casa que Adoni había construido para ellos. Dentro, Sophia Rose Petrakis estaba dormida con su boca de fresa, era la niña más hermosa que ella había visto. Adoni se había enamorado de la niña desde el primer momento, a pesar de que él había estado seguro de que iba a ser un niño.

–Sophia estará bien –dijo Adoni con voz tranquilizadora–. Solo necesito unos segundos para entrar con la novia en brazos en nuestro nuevo hogar.

–¿Novia? ¡Si llevamos un año casados! –replicó ella, riendo.

–Pero esta es la primera casa que estrenamos juntos. Tenemos que celebrarlo de alguna manera especial –comentó él con una maliciosa sonrisa.

–Señor Petrakis, me parece que está usted pensando en sexo.

–¿Y qué tiene de malo? –le susurró él, acariciándole el rostro.

Ella se emocionó. Era muy afortunada. ¿Cómo podía haber soñado con una vida así?

–¿Alice? ¿Te pasa algo?

Ella negó con la cabeza y lo besó. Sus labios sabían a todo lo que habían conquistado juntos, amor, confianza y la decisión de esforzarse juntos para que su relación durara toda la vida.

Dividían su día a día entre Londres y Grecia. Adoni le había ofrecido vivir en la finca que había sido de David, pero ella prefirió dejar que eso formara parte del pasado. Por eso, él había construido una nueva casa junto al mar en Devon, un hogar que llenarían con

las risas de sus hijos, donde ella podría pintar y él podría trabajar cuando estuvieran en Inglaterra.

–No, *agape mou*. No pasa nada malo. Me haces tan feliz que, a veces, no puedo creer la suerte que tengo.

–No es suerte, Alice. Es amor –dijo él y la besó con ternura.